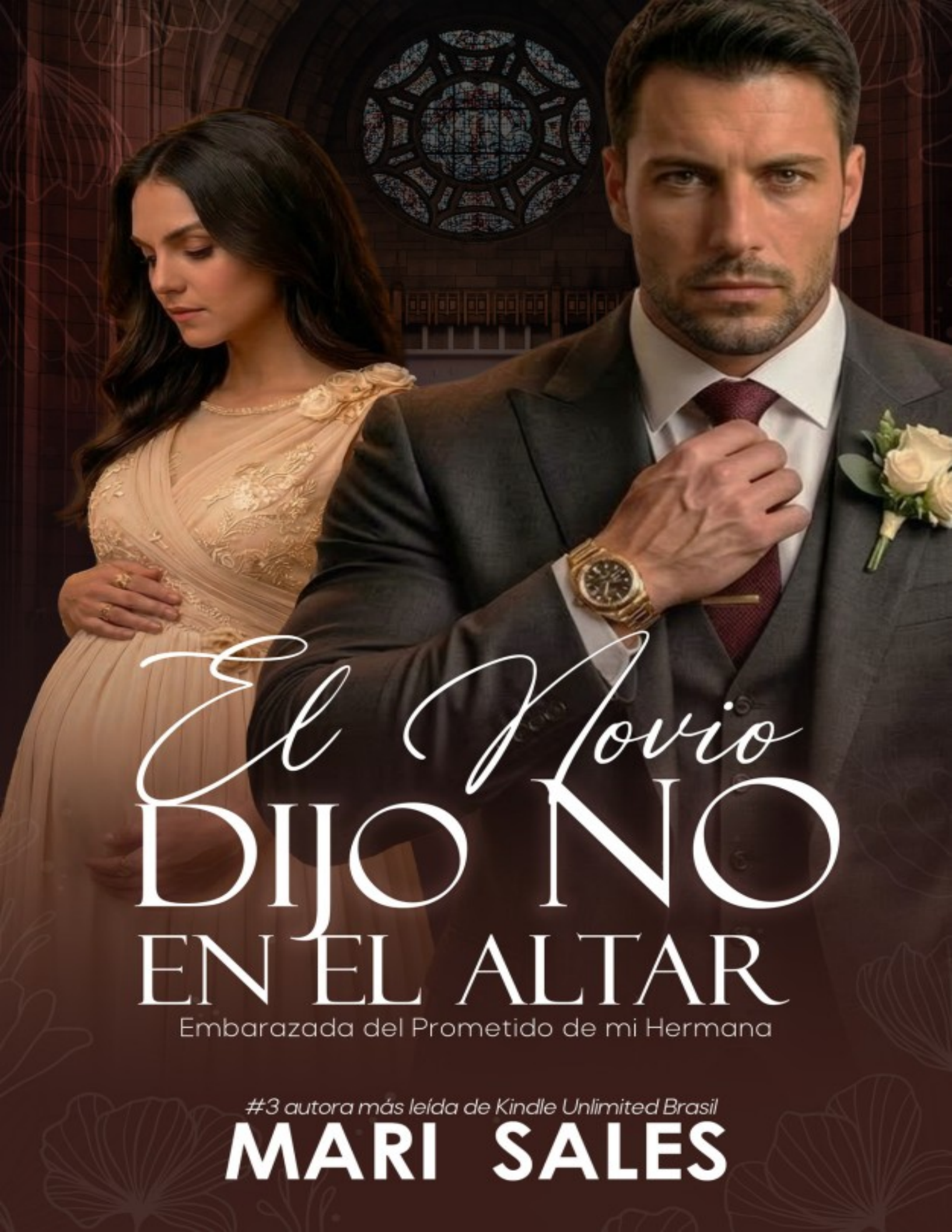


El Novio Dijo NO en el Altar

Embarazada del Prometido de mi Hermana

#3 autora más leída de Kindle Unlimited Brasil

MARI SALES

El Novio DIJO NO EN EL ALTAR

Embarazada del Prometido de mi Hermana

#3 autora más leída de Kindle Unlimited Brasil

MARI SALES

1ª. Edición

2026

Copyright © Mari Sales

Todos los derechos reservados.

Creado en Brasil.

Edición Digital: Criativa TI

Esta es una obra de ficción. Su único propósito es entretener al público. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con nombres, fechas y sucesos reales es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, a través de cualquier medio —tangible o intangible—, sin el consentimiento por escrito de la autora.

Creado en Brasil. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley n.° 9.610/98 y castigado por el artículo 184 del Código Penal.

Índice

Dedicatoria
Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora
Otras Obras

Dedicatoria

Para todas aquellas que se han encontrado alguna vez entre la espada y la pared. Independientemente de la decisión que tomaras, alguien saldría herida y tú serías condenada sin derecho a réplica. Confía en tu verdad, en tus valores, en el afecto que te desborda. El amor que vence en las novelas románticas también vence en la vida real.

Sinopsis

Identidad Oculta – Solo una Noche – Embarazo Inesperado – Amor Prohibido

Reid Moretti aceptó un matrimonio de conveniencia para alcanzar la cima del poder. Para él, el amor nunca entró en sus planes. Sin embargo, en el gran día, el CEO dejó a todos boquiabiertos al plantar a la novia en el altar.

Eliane Alencar siempre fue la hija invisible. Profesora por vocación, prefería mil veces su aula al lujo superficial de su familia. Todo dio un vuelco cuando descubrió que el desconocido con el que había compartido una única noche era, en realidad, el prometido de su hermana. El escándalo de un embarazo inesperado amenaza ahora con destruir la reputación de todos.

Decidido a protegerla, Reid desafía sus propias convicciones y está dispuesto a renunciar a su imperio por Eliane. El CEO se propone conquistar la confianza de la profesora y demostrarle que jamás se arrepentirá de elegirla a ella, un día tras otro.

Newsletter: http://bit.ly/37mPJGd



Reid
MORETTI

Prólogo
Reid Moretti

Aquel era el mejor momento de mi vida: al mando de las empresas familiares, rodeado de gente interesante, libre para hacer lo que me diera la gana y tener todo lo que se me antojara. Y, justo en ese instante, estaba haciendo exactamente lo que quería: saboreando mi whisky sentado en la barra del Rota Pre 83, observando al dueño y a sus empleados trabajar los últimos minutos antes del amanecer.

El presidente del club de moteros Predadores, Henri Premoli, era un viejo conocido; a menudo, socio de negocios cuando el asunto se volvía algo turbio. Tenía otros dos hermanos, pero mi conexión más fuerte era con el pequeño de los Premoli. Le echaba la culpa a mi vena rebelde, ya que me gustaba divertirme entre

moteros y perderme en la lujuria que solo aquel ambiente podía ofrecer.

Hablé con mucha gente esa noche, pero no me moví de mi sitio ni elegí compañía para terminar la velada. Me gustaba disfrutar de esos momentos de silencio, escuchar mis propios pensamientos y analizar el comportamiento humano desde la distancia. Observar cómo transcurría la vida tenía su valor; mi hermano mayor solía decir que ese lado mío más profundo era el síntoma de la crisis de los cuarenta. Y todo porque Lorenzo estaba casado, tenía una familia preciosa y había seguido un camino distinto al que nuestros padres planearon.

Yo estaba perfectamente y me sentía cómodo siendo el heredero del Grupo Moretti.

— ¿Otra? —preguntó Henri, señalando mi vaso.

— La última, gracias.

— ¿Quieres que te pida un coche?

Mi seguridad me está esperando fuera, él me llevará a casa.

— Sabes que aquí no te hace falta.

— Por eso Elías se ha quedado fuera —levanté el vaso vacío y lo deslicé por la barra—. ¿Qué tal ha ido el movimiento hoy?

— Sé que no hace falta que responda, eres un buen observador.

— Tienes razón, ha estado a medias.

— Bueno, para ser un día de diario.

Henri intercambió unas palabras con su empleado, soltó el trapo que tenía en la mano y se puso frente a mí, al otro lado de la barra. Llevaba el chaleco del club de moteros Predadores y unos vaqueros de tiro bajo; su camisa eran sus propios músculos, ya que no estaba así cuando llegué.

— ¿Te estoy distrayendo, hermano? —provocó Henri. Volví a clavar la vista en su cara, sin dejarme intimidar por el vacile.

— Al menos uno de los dos ha tenido suerte hoy.

— Sí, por partida doble. Pero no me vengas con ese rollo de perdedor; no te has ligado a nadie porque no has querido.

— Es verdad —busqué el vaso en la barra y no encontré nada; necesitaba otro whisky antes de marcharme.

— ¿Algún motivo en especial?

— Más o menos —no había soltado prenda sobre el tema con nadie. Relajado por el alcohol que corría por mis venas, no me importó confesarle algunas verdades a un amigo como Henri—. Tengo que cortarme un poco.

— ¿Tú? —se rió y alargó el brazo para darme una palmada en el hombro—. ¿A qué viene eso? ¿Preocupado por tu reputación?

— Por las últimas reuniones en las que he estado. Necesito formar una familia.

— Te estás juntando demasiado con viejos sosos que solo piensan en el dinero. Tú ya tienes una familia.

— Lo sé, pero soy el CEO en el que muchos se fijan, la cara del grupo Moretti. Lorenzo...

— Tu hermano es otro soso —Henri se cruzó de brazos y levantó la barbilla—. Dices todo eso como si fuera el fin del mundo. El matrimonio puede estar bien; compartir las juergas es mucho mejor.

— ¿Qué mujer va a aceptar las cosas que yo hago? —señalé el estante—. Ponme otra dosis.

— Hasta yo tengo que hacerlo también. —Henri agarró la botella de whisky, llenó mi vaso hasta la mitad y luego se sirvió él—. Tú no tienes por qué seguir las reglas de la sociedad. Nunca te ha importado un pimiento.

— Todo tiene una primera vez, hasta lo de desahogarse como un adolescente inseguro sobre el futuro. —Brindé con Henri; nos reímos y apuramos el vaso, bebiéndonoslo de un trago—. Joder,

me he saltado demasiadas fases. No puedo echarme atrás y perder todo lo que he conseguido con tanto esfuerzo.

— ¿Te vas a casar por conveniencia y a ser un infeliz con la mujer estirada que te elijan? —El motero me señaló con el dedo en plan amenazante—. Los traidores no tienen cabida conmigo. O firmas un compromiso serio, o te quedas soltero. No me vengas con esa mierda de tener a dos bandas.

— Me conoces mejor que eso —le clavé la mirada, feroz, y él asintió. —He conseguido todo lo que quería estando soltero. Necesito el siguiente desafío: formar una familia y ampliar los negocios.

— ¿Aún no has pasado la fase de darles el gusto a tus padres?

— Si de verdad hiciera todo lo que ellos quieren, ya llevaría años casado y tendría tres hijos. Yo solo hago lo que me da la gana.

— Ya, ya... —soltó con una mueca de burla—. No te fíes de los castillos de arena, Reid. En cualquier momento puede venir una ola y tirarlo abajo.

— ¿Ahora te has vuelto filósofo? —Me reí del cambio repentino en el tono de voz de mi amigo.

— Mi hermana está trabajando conmigo; es un pozo de sabiduría y de frases lapidarias.

— Una buena esposa, lástima que Stefan Nowak llegara primero —bromeé—. ¿No tendrás ninguna otra hermana perdida por el mundo para presentarme?

— No lo dudo. Mi padre fue el ejemplo de hombre que ningún amigo debería seguir, o tendrá que lidiar con las consecuencias.

— Muy bien. —Di un par de golpes en la barra y me levanté del taburete—. Gracias por la noche; hasta la próxima, Henri.

— Buen descanso, hermano.

Di unos pasos para marcharme, pero me detuve al oír mi nombre. Henri tenía el brazo apoyado y la mirada fija en mí.

— Solo una última cosa, Reid.

— ¿Qué? —Me giré con calma, ajustándome el puño de la camisa sobre la muñeca.

— Elige a una mujer a la que quieras de verdad, no a la que mejor encaje con tu imagen de empresario de éxito.

— ¿Preocupado por mi felicidad? —le provoqué—. ¿O triste porque vas a perder a tu compañero de juergas?

— Un poco de las dos —guiñó un ojo y se dio la vuelta, dando la conversación por terminada.

En mi mundo, y a mi edad, era difícil que encontrara a alguien con quien vivir una historia de amor. Se me había pasado el arroz; mis objetivos ahora eran otros.

Yo era un hombre racional y la mejor opción sería la hija de alguno de mis socios: una joven de familia importante que aportara futuro a los negocios.

Se me había olvidado que el amor no es tan fácil de manipular como un contrato de fusión de empresas. Estaba a punto de perderlo todo para ganar lo único que realmente importaba en la vida.

Eliane



Capítulo 1
Eliane

Me recoloqué el vestido, que me quedaba más ajustado de la cuenta, y bufé irritado mientras caminaba como un soldado yendo a la guerra. Lo suyo habría sido comprarme algo de ropa nueva en vez de ponerme aquello que ya no me servía, pero no iba a tirar mi sueldo de profesora en las futilidades de mi familia.

Me ajusté la correa del bolso por décima vez y forcé una sonrisa para los invitados magnánimos que pululaban por la fiesta. ¿Por qué demonios había venido? Seguí caminando hasta encontrar un rostro conocido en aquel mar de gente, mesas elegantes y decoración digna de una princesa.

No quería haberme topado con mi madre a la primera de cambio. Esa mirada suya de arriba abajo, decepcionada con mi elección de vestuario, activaba ciertos resortes emocionales que

llevaba años tratando en terapia y que, incluso pasados los treinta, no siempre sabía gestionar.

Llevaba un moño tirante, un maquillaje marcado y un collar lleno de piedras brillantes; todo a juego con un vestido ceñido que realzaba su cuerpo escultural. Mi madre no aparentaba la edad que tenía, tanto por los retoques estéticos como por un cuidado personal que rozaba lo obsesivo.

Decían que me parecía mucho a ella, pero yo sabía que tenía los ojos de mi padre biológico, el hombre por el que mi madre nunca se molestó en ocultar su repudio.

—Hola, mamá —me acerqué para darle un beso, pero ni se inmutó. —¿Dónde está la cumpleañera?

—¿Es el mismo vestido que llevaste a la graduación de tu hermana?

—Creo que sí, no me acuerdo —mentí, encogiéndome de hombros y mirando alrededor.

—Has engordado.

—Aún no me he recuperado de las Navidades —respiré hondo para no soltarle una bordería del tipo: «¡métete en tus asuntos!». —¿Dónde está Vanessa?

—¡Qué bien que hayas venido! —Mi hermana apareció por detrás, me giró bruscamente para darme un abrazo rápido e hizo el mismo escáner que mi madre, con la única diferencia de que ella se guardaba los comentarios ofensivos para sí misma—. Estás guapísima.

—Gracias, tú también —mi sonrisa no llegó a los ojos.

— Si necesitas pintalabios, puedes ir al baño, que he dejado opciones estupendas para retocarte.

Vanessa no me dio margen para replicar; sabía que yo odiaba el maquillaje por culpa de las alergias. La cumpleañera siguió su camino por el salón, y su vestido rojo destacaba entre la

decoración clara y pueril. Incluso con toda esa masilla que ella llamaba maquillaje, yo era capaz de ver lo cansada que estaba Vanessa; conocía bien sus insomnios, aunque hiciera años que no me colaba en su cuarto de madrugada para hacerle compañía.

Miré a mi alrededor y agarré la primera silla que vi delante para huir de mi madre, pero ella me sujetó el brazo con fuerza.

— No me dejes en evidencia, Eliane. Nuestra mesa está al otro lado —murmuró con firmeza.

De nuevo me preguntaba: ¿por qué narices había venido? Ah, claro: había picado en el anzuelo de creer que de verdad les importaba mi presencia, y que no era solo una invitación por compromiso.

— Gracias, mamá —solté con sarcasmo, zafándome de su agarre y yendo en la dirección que me había señalado.

Para mi desgracia, mi padrastro estaba en la mesa, charlando con otros hombres de su edad, probablemente empresarios millonarios. Si había alguien que no perdía el tiempo con superficialidades, ese era Denis Alencar.

Mi padrastro evitó mi mirada mientras saludaba a todos los de la mesa, antes de que yo encontrara una silla y me sentara, sin agachar la cabeza, convencida de que tenía un lugar en esa familia. Recordé los mensajes de Juliana, mi amiga psicóloga, diciéndome que yo no necesitaba esa validación tóxica. Ella estaba en el extranjero, segura en su matrimonio, mientras que yo me sentía una intrusa en mi propia fiesta familiar.

¿Por qué estaba mezclando tantas cosas en mi cabeza?

Sleep Theory – Words Are Worthless

La música me distrajo. El aire acondicionado estaba demasiado fuerte y me erizaba la piel de los brazos, que mantenía cruzados sobre el pecho, protegiéndome. Antes de que me pusiera a

divagar más sobre mis traumas, oí un estrépito metálico seguido de cristales rompiéndose. Una camarera había tirado una bandeja y mi madre fue la primera en acercarse para abroncar a la pobre empleada.

Cerré los ojos un instante; esa necesidad de salvar a alguien de una injusticia estaba dinamitando mi equilibrio emocional. En cuanto oí a mi hermana gritando, con el mismo tono que nuestra madre, perdí los papeles. Abrí los ojos y me quedé sin aliento durante unos segundos.

El rostro de la joven empleada estaba pálido y le temblaban las manos mientras recogía los trozos de la vajilla rota. Sentí un nudo en el estómago al reconocer ese miedo a fallar que tan bien conocía por mi propia historia. Mi madre reprendió a Vanessa para sacarla de aquel foco de atención indeseado, pero le dio una patada en la mano a la mujer que estaba en el suelo, a propósito, humillándola todavía más.

No podía quedarme de brazos cruzados, no solo por mí, sino por todos esos alumnos a los que había visto ser reprendidos por sus padres de forma injusta. Reparar el daño era imposible, pero dar apoyo en un momento de angustia... en eso era una experta.

Me levanté de la silla y fui hasta la empleada, que terminaba de recoger los cristales del suelo.

—¿Te ayudo? —Intenté agacharme, pero el vestido ajustado no me dejó.

—Está todo bien —se levantó, tragándose el llanto—. No se preocupe, señora.

—¿Qué ha pasado?

—Ha sido culpa mía, ahora mismo lo arreglo —salió caminando a toda prisa y yo la seguí, dispuesta a alimentar mi propio cabreo.

Entré en la cocina, haciendo gala de forma exagerada de mi posición en aquella familia: la hermana de la cumpleañera. Todos

estaban de los nervios en esa estancia calurosa y cargada de aromas. El que identifiqué como el chef parecía a punto de sufrir un ataque de nervios, soltando órdenes a diestro y siniestro.

La empleada que había tirado los cristales en el salón estaba de espaldas, con los hombros sacudidos por el llanto. Otra persona la ayudaba y me miró con preocupación. Me acerqué, segura de mí misma.

—No te disgustes, solo era vajilla. He venido a echarte una mano —puse la mano en el hombro de la chica humillada, pero ella dio un respingo y se apartó. Le sangraba la mano; mi madre le había hecho un buen estropajo—. ¡Madre mía!

—Tengo que salir de aquí antes de volver a cargármelo todo —la empleada era jovencísima; no se dejó consolar y desapareció por la puerta trasera de la cocina.

—¡Estamos perdidos! —gritó el chef, llevándose las manos a la cabeza—. Nos faltan cinco empleadas.

—¡Pues has ganado una que vale por cinco! —levanté la mano, forzando una sonrisa. Si había algo que dominaba, era lidiar con situaciones complejas y bajo presión—. ¿Qué es lo que necesita?

—¿Sabes cocinar?

—Sé perfectamente todo lo que les gusta.

—Ponte la ropa adecuada y ven aquí.

Colgué mi bolso junto a los otros, cerca de las taquillas del fondo. Me puse un delantal blanco sobre mi vestido sencillo, me recogí el pelo en un moño práctico para que no me estorbara en la faena y me coloqué la redecilla. El olor a romero y a carne asada me envolvió, trayéndome una extraña sensación de pertenencia que me remontaba a mi infancia, cuando la asistenta era más familia para mí, ayudándola con las tareas de casa, que mi propia familia de sangre.

Durante dos horas, ayudé a preparar platos sofisticados y limpié encimeras, olvidando que era el cumpleaños de mi hermana y

que alguien podría echarme de menos en el salón; pero no me importó. Estaba siendo útil, alguien me había necesitado y yo había ayudado a mi manera.

Cuando el ajetreo en la cocina disminuyó y todo parecía menos caótico, me despedí de mis nuevos compañeros. Miré el móvil en el bolso: nadie había llamado. No habían notado mi ausencia, demasiado ocupados con las apariencias que mantenían en aquella fiesta de negocios disfrazada de cumpleaños.

Salí de la cocina un poco distraída; todavía llevaba el delantal atado a la cintura, me había olvidado por completo de quitármelo.

El rincón por el que iba caminando estaba en silencio, con la mayoría de los invitados ya sentados para la cena oficial, que no tardaría en empezar. No fui a buscar a mi familia; necesitaba un tiempo para gestionar las emociones que amenazaban con desbordarme. Respiré hondo, me detuve al lado de la barra donde servían las copas y disfruté del frescor del aire acondicionado que soplaba desde allí. Me equivoqué: la corriente era la brisa fresca que entraba por la puerta entreabierta que daba al jardín exterior del hotel.

Un hombre alto apareció a mi lado; traje impecable, la postura arrogante típica de los hombres ricos con los que mis padres solían tratar. Me fijé en que no tenía ni una cana, desentonando con los viejos plastas que yo conocía. Busqué su mirada; parecía aburrido de la fiesta, pero sus ojos brillaron con una curiosidad repentina al verme.

—¿Tienes algo más fuerte ahí dentro? —preguntó en cuanto estuvo bien cerca.

—¿El qué? —Le miré a él, luego me miré a mí misma y bajé la vista. Maldita sea, el delantal; pensaba que era una empleada.

—Tienes acceso a la cocina, ¿verdad? Estos cócteles de frutas y el champán no son lo mío. ¿A quién se le ocurre no servir

whisky aquí? —Se llevó la mano al bolsillo de la americana y sacó la cartera—. Puedo pagarlo.

—¡Ah! —Puse mis manos sobre las suyas para impedir que cruzara ese límite. Sentí el contacto no solo en la palma, sino por todo el cuerpo. Su mirada se encontró con la mía; me fijé un poco más en su aspecto, en la cicatriz cerca de la ceja, en sus labios entreabiertos. Madre mía, era guapísimo—. No hace falta. ¿Qué quiere tomar el señor?

—Whisky. De doce años para arriba.

— Claro. —Puse los ojos en blanco; además de fuerte, era una bebida cara, de esas que mi padrastro bebía a solas y no compartiría con nadie.

Entusiasmada con la oportunidad de hacer algo para fastidiar al hombre por el que sentía tantas reservas, le sonreí al guaperas que tenía delante.

—Ahora vuelvo, no se mueva de aquí.

—Me esconderé ahí fuera —señaló la puerta entreabierta y, sin esperar a que yo asintiera, se marchó pisando fuerte, huyendo de la fiesta tanto como yo deseaba tener valor para hacerlo.

Por un segundo, me habría gustado ser osada y tener la misma valentía que aquel desconocido.

Eliane



Capítulo 2
Eliane

Primero les pregunté por el whisky a los camareros de los combinados, y uno me señaló a un empleado de cocina que tenía acceso a ese tipo de bebidas. Aproveché para devolver el delantal, conseguí un vaso, lo llené y fui tras el ricachón rebelde, al que el cumpleaños de mi hermana le entusiasmaba tan poco como a mí.

Cerré la puerta tras de mí al salir al jardín exterior del Hotel Golden Ross, dejando atrás la música y mis dudas. Encontré al hombre repanchingado en un banco de hierro, con las piernas abiertas, los brazos apoyados en el respaldo y la cabeza echada hacia atrás, mirando el cielo oscuro y cuajado de estrellas.

—Aquí tienes —estiré el brazo y le ofrecí el vaso. Se sobresaltó, recompuso la postura, se sentó como Dios manda y me

dedicó una sonrisa forzada—. Espero que no tengas que volver a casa conduciendo.

—Mi seguridad se encargará de eso —cogió el vaso; nuestros dedos se rozaron y sentí que me ardía la cara. Hacía muchísimo tiempo que no me sentía tan cortada al hablar con un hombre. Me sostuvo la mirada y me recorrió de arriba abajo, evaluándome tal como había hecho mi madre—. No llevas uniforme.

—Ya me iba —me encogí de hombros y di un paso atrás—. Hasta luego.

—Espera —me sujetó por la muñeca, inclinándose hacia delante en el banco del jardín—. No me has dicho tu nombre.

—Prefiero no saber el tuyo —apreté los labios para controlarme. Tendía a irme de la lengua cuando me ponía nerviosa.

—Vaya, manejas bien la ambigüedad —enarcó una ceja—. No pareces encajar en una fiesta con tanta gente importante que vive de las apariencias. —Su voz ronca me convenció para quedarme; me senté a su lado y él me soltó la muñeca.

—¿Tú crees? —bromeé y me miré el regazo; el vestido ajustado me marcaba todas las curvas—. Quizá sea una buena actriz.

—Soy un buen observador, rara vez me equivoco.

—Claro —gire la cara hacia él; daba pequeños sorbos a su copa mientras me clavaba una mirada intensa—. ¿Y qué más has visto?

— Que tu pelo quedaría mejor suelto que recogido. —Su mano se acercó a mi oreja, se deslizó suavemente entre los mechones y tiró de la goma con tanta facilidad que me sorprendió que no se me hubiera enredado—. ¿Ves?

—Debe de estar todo marcado y oliendo a comida —puse una mueca e intenté arreglarme el pelo pasándome las manos. El desconocido se inclinó hacia mí e inspiró profundamente. Me eché a

reír y lo aparté apoyando las manos en su pecho—. Por Dios, no hagas eso, que corta todo el rollo.

—Solo aumenta mis ganas de comer —me guiñó un ojo con aire sugerente, volviendo a incorporarse pero manteniendo el brazo estirado, rozándome el hombro.

Además de guapo, el hombre era un seductor y yo me estaba dejando llevar por sus encantos. Aun sabiendo que el mundo en el que vivía mi familia de origen se basaba en las apariencias y los negocios, y que yo no debería ser más que un peón en manos de un hombre así, no podía evitar admirarlo. Algo en él me atraía; no sabía explicar qué era.

—Si tienes hambre, aprovecha ahora, que deben de estar sirviendo la cena.

—Me interesa otro tipo de menú.

—¿Comida rápida? ¿Fideos instantáneos?

—Pollo al estilo chino.

—¡Qué ultraje! —fingí estar ofendida, llevándome las manos a la boca, escandalizada—. Cambiar un solomillo por comida en una cajita.

—Puedo ser una cajita de sorpresas —sonrió y dejó que sus dedos jugaran con mi pelo suelto y algo alborotado—. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Qué tipo de comida prefieres?

—La que no tengo que cocinar ni fregar después —me eché a reír y él me siguió. No sabía cómo era posible, pero el hombre se había puesto todavía más guapo.

—Me tienes intrigado —dio un sorbo al whisky, concentrado —. Todo en ti parece natural.

—No aparento la edad que tengo, chico del whisky.

—Déjame adivinar... ¿Veinticinco?

—Sabor treinta y dos.

Nos reímos a carcajadas; su mano bajó hasta mi hombro y su brazo me atrajo más hacia su cuerpo. Apoyé las manos en su pecho para sostenerme e impedir que se saltara algún semáforo en rojo. Lo cual no habría sido un problema si yo no me sintiera tan falta de cariño y aquel desconocido no pareciera tan interesado en mí.

¿Por qué siempre me sorprendía hasta el punto de quedarme vulnerable cuando un hombre me mostraba interés?

—Eres guapísima, ¿lo sabías? —Dejó el vaso de whisky detrás de él para liberar la mano y tocarme la rodilla por encima del vestido, acariciándola con el pulgar. Me quedé sin aliento, encandilada. Tenía la otra mano en mi zona lumbar, cerca de la cadera—. ¿Quién eres?

—¿Te has cansado de la ambigüedad?

—Busco respuestas directas.

—Cenicienta —puse morritos, provocándolo—. O Colette Tatou. Tú eliges.

—¿Quién?

—No tienes hijos ni sobrinos, yo también sé observar —esta vez fui yo quien le guiñó un ojo, altanera; él sonrió aún más—. De la película Ratatouille.

—Ah... esa no la he visto —asintió con la cabeza, seductor, estrechándome más contra él—. ¿Qué te parece si subimos la calificación por edades de esta conversación?

—No tengo nada de Anastasia.

—Tú eres más bien una Helen Tasker.

—¿Cómo que una...? —Abrí mucho los ojos, rebuscando en mi memoria todas las series y películas que había visto. Nada, nunca había oído hablar de ese personaje—. Me has pillado, no tengo ni idea de quién es.

—Antes de decírtelo, quiero enseñarte una cosa.

No tuve tiempo de preguntar de qué se trataba; ladeó la cabeza y lanzó su boca contra la mía, besándome con un sabor a prohibido, a whisky y a pasión contenida. Acabé olvidando que estaba en una fiesta, que podrían pillarnos y que yo, como siempre, acabaría siendo la que causa problemas en lugar de la que resuelve conflictos.

Subí una mano hasta su cuello, le apreté la nuca y suspiré mientras mi lengua bailaba con la suya en un beso delicioso e intenso. Deseé no llevar aquel vestido tan apretado, sino mis vaqueros de siempre, para poder subirme a su regazo y aprovechar el poco tiempo que me quedaba a su lado.

Como con todos los tíos con los que me había liado y ninguno se había quedado en mi vida. Necesitaba beberme todo lo que él quisiera darme, porque sabía que no duraría.

La mano que tenía en mi rodilla subió hasta mi culo y me dio un apretón. El desconocido interrumpió el beso, apartó la cara y suspiró, tan profundamente como yo. No podía creer que él estuviera tan afectado como yo; nunca era así, siempre acababa siendo la única ilusionada.

— True Lies. Helen era la mujer seductora de Arnold Schwarzenegger.

— ¡Ah, vaya! Además de guapa, también participa en escenas de acción —le acaricié la mejilla, sintiendo cómo le asomaba la barba—. ¿Gracias?

— Eso es solo lo que veo en la superficie. Quiero ir un poco más allá.

— ¿Ah, sí? —Puse una mueca y desvié la mirada, cortada—. Puede que te lleves un chasco, chico del whisky.

— ¿De qué estás huyendo?

— Por lo que recuerdo, eras tú el que huía —le di un beso en la comisura del labio—. Es mi turno, me voy.

Me levanté demasiado rápido, haciendo fuerza con las piernas, lo que tensó la tela y forzó la costura. Para mi desgracia, al dar el primer paso, un sonido de desgarro resonó en el aire, haciendo que el corazón se me pusiera a mil por hora, y no de la buena manera.

Me llevé las manos a la espalda, concretamente al culo. Tenía una mala pata increíble; me iba a morir de vergüenza si exponía mis bragas faja, de esas gigantes que moldean el cuerpo. Me quedé de frente al desconocido y, para aumentar mi desesperación, él se levantó preocupado.

— ¿Qué pasa?

— ¡Nada! Quiero decir... lo de siempre. Yo... —Intenté darme la vuelta; llegar a la cocina y ponerme un delantal era la solución, pero rectifiqué rápido: no podía enseñarle mi retaguardia al guaperas—. Cierra los ojos.

— ¿Por qué?

— ¡Porque eres un caballero y no vas a mirar mi vestido roto! ¡Por favor!

— ¿Ha sido ahora?

— ¡Sí! —Di unos pasos hacia atrás, todavía de frente a él, que se estaba quitando la americana. Habría sido maravilloso si no fuera porque significaba que estaba a solas con un hombre, haciendo lo que no debía en el cumpleaños de mi hermana. Si tuviera dieciocho años, tendría un pase, pero no ahora—. Déjalo, yo me encargo, solo... cierra los ojos.

—Ponte esto y vamos a recepción a hablar con el gerente. Un hotel así debe de tener una costurera de guardia, o pueden localizar a una.

—Qué va. Este vestido es viejo, ya lo apañaré en casa.

—Entiendo que puede ser un gasto imprevisto, que tú solo has venido por el trabajo. Yo iré contigo y me haré cargo de la cuenta.

—Pero...

No tuve fuerzas para replicar ni para impedir que siguiera ayudándome. Había dado por hecho que yo no era una invitada, que no formaba parte de aquella fiesta. Aquello no debería haber minado mi autoconfianza, ya de por sí bastante tocada; al fin y al cabo, no me gustaba nada de lo que tuviera que ver con mi familia de origen.

Pero todo me empujaba en esa dirección. Siempre sería la invisible, nunca me reconocerían como una Alencar. También era culpa mía que todo estuviera así: yo había elegido la distancia, había optado por ser profesora y vivir en la otra punta de la ciudad en vez de dejarme manipular por mi madre y las ambiciones de mi padrastro, como hacía mi hermana.

El chico del whisky me echó la americana sobre los hombros y me guio por el jardín hacia otra entrada que daba a la recepción. Con cada paso que daba, sentía que el vestido se rasgaba un poco más, de la misma forma que le pasaba a mi corazón.

No dije ni una palabra más; me limité a escuchar y a dejarme guiar por mi salvador. En algún momento me dijo quién era, pero no se me quedó; la verdad es que no quería saber el nombre de aquel que me había dado el mejor beso del mundo y que, además, había sido testigo de mi desastre.

No volvería a aceptar una invitación suya para una fiesta, jamás. Ni siquiera me tenían en cuenta como parte de la familia cuando daban entrevistas o anunciaban algo sobre los Alencar.

Todo esto estaba pasando para que aprendiera a quedarme en mi sitio: con mis alumnos, en la escuela que tanto amaba, en mi pequeño piso viendo series y preparando las clases. Mi vida estaba lejos de allí.

Salí de mis pensamientos al entrar en el ascensor con el chico del whisky. Parpadeé varias veces, me topé con su mirada preocupada y fruncí el ceño, buscando una explicación antes de soltar cualquier pregunta que me pusiera en una situación todavía más violenta.

—La costurera de guardia está de camino. Nos quedaremos en una suite esperando a que llegue y mientras hace el arreglo. Han prometido rapidez y discreción.

—¡Ah! —Me mordí la lengua; el empleado del hotel estaba demasiado pendiente de nosotros dos.

Llegamos a la séptima planta, recorrimos el pasillo enmoquetado y entramos en una suite de lujo, más grande que mi propio piso. Me crucé de brazos y me quedé plantada en mitad del salón, mirando la televisión a un lado y la cama al otro.

Sonó un móvil y tiré del bolso, que aún llevaba colgado del hombro, para ver si era el mío.

—Aguántame el tirón, por favor. Necesito... un momento —el chico del whisky me miró, preocupado.

—Ya has hecho demasiado, puedes irte —susurré, controlando el nudo en la garganta.

—Gracias, hermano —el desconocido sonrió mientras se guardaba el móvil en el bolsillo del pantalón. Se acercó a mí y me acarició los brazos por encima de la americana que me cubría los hombros—. No te preocupes, yo me encargo de lo de tu vestido.

— ¿Por qué haces esto? Acabamos de conocernos.

—Y, aun así, ha sido suficiente para que me lo cuestione todo.

Me tomó la cara con las manos, mirándome fijamente a los ojos, haciendo que la parte racional de mi cerebro perdiera toda su fuerza. Esta vez fui yo quien acercó mis labios a los suyos; le besé como si mi vida dependiera de ello, encogiéndome de hombros para que el bolso y la americana resbalaran y así poder rodearle el cuello con los brazos.

Su aroma amaderado, mezclado con el alcohol caro y esa esencia natural que debía de ser solo suya, me embriagó. Me puse de puntillas para besarle mientras él me rodeaba la cintura,

levantándome hasta que mis pies dejaron de tocar el suelo, y caminó conmigo hasta que mis espaldas chocaron contra la pared.

Otro sonido de desgarro rompió el silencio entre nosotros. Sentí el aire no solo en el culo, sino en toda la espalda. Estaba claro que aquel hombre me había traído a esta habitación con segundas intenciones; dependía de mí parar o dejarme llevar.

Tener una noche de pasión con un extraño.

Entregarme a un desconocido.

Vivir una aventura.

Ser vista más allá de la superficie.

Interrumpí el beso, me olvidé de la vergüenza y giré sobre mis talones, dándole la espalda.

—Ayúdame a quitarme el vestido, por favor —me aparté el pelo de la nuca.

—Yo... joder, no era esto lo que tenía en mente. Pero... vale. ¡A la mierda! —dijo entusiasmado, y bajó la cremallera hasta donde fue posible.

—Sí, a la mierda —me quité un tirante del vestido, luego el otro, y aproveché para bajarme las bragas al mismo tiempo. Me di la vuelta hacia él, desnuda, con todas mis imperfecciones, pero con la valentía que solo alguien como yo tenía para afrontar momentos difíciles y arriesgados—. Solo tenemos hasta que llegue la costurera; demuestra lo que vales, chico del whisky.

—Con mucho gusto.

No imaginaba el poder de aquellas palabras, ni que esa decisión impulsiva y rebelde me llevaría, tan pronto, por un camino sin retorno.



Capítulo 3
Reid Moretti

Con las manos firmes en sus nalgas, la alcé para que quedara a mi altura. Su sorpresa me envaneció; rodeó mi cuello con los brazos y me clavó esos ojos del mismo color que mi bebida preferida: miel, color ámbar, color whisky.

—¿Adónde vamos? —preguntó, escondiendo su precioso rostro en mi cuello mientras yo avanzaba con paso firme hacia mi destino.

—A un sitio más cómodo.

—¿Y dónde sería eso?

—Debajo de mí.

Hinqué una rodilla en el colchón, luego la otra, y la deposité en mitad de la cama. Apoyé el cuerpo sobre las manos, una a cada

lado de su cara. Observé la ligereza de su sonrisa tímida, su mirada intensa cargada de secretos y esa piel suave, tan gustosa de tocar, sin las máscaras que crea el maquillaje. Ella sería así al acostarse y al despertar. La perfección natural que nunca imaginé que llegaría a atraerme tanto.

Apresé su labio de nuevo mientras mi cadera se rozaba entre sus piernas; solo podía pensar en degustarla de mil maneras distintas. Me traía sin cuidado la costurera; que se esperara mientras yo saboreaba el mejor manjar de mi vida.

Bajé con besos por su barbilla y su cuello, mordisqueando cerca de su oreja y escuchándola gemir bajito. Me estaba volviendo loco. Presioné mi erección impaciente contra su punto sensible para que entendiera lo caliente que estaba y que ella era la única culpable.

—Hueles de maravilla —murmuré, embriagado por las sensaciones.

—Qué exagerado —se río, arañándome la espalda y elevando la cadera.

—¿Crees que miento?

—Creo que estás intentando seducirme. Pero ya no hace falta, me tienes completamente entregada.

—No... todavía no has visto nada.

Levanté la mirada, robándole un beso antes de buscar el pezón de uno de sus pechos. Mantuvimos el contacto visual; lamí, succioné y rocé su piel delicada con los dientes hasta que su gemido se convirtió en un jadeo suplicante.

Mi cadera cobró vida propia, empujando hacia delante y hacia atrás en un vaivén erótico que acentuaba nuestro contraste: ella, desnuda y sensible; yo, vestido y al mando.

¡Dios, cómo me gustaba llevar la voz cantante! Sobre todo con alguien que claramente demostraba tener madera de líder. ¿Quién era ella? No importaba; ya la buscaría entre el personal del

catering o del hotel. Lo nuestro no iba a quedarse en una sola noche.

Apresé el otro pecho con la boca y le dediqué la misma atención. Succioné con fuerza con cada gemido agudo que soltaba; aquello sonaba mejor que cualquier música. Fui dejando un rastro de besos hasta su ombligo; sus dedos se hundieron en mi pelo, tirando con fuerza, y su cuerpo se tensó. Se me encendieron todas las alarmas emocionales y la miré preocupado; tenía los ojos cerrados.

—¿Qué... qué estás haciendo, chico del whisky?

—Besar tu cuerpo —posé mis labios en su piel con delicadeza; ella se estremeció y se le puso la piel de gallina—. Prepararte para el mejor orgasmo de tu vida.

—Entonces, ya va siendo hora de que te quites la ropa y subas aquí.

—¿Cómo voy a subir, si mi lengua quiere ir más abajo? —La usé para recorrer su ombligo; ella se retorció y me agarró el pelo con más fuerza todavía. Tuve que reír, no por gracia, sino con esa risa sensual de quien sabe que será recordado por dar lo que nadie antes ha conseguido—. Te voy a comer entera, y con ganas.

—No hace falta —puso una mueca y levantó la cabeza para mirarme—. Ya hemos tenido suficientes preliminares; la costurera llegará de un momento a otro y quiero estar mínimamente presentable.

—¿Te importa que mi lengua toque tu clítoris? Sé perfectamente dónde está —le guiñé un ojo, me impulsé para meter la cara entre sus piernas y le dediqué una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Madre mía! —Me apretó el pelo y a mí me encantó esa mezcla de dolor y placer—. No estoy presentable. No hace falta que...

—El vello forma parte de la anatomía, no es eso lo que me va a detener. —Bajé la cabeza, rozando su vientre con la nariz

mientras la olía, trazando un camino hasta su ingle. ¿Qué clase de aroma era aquel, que me ponía todavía más cachondo? —Estás buena de cojones, deja que te coma. Te prometo que pararé cuando tú quieras, pero...

—¡A la mierda! —echó la cabeza hacia atrás y, agarrándome el pelo con fuerza, me guio entre sus piernas.

¿Quién iba a decir que una mujer de más de treinta años sería tímida en la cama? No era el tipo de amante al que estaba acostumbrado; normalmente no tenía que convencer a nadie para hacer un sexo oral, como me había pasado esta vez. Mi entusiasmo crecía con cada pequeño detalle que compartíamos.

Otro aroma se apoderó de mi olfato y puse los ojos en blanco de puro placer. Aquella mujer estaba empapada; su deseo chorreaba y yo necesitaba beberme hasta la última gota.

Me soltó el pelo; me mantuve atento a su cuerpo, a sus sonidos, y usé los pulgares para admirarla de la forma más íntima. La lamí; ella se contorsionó, aferrándose a las sábanas con fuerza. Froté mi lengua contra su clítoris, ella empezó a menear las caderas y encontramos un ritmo perfecto, donde yo tomaba todo lo que quería y ella recibía su recompensa por estar volviéndome loco.

Al notar que estaba a punto de llegar al clímax, aumenté la presión y le introduje un dedo, buscando la zona rugosa en la parte superior de su vagina, el punto G.

—¡Oh! No... —murmuró. Me quedé helado; una mezcla de decepción y autocontrol hizo que mi corazón se saltara un latido—. ¿Qué pasa?

—Has dicho que no —aparté el dedo de su interior; ella gimió y negó con la cabeza.

—¡Era un «no pares»! —se tapó la cara con la mano y empezó a reír—. No hagas caso a lo que diga, tú sigue hasta el final, está siendo increíble. ¡Sí!

No perdí ni un segundo más; le metí un segundo dedo en el chocho, restregué la lengua contra su clítoris y la observé arquear el cuerpo hacia arriba. Sus gemidos subieron de tono hasta que alcanzó el clímax, tan entregada que era la imagen más increíble que había visto en mi vida.

Repartí su humedad entre los labios mayores; ella se estremeció y se rió, satisfecha y orgullosa, aunque no tanto como yo. Cuando su mirada se cruzó con la mía, supe que estaba perdido: había encontrado a una mujer que me calaba hondo de verdad.

—Madre mía... me vas a echar a perder para todos los demás hombres.

—No necesitarás a ningún otro mientras yo esté cerca.

¿Por qué cojones había dicho eso? Joder, estaba siendo demasiado intenso, romántico de una forma que no encajaba con la realidad ni con el motivo por el que había ido a esa fiesta de cumpleaños tan pomposa.

El silencio entre nosotros se volvió denso. Yo seguía arrodillado entre sus piernas mientras ella me observaba, descifrando todos mis secretos, incluso aquellos que ni yo mismo sabía que existían. Veía mis puntos ciegos y no parecía decepcionada.

Unos golpes en la puerta resonaron y me cayó un jarro de agua fría encima.

¡No!

—¡La costurera! —gritó alguien desde el otro lado.

—Rápido, la adrenalina ayudará —la mujer por la que me estaba obsesionando se incorporó en la cama y me desabrochó el pantalón—. ¡Un minuto! —gritó ella.

—¿Un minuto? —protesté por lo bajo, sin entender qué pretendía.

—Era una metáfora. ¿Te saltaste las clases de Lengua?

—Gracias por la aclaración, profe.

Nos quedamos parados unos segundos, mirándonos a los ojos, tensos.

En un abrir y cerrar de ojos, volvió a la carga: me besó rápidamente, me rodeó la polla con las manos y se inclinó hacia abajo para chupármela sin miramientos. En ese instante, perdí el control de la situación. No podía pensar con claridad, solo ansiaba tener mi polla clavada en su coño.

Necesitaba perderme en ella.

—Aquí no... tengo que estar dentro de ti.

La agarré por las axilas, ella levantó la mirada y la atraje hacia mi regazo. Mantuve las piernas dobladas y me apoyé en las pantorrillas; la incomodidad de la postura me ayudaría a no quedar en evidencia y correrme antes que ella. A toda prisa, acomodé mi polla entre sus piernas, la sujeté por las nalgas y empecé a moverla de arriba abajo.

¿Cómo se llamaba? Necesitaba saber quién era la dueña de mi nuevo lugar favorito en el mundo. Con la mirada nublada por la lujuria y los brazos rodeando mi cuello, subía y bajaba mientras yo la ayudaba con el movimiento. En poco tiempo, se adueñó de mi boca con un beso salvaje, empezó a menearse en mi regazo y me regaló un orgasmo que me dejaría resacoso durante varios días.

Se separó de mis labios y soltó un gemido agudo, de una forma que yo nunca antes había presenciado. Se estremeció, siguió frotándose contra mí hasta que su cuerpo perdió las fuerzas y se desplomó en mis brazos.

La llevé conmigo, estrechándola contra mi pecho, para tumbarnos aún conectados y que aquel momento durara más.

Que pudiera ser para siempre.

Pero todo en mi vida tenía fecha de caducidad; siempre se firmaba un contrato y había cláusulas específicas.



Capítulo 4
Reid Moretti

— ¿Hay alguien ahí? —Los golpes resonaron de nuevo en la puerta. Yo no estaba por la labor de hablar con nadie; que el mundo y las normas se fueran a hacer gárgaras.

El silencio dentro de la suite me produjo angustia; su olor me nublaba la razón y solo podía pensar en recuperarme para volver a acostarme con ella. Recordé el pánico tan gracioso en sus ojos antes de que se le rasgara el vestido, lo mucho que había confiado en mí para que le solucionara la papeleta.

Deslicé la mano por su espalda; no me gustó el suspiro que soltó ni su intento de escabullirse de mis brazos.

—Como no abramos, creo que la costurera se va a marchar —dijo ella, preocupada.

—Me trae sin cuidado.

—¿No vas a volver a la fiesta?

—La fiesta... —Cerré los ojos y tracé un plan rápido para huir de ella y de todas las obligaciones con las que me había comprometido antes de conocer a esta mujer—. ¿Cómo te llamas?

—Helen Tasker —me gané un beso en la barbilla y un empujón; estaba bromeando conmigo y me sacó de mi ensimismamiento—. O «profe». Mejor lo dejamos aquí. Ha sido...

—¿Decepcionante?

—Increíble. Maravilloso —entró en el baño y salió con un albornoz de rizo y el pelo recogido. Tenía una sonrisa triste mientras recogía la ropa tirada por el suelo—. No hemos usado protección.

—¿No? —Abrí los ojos como platos y me incorporé, mirándome el regazo. Había restos de aquel sexo desesperado, de esa pasión instantánea que perdía fuerza a medida que pasaba la euforia—. ¿Hay algo por lo que deba preocuparme?

—¡Hola! —Más golpes en la puerta; salí de la cama y me recompuse.

La mujer parecía lista para marcharse; estaba claro que no quería saber nada de mí. Yo debería dar por zanjado nuestro sexo esporádico, que cada uno siguiera su camino y si te he visto no me acuerdo. Pero no podía juzgarla en caliente; yo también necesitaba tomar distancia antes de que volviéramos a hablar.

—Mira, chico del whisky... —Estaba ya junto a la puerta.

Caminé con calma hacia ella mientras me metía la camisa por dentro del pantalón de vestir. Cogí la americana, me la puse sintiendo su olor impregnado en la tela y estuve a punto de abrir la boca para decirle lo mucho que me estaba trastocando, para pedirle que me diera una oportunidad.

Pero, como buen empresario, me tragué mis emociones, activé mi lado racional y le acaricié el rostro con ternura. Me puse la

máscara social del hombre al que nada le afecta y di la noche por terminada; ya la encontraría después, porque yo siempre conseguía todo lo que me proponía.

Aquella mujer tan dulce me dio más de lo que debía con esa mirada, la de quien ve a su salvador, pero tiene miedo de volver a sufrir. Era cautelosa; hacía bien en querer huir de mí después de lo que habíamos pasado.

—Puedes quedarte en la habitación y solucionar lo que haga falta con la costurera. Yo invito, no te preocupes por nada. Es lo mínimo que puedo hacer después de...

—Del sexo que hemos tenido. —Su expresión cambió por completo y me di cuenta de la cagada que acababa de soltar, de cómo le había sonado a ella—. Me han llamado de todo: gorda, sosa... pero lo de prostituta es nuevo.

—Espera, no quería decir eso.

—Mi «a la mierda» de antes también iba por esto —me dio un toque fuerte en el pecho con el dedo y me miró con odio—. Vete a la mierda tú solo, tú y tu dinero asqueroso.

Salió de la habitación como un torbellino, pasando por delante de la costurera que esperaba fuera con su máquina sobre un carrito de comida. Intenté sonreír para fingir que nada me había afectado, pero no coló con la señora, que bien podría haber sido mi abuela.

—No hacía falta que corrieran tanto. Yo podría haber comido algo en la fiesta del salón, a escondidas, mientras ustedes... charlaban.

—No ha pasado nada. Ya no vamos a necesitar sus servicios. La señorita ha tenido una emergencia familiar —respiré hondo y pasé por su lado—. Se le pagará igualmente por las molestias causadas.

—No pasa nada. —Sonrió y me acompañó, empujando el carrito. Me esforcé al máximo por olvidar por unos instantes lo que

acababa de pasar y cómo iba a lidiar con aquel final desastroso—. Me recuerdas a mi nieto.

—¿Es guapo? —bromeé, ero la señora negó con la cabeza.

—Mentiroso, sobre todo cuando es el culpable de algo que ha salido mal.

—¿Por qué dice eso?

—Porque has hecho daño a la chica que estaba contigo.

—Tiene más de treinta años, es una mujer hecha y derecha.

—Para mí, todos vosotros sois demasiado jóvenes para entender lo que os estáis perdiendo por culpa de los detalles.

—Los detalles son importantes.

—¿Ah, sí? ¿Cómo se llama?

—No lo sé, ha sido solo un momento —respondí sincero y provocador mientras llamaba al ascensor. Miré a la señora, que asentía con la cabeza—. ¿Sigo mintiendo?

—¿Necesitas decir la verdad para convencerme a mí o para convencerte a ti mismo?

—Odio a los viejos —solté en tono de broma, fingiendo seriedad—. Eso ha sido mentira.

—No, eso ha sido verdad. Estás fastidiado porque te has equivocado. Pide perdón, sé humilde y cómprale un regalo. A las mujeres les encantan las flores.

—Prefieren las joyas y las cenas, créame.

—Si fueras mi nieto, te estaría tirando de las orejas ahora mismo.

El ascensor llegó; yo entré, pero la costurera no. Entendía la política de que los empleados usaran un ascensor diferente para dar privacidad a los huéspedes, pero no estaba de acuerdo con aquello después de la charla que habíamos tenido.

Puse la mano para impedir que las puertas se cerraran; ella sonrió, tranquila.

—Entre, es mi invitada.

—Yo sé cuál es mi sitio y no me ofende. ¿Sabes tú cuál es el tuyo?

—¿Quién es usted?

—Inés; costurera, madre de cinco y abuela de siete.

—Mucho gusto, soy Reid. Gracias por sus palabras, las tendré en cuenta.

—Eres un buen chico. Pero recuerda: quien piensa, no se casa; y quien se casa, no piensa.

Tuve que reír ante aquel dicho popular mientras las puertas se cerraban y me quedaba a solas con mis dilemas y mis dudas. En cuanto llegué a la planta baja, mi hermano estaba en la puerta, claramente preocupado.

—Te estoy llamando y no me lo coges. ¿Qué ha pasado? —Me escaneó la ropa y pasé por su lado, sabiendo que Lorenzo se daría cuenta fácilmente—. Es tu vida, Reid. Pero ten un poco de discreción; al fin y al cabo, has aceptado casarte con la cumpleañera.

—Es solo un contrato.

—Aun así, eso no te da derecho a humillar a tu prometida. Eres un hombre decente; apechuga con las consecuencias de tus actos.

Me abroché la americana para ocultar la camisa arrugada y borrar los vestigios del sexo más increíble que había tenido en mi vida. Pero su olor, los recuerdos, su sabor... eso no lo olvidaría jamás. Me torturaría por siempre por haber elegido un matrimonio de conveniencia el mismo día que encontré a la mujer de mi vida y la dejé marchar sin siquiera saber su nombre.

—Reid, ¿me estás escuchando? —Mi hermano me detuvo, agarrándome del brazo—. ¿Te vas?

—No tengo la cabeza para nada. Le dejaré un recado al gerente y ya hablaré luego con la familia Alencar.

—¿Estás bien? —me preguntó preocupado—. Puedo decirle a Marina que se lleve a los niños a casa y me quedo contigo.

—Mi seguridad está en el coche, ya hablamos luego.

Le dediqué una sonrisa forzada, salí del hotel y busqué a la mujer por la recepción, luego por la acera. Nada. La había perdido y le había causado la peor impresión posible. No estaba pagando por sexo; solo quería reafirmarme como alguien que cuidaría de ella y cubriría sus necesidades, sobre todo las económicas.

¿De qué servía tener tanto dinero, poder y éxito si no podía usarlo para complacer a la mujer de mi vida? Negué con la cabeza, desilusionado conmigo mismo, porque yo había elegido un matrimonio por interés, no una historia de amor.

Aquella misma noche, había aceptado casarme con la heredera de los Alencar para fortalecer todavía más al Grupo Moretti y, quién sabe, tener hijos guapos y sanos que perpetuaran el legado familiar. Creía que eso era lo que deseaba porque no había catado la verdadera libertad.

No conocía el amor y me conformaba con cualquier cosa.

No. Estaba delirando; no era posible sentir algo tan profundo por alguien a quien acababa de conocer. Solo había sido un polvo, una noche de pasión con sabor a lo prohibido porque estaba a punto de convertirme en un hombre comprometido.

Era eso: adrenalina, no amor.

Entonces, ¿por qué se me venía a la cabeza la imagen de doña Inés, la costurera, diciéndome que era un gran mentiroso?

Eliane



Capítulo 5
Eliane

Meses después...

La tiza blanca dejó de deslizarse por la pizarra, se me escapó de los dedos y se rompió al caer al suelo, al mismo tiempo que yo perdía el equilibrio haciendo un movimiento nada elegante. Los alumnos soltaron una carcajada; pensaron que era otra de mis muchas escenificaciones para que prestaran atención en clase. Lo que debería haberme hecho gracia me causó dolor; el sonido retumbó en mi cabeza como un trueno reclamando atención.

Vi que la clase me daba vueltas. Me llevé la mano a la boca, sintiendo cómo el gusto ácido de la bilis subía de nuevo por mi garganta seca. ¡Joder, si acababa de beberme un litro de agua!

Respiré hondo, intentando controlar las náuseas que me perseguían desde hacía dos días. Seguro que la culpa era de aquel queso que había caducado, pero en el que insistí por estar en la nevera.

—Profesora Eliane, ¿se encuentra bien? —preguntó una alumna de la primera fila, con el ceño fruncido por una preocupación genuina. Al menos ella se había dado cuenta de la verdad, en vez de seguir a la manada riendo a carcajadas.

—¡Seguro que se fue de fiesta anoche! —soltó alguien desde el fondo, y otra oleada de risas resonó en mi mente.

—¡Silencio, por favor! —Me agaché para recoger la tiza y respiré hondo—. He comido algo que me ha sentado mal, pero sigo aquí, pendiente de todos vosotros. Terminad de copiar los ejercicios de la pizarra, son importantes para el examen de la semana que viene. —Mi voz sonó más borde de lo que pretendía en un principio; toda la clase me obedeció.

Me arrepentí al instante al ver cómo la alegría de los chicos se borraba de sus ojos. Yo era la profesora preferida; las broncas se las dejaba a los demás docentes, porque mis niños solo necesitaban cariño.

La culpa no hizo más que empeorar mis náuseas. Fui hasta mi mesa y me senté un momento. Cerré los ojos y conté mentalmente hasta diez para intentar recuperar el equilibrio emocional. El queso... el pobre no tenía la culpa; me pasaba algo raro. Rara vez me ponía enferma, como mucho una rinitis alérgica después de ver a mi familia.

No tuve fuerzas para seguir con la clase y dejé que los alumnos hablaran entre ellos. Sonó el timbre, liberando a los adolescentes para el recreo. Sentí un poco de alivio, porque me había dejado la piel intentando mantenerme entera durante las primeras horas después de comer.

Guardé el material en el bolso con movimientos lentos; respirar me resultaba pesado y difícil. Salí del aula y caminé hasta la

sala de profesores, buscando un lugar menos caótico para recomponerme. Con una mesa grande en el centro, varias sillas alrededor y sofás en las esquinas, muchos compañeros descansaban en silencio antes de enfrentarse al siguiente turno.

Mi amigo Samuel estaba sentado en el sofá de cuero desgastado, corrigiendo exámenes con un bolígrafo rojo en la mano. En cuanto me desplomé a su lado, me miró con el ceño fruncido.

—Tienes una cara de perros, Eliane. ¿Qué ha pasado? ¿Por fin se han pasado de la raya? —Soltó los exámenes en el asiento de al lado y me prestó toda su atención.

—Mis chicos son increíbles, ya lo sabes —forcé una sonrisa —. Me duele la cabeza.

—Tú no tienes migrañas. De hecho, nunca te pones enferma, eres invencible.

—Ya, bueno, hasta la Mujer Maravilla tiene sus horas bajas —saqué la botella de agua vacía del bolso; Samuel me la quitó de las manos y se levantó—. Gracias. Eres un ángel.

—Al contrario, yo soy el carrasco —bromeó mientras llenaba mi botella en el bebedero. A pesar de su buen corazón, a Samuel le encantaba que los alumnos le tuvieran miedo—. ¿Estás también con dolores?

—No es el síndrome premenstrual —refunfuñé, irritada porque mi regla andaba descontrolada. Ni siquiera recordaba la última vez que me había bajado—. Habrá sido algo del desayuno.

—Son casi las cuatro de la tarde. Esa comida ya está más que digerida. ¿Qué has almorzado? —Regresó, me entregó la botella y le di un buen trago.

—No empieces, Samuel, no tienes por qué meterte en mi vida.

—Aceptarlo es el primer paso, amiga.

—Es solo el estrés del fin del trimestre.

—Yo soy el tipo de profesor que tiene esas cosas y se queja a diario. Tú eres la excepción y te estás comportando como el resto.

—A ti también te gusta dar clase, deja de decir tonterías.

—Mantén mi secreto a buen recaudo. Cosa que no puedo decir del tuyo.

—¿Del mío? —Fruncí el ceño, le miré a los ojos y bufé, dándome cuenta de a qué se refería implícitamente—. Olvida ese tema.

—Jamás —se encogió de hombros y me atrajo hacia él, pasándome un brazo por los hombros. Con la boca pegada a mi oreja, me preparé para su provocación—. Un hombre que sabe hacer un sexo oral como aquel no se puede descartar así como así, como hiciste tú.

—No voy a hablar de eso aquí.

—Todo eso es nostalgia.

—Para ya.

—O un embarazo, que no usasteis protección.

Me aparté de un tirón de Samuel, que sonreía de oreja a oreja ante mi desesperación silenciosa. Por mucho que debería haber ido al médico y haberme hecho mil pruebas, simplemente ignoré a mi conciencia y me centré en el trabajo, mi refugio, el único lugar donde me sentía bien.

Si alguien que es profesor por obligación apenas puede respirar fuera del horario laboral, ¿imagínate alguien como yo, que ama enseñar? Simplemente me olvidé de lo obvio, de lo que tenía delante de mis narices.

—¡Oh, no! —Solté la botella de agua en el suelo y me tapé la cara con las manos.

—Oh, sí. Nos vamos a la farmacia.

—Tengo clase dentro de nada.

—No pasa nada, cuando termine el turno vamos.

—No puedo estar... —no terminé la frase. Miré a Samuel, que se encogió de hombros con total tranquilidad, como se tratara de una noticia cualquiera.

—Me di cuenta de que habías cambiado desde aquel día, pero no dije nada. Hoy tendré mi confirmación y por fin podré obligarte a ir a por ese maromazo, porque ahora tienes un motivo de más peso que los orgasmos —susurró esto último para que nadie más lo oyera.

Tragué saliva, recordando el aroma amaderado del chico del whisky y el contacto de sus manos grandes sobre mi piel. Intenté ignorar aquel recuerdo, mantenerlo bajo llave junto a tantas otras memorias buenas que me hacían sufrir porque, en el fondo, nunca deberían haber sucedido. Pero mi cuerpo no olvidaba; estaba más impulsiva, con una necesidad de alivio casi diaria. Si estaba embarazada, todo cobraba sentido, ya que mis hormonas se habían vuelto locas.

Sonó el timbre. Cogí mis cosas, Samuel hizo lo mismo y me acompañó hasta el aula. De algún modo, logré cumplir con mi jornada hasta la última hora; estudiar y enseñar era la mejor forma de escapar de mi realidad.

Necesitada de apoyo emocional, esperé a Samuel en la puerta de su clase para ir juntos a la farmacia. Como el gran amigo y compañero que era, me fue dando ánimos durante todo el camino a pie para comprar el test.

—Lleva dos, para estar seguros —susurró Samuel, divirtiéndose mientras yo estaba al borde de un ataque de nervios—. Y quita esa cara de funeral, que no estamos hablando de muerte, sino de vida.

—No es tan sencillo.

—Claro que lo es. Solo tienes que hacer lo contrario de lo que te hicieron a ti.

Pagué los test en silencio, tragando saliva como si tuviera un ladrillo en la garganta después de aquel bofetón verbal. Samuel conocía mi historia, no a mi familia, ni a qué se dedicaban. Él entendía perfectamente lo que era ser rechazado, abandonado, no contar con la aprobación de los tuyos por ser quién eres.

De alguna manera, intentando ser todo lo contrario a mi madre, estaba siguiendo sus mismos pasos, empezando por un embarazo inesperado con un desconocido que nunca tendría nada que ver conmigo.

Salimos de la farmacia y caminamos unas cuantas manzanas hasta mi piso, que no tenía ascensor y yo vivía en el tercero. En silencio, fui directa al baño y dejé que Samuel se acomodara en el salón; hacía mucho que había dejado de ser una visita.

—¿Se te ha pasado el dolor de cabeza? —preguntó en voz alta desde donde estaba para que lo oyera.

—Más o menos.

—¿Qué vas a querer cenar? Hoy preparo yo la cena.

—No tengo hambre.

Me hice el test con el corazón a punto de salírsele por la boca. Lo dejé sobre el lavabo, me aseé y me quedé mirando cómo aparecían las dos rayitas en el palito.

—Si no comes, vas a acabar enfermando —insistió Samuel al otro lado de la puerta, claramente preocupado.

—Oh, Dios...

La puerta se abrió en el mismo instante en que una lágrima me resbaló por la mejilla. Samuel miró hacia el lavabo, me dedicó una sonrisa y me estrechó en un abrazo mientras yo me desmoronaba presa del pánico.

—Todo va a salir bien, Eliane.

—No, no va a salir bien... Voy a ser la peor madre del mundo.

—Para ya con eso.

—¡Es culpa mía!

Claro, porque eres hermafrodita y tienes reproducción asexual.

—Odio a los profesores de ciencias.

—Me quieres y voy a ser el padrino —Samuel me besó la frente varias veces sin soltarme de sus brazos—. Alguien tiene que decirlo en voz alta.

—¿El qué?

—Estás embarazada, Eliane.

Una oleada de llanto me invadió y me apreté contra él.

—Vas a ser madre.

—¿Y ahora qué?

—Los tejidos embrionarios se transformarán en órganos —empecé a reír en medio de las lágrimas—. ¿Sabías que los pulmones son lo último en madurar antes del nacimiento?

—Sí, sabihondo —respiré hondo, tratando de controlar mi respiración—. Estoy embarazada —levanté la cabeza y le miré a los ojos—. No puedo ser como mi madre, no puedo rechazar a este bebé.

—La mejor venganza es vivir bien. Eres maravillosa con tus alumnos, lo serás todavía más con tu hijo. O hija.

—Mi propia familia... —Volví a llorar, pero esta vez no era por tristeza o por miedo a lo desconocido, sino por haber encontrado una luz al final del túnel.

—Eso es.

Lo único que sabía era que, a partir de aquel día, ya no era solo la hija invisible de la familia Alencar. Era madre, profesora y mujer, con una responsabilidad que nadie me podría arrebatar.

Respiré hondo y disfruté un poco más del consuelo que solo Samuel sabía darme. Ya pensaría en el futuro después, mañana.

Eliane



Capítulo 6
Eliane

Tuve que poner música para acallar el torbellino de pensamientos caóticos que me asaltaron después de que Samuel se marchara aquella noche. Necesitaba repasar los apuntes para la clase del día siguiente, pero también necesitaba un respiro, ese tiempo muerto que me ayudara a digerir la noticia.

Empty Skyline – Ashes Inside

Embarazada. Estaba a solas con el test positivo sobre el lavabo, mientras permanecía tumbada en la cama, boca arriba, mirando a la nada. Mi vida ya no volvería a ser la misma; ahora tenía el poder y la responsabilidad sobre una vida que se estaba gestando.

Respiré hondo, intentando calmar el corazón, que me latía desbocado en el pecho dolorido. Cerré los ojos, dejando que el cansancio físico se apoderara de mis huesos agotados. Todavía tenía que comer algo y darme un baño relajante después de mi momento de bajón y desconsuelo.

El móvil sonó, interrumpiendo la música y devolviéndome a la realidad. No tenía tiempo para lamentarme, ni para preocuparme por lo que pensara mi familia sobre mi embarazo estando soltera; tenía que espabilar.

Me levanté para coger la llamada; era mi hermana.

—¿Eliane? ¿Todo bien?

—Hola, Vanessa. Sí, un poco cansada del insti. ¿Y tú?

—¿Cuándo no estás cansada? No sé ni para qué trabajas.

—Porque soy la única que paga mis facturas.

—Porque quieres. Papá ya te ha dicho mil veces que él te buscaría un marido rico que te mantuviera.

—Paso —corté en seco; odiaba que ese hombre saliera en la conversación. Era el padre de ella, no el mío.

—No viniste a mi compromiso. ¿Por qué?

—¡Ah!

Me llevé la mano a la frente y suspiré, caminando de un lado a otro. Sabía que no era más que un matrimonio concertado, puro contrato y negocios. Aún no me había recuperado de su cumpleaños; no estaba dispuesta a enfrentarme a mi familia en otro evento superficial.

Por mucho que tuviera mis roces con mi madre y no tragara a mi padrastro desde siempre, seguía teniendo un vínculo especial con Vanessa. Era la única que medía sus palabras al hablar conmigo para no herirme.

Era la única que se acordaba de que yo existía.

—¿Solo vas a decir eso, Eli?

—¿Cómo ha ido? ¡Cuéntamelo todo! —Cambié de tema—. ¿Estás contenta?

—¡Es guapísimo! —Soltó un gritito infantil y emocionado; no pude evitar sonreír, porque era tan joven e inocente para algunas cosas, sobre todo para las responsabilidades—. Rico, CEO del Grupo Moretti... y huela tan bien.

—¿CEO? Seguro que es un viejo de pelo canoso. Tu padre podría haberte buscado un marido mejor.

—¿Has oído lo que he dicho? ¡Gua-pí-si-mo! Tiene treinta y ocho años, se ha hecho cargo de los negocios familiares hace poco y necesita a la esposa perfecta a su lado.

—Juntos dominaréis el mundo.

—Y lo llenaremos de hijos preciosos. ¡Estoy tan enamorada! —Suspiró, como si estuviera hablando del protagonista de una novela—. ¿Te puedes creer que se ha portado como un perfecto caballero y quiere esperar a consumar el matrimonio en la luna de miel?

—Ay, Vanessa... —Puse los ojos en blanco; aquella excusa era demasiado conveniente. Mi hermana no se merecía ser una esposa trofeo mientras el novio se divertía con otras—. ¿Has firmado algún contrato prematrimonial?

—Claro. Sé perfectamente lo que estás pensando y no es verdad. Es un hombre de honor y me va a respetar. Construiremos nuestro amor poco a poco.

—Te deseo lo mejor. De verdad, ojalá seas muy feliz, Vanessa.

—Eso no me basta —bufó, y me preparé para lo que venía ahora—. Quiero que seas mi madrina de boda.

—¡Ah! —Cerré los ojos, buscando la mejor excusa posible y sin encontrar ninguna—. ¿Cuándo es la boda?

—No me vengas con más cuentos. ¡Te quiero allí! —Sonó caprichosa, como cuando era pequeña—. Sabes que no he vuelto a dormir bien por las noches desde que te fuiste de casa. No haces más que alejarte, ya no nos quieres. ¿Qué te he hecho yo?

Me senté en la cama con un nudo en la garganta. Ella no se merecía saber la verdad de lo que sentía; nadie tenía por qué tenerme lástima. Me miré la barriga y me di cuenta de que, tal vez, mi bebé podría tener algo más de familia aparte de mí.

—Lo siento, Vanessa. Soy una complicada.

—No lo eres, qué va. Sé perfectamente lo mucho que te quieren tus alumnos y los homenajes que te hacen todos los años. Sigo tus redes sociales; eres una persona querida, solo que no con tu familia.

—No siempre tengo paciencia para aguantar a nuestra madre sacándome defectos. No tiene nada que ver contigo.

—Pues te aguantas y sonríes, como hago yo misma. ¡Si no vienes a mi boda, no te vuelvo a hablar en la vida!

—Van...

—Yo te compraré el vestido, yo lo pago todo.

—No necesito tu dinero, Vanessa, me las apaño muy bien sola.

—No seas orgullosa, que ya sé que el sueldo de profesora no da para tanto. No hace falta que recicles el vestido de la graduación para un evento tan importante.

—Un evento en el que yo no pinto nada.

—Va en serio, Eli, te necesito allí conmigo. Si no vienes, no vuelvas a mirarme a la cara.

—¿Estás condicionando nuestra relación a que vaya a una fiesta? —Intenté no sonar indignada—. Te quiero y ya he hecho de tripas corazón mil veces para darte el gusto. Pero lo de ser

madrina... no tengo las hormonas para aguantar las críticas de doña Tereza Alencar.

—Pintas a nuestra madre como si fuera lo peor. ¡Ella no es así!

—Vale, yo soy la mala de la película, ya estoy acostumbrada a cargar con el muerto.

—Porque te alejaste, porque no estás de acuerdo con nada de lo que hacemos.

—Porque soy distinta a vosotras, pienso de otra manera. —Exhalé con fuerza y volví a levantarme. Me dio un mareo tremendo y necesité unos segundos para no perder el conocimiento—. Mira, Vanessa, no quiero estropearte el momento. Es tu boda, con ese caballero que va a esperar a la noche de bodas para desvirgarte. Llévate un juguetito en el bolso, por si acaso se queda sin aliento a mitad de la noche.

—¡Qué horror! ¡Pero si te he dicho que es guapísimo! —Soltó una carcajada y yo sonreí; al menos el tono de la conversación había cambiado—. Está bien, no hace falta que vengas de madrina, pero vendrás de invitada. ¡Te quiero en esa fiesta para hacernos una foto de hermanas, júralo! —exigió, autoritaria. Aunque sabía que todos teníamos la culpa por haberla consentido tanto, acabé cediendo, porque Vanessa no iba a parar hasta salir se con la suya.

—Está bien, "jefa en pañales". —Oí gritos al otro lado de la línea—. Iré como invitada, a mi aire. Pero no te extrañe si me largo pronto.

—Antes de irte te harás una foto conmigo y conocerás a tu cuñado. Lástima que su hermano ya esté casado, si no, te lo presentaba.

—No necesito un marido, estoy perfectamente sola.

—Deja de comportarte como una vieja, ni siquiera nuestra madre es tan amarga.

—Soy un encanto, mis alumnos me adoran —rebatí con guasa, fingiendo que no me había ofendido—. ¿Cuándo es la boda?

—El mes que viene, confirmaré tu asistencia con la organizadora.

—De acuerdo.

Me miré la barriga; para entonces, aún podría mantener mi embarazo en secreto. Quizá, con la alegría de la boda de Vanessa, mi madre no se ensañe tanto conmigo por ser madre soltera.

—Toda la prensa y los focos están pendientes de mí. La boda del año, la unión de los Moretti y los Alencar. Nada puede salir mal.

—No puedes controlarlo todo, Van.

—Después de esta boda, haré que llueva cada vez que me dé la gana. —Se rió con ese aire de marquesa, de quien se cree dueña del mundo—. ¿Te veo en la comida del domingo?

—No tenses la cuerda. Nos vemos en tu boda. Un beso.

Colgué, abrí el navegador del móvil para buscar más información sobre el prometido de mi hermana, pero fue imposible. Solté el aparato sobre la cama, corrí al baño y eché todo lo que tenía en el estómago.

¿De dónde habían salido esas ganas de vomitar? No importaba; tenía un mes más para mantener la noticia en secreto mientras buscaba la forma de averiguar quién era el "chico del whisky", el padre de mi bebé.

Eliane



Capítulo 7
Eliane

Tenía el seguro médico que me ofrecía el colegio donde trabajaba, pero preferí ir al CAJA para mi primera revisión prenatal; es un centro comunitario en el que solía colaborar como voluntaria siempre que podía. Conocí al doctor Rael Lewis y a su esposa cuando le di clases particulares a uno de sus hijos, que iba mal en matemáticas. Aunque no es mi especialidad, el posgrado en pedagogía me sirve para casi cualquier asignatura.

No solía pedir favores, pero mi situación había cambiado y necesitaba hablar con alguien que tuviera tanto mundo e influencia como mi propia familia. El doctor Rael era un hombre que había viajado mucho, había trabajado en Médicos Sin Fronteras y siempre estaba echando una mano a personas y familias en apuros. Justo como yo.

No solo necesitaba que supervisara mi embarazo, sino también pedirle consejo para encontrar al padre de mi bebé. Me aterraba que aquel hombre rico y arrogante me rechazara; al fin y al cabo, solo fue una noche y encima pretendía pagarme por el "servicio". Pero por mi hijo, tenía que darle la oportunidad de ejercer como padre, en lugar de descartarlo como hizo mi madre con mi padre biológico.

Pensar en mi padre de verdad me recordaba que, en mis papeles, el que figuraba como progenitor era mi padrastro. Mi sueño era cortar por lo sano cualquier vínculo con ese hombre; no era más que el marido de mi madre y el padre de mi hermana pequeña, pero mío no era nada.

Entré en el CAJA fuera del horario comercial; ya era noche cerrada y solo las luces encendidas marcaban el camino. Abrazada a mi bolso, saludé al guarda de la entrada, les sonreí a las voluntarias que charlaban animadas en la recepción y crucé el patio central hacia la zona de consultas.

Había niños pequeños corriendo bajo la supervisión de algunos adultos, mientras que en un rincón varios puestos exponían y vendían artesanía. En aquel sitio había de todo; ojalá tuviera más tiempo para pasar allí las horas, pero mis alumnos me exigían mucha atención y ellos eran lo primero.

Llegué a la zona techada del fondo, saludé educadamente a otras personas y entré en el pasillo de atención médica. Saqué el móvil del bolsillo y comprobé la hora: ni pronto ni tarde, puntual. Fui hasta la primera consulta, llamé dos veces a la puerta y esperé a que me dieran paso.

—En casa hablamos. —La puerta se abrió y apareció una mujer a la que reconocí como Carol Lewis. En cuanto me vio, sonrió y me saludó rápidamente con un beso en la mejilla—. ¡Ah! ¿Así que tú eres la chica misteriosa que ha pedido una consulta secreta?

—Siento las molestias, de verdad necesitaba ayuda. —Miré por encima del hombro de Carol; el doctor Rael estaba de pie

esperándome con una sonrisa tranquilizadora—. Seré lo más breve posible.

—No te preocupes, solo estaba bromeando. Te debemos mucho. —Me acarició el brazo con cariño y salió de la consulta.

Alargué la mano para saludar al doctor Rael; él me la estrechó e indicó la silla para que me sentara. Suspiré en cuanto mi trasero tocó el asiento, esperé a que el médico se acomodara al otro lado de la mesa y busqué por todas partes una valentía que se había esfumado.

—¿Cómo estás, Eliane?

—Bien. Bueno, más o menos. Un poco revuelta, con mareos... —Puse una mueca—. ¿Es normal?

—Depende. —Inclinó la cabeza hacia un lado, intrigado—. ¿Cuándo empezaron esos síntomas?

—Esta semana.

—¿Cuándo fue la última vez que te hiciste una analítica de sangre?

—Me hice uno de farmacia, ¿sirve? Lo he traído. —Abrí el bolso, busqué la bolsita transparente con el test de embarazo y el doctor Rael soltó una risita.

—¡Ah! Claro. —Levantó la palma de la mano, declinando la invitación de revisar el palito con las dos rayas rosas—. Estás embarazada.

—Aún es un secreto. —Agaché la cabeza y suspiré—. Parezco una cría. Tengo treinta y dos años, no debería estar así de avergonzada. —Guardé el test en el bolso.

—Las mujeres suelen sentirse así cuando no hay planificación o no tienen una relación estable con el padre del bebé.

—Es peor. —Volví a mirar al médico—. Por eso he pedido tu ayuda. Sé que tienes contactos, que podrías localizar a ese hombre.

—¿Se ha dado a la fuga? ¿Está desaparecido? —Rael arqueó las cejas, sorprendido.

—Es que ni siquiera sé quién es, solo le puse el mote de "el chico del whisky". —Me tapé la cara con las manos, muriéndome de vergüenza—. Madre mía, mi madre me va a decir de todo, tengo que prepararme.

—Vale, vamos por partes. —El teclado del doctor empezó a sonar y me quedé mirándolo mientras trabajaba en el ordenador—. Voy a pedirte la analítica del primer trimestre, a recetarte las vitaminas y, si hace falta, ajustaremos la dosis cuando tengamos los resultados. Tenemos un convenio con el laboratorio del centro; podrás hacértelo todo allí, incluida la ecografía.

—Muy bien, gracias. —Tragué saliva; me sudaban las manos mientras buscaba algún apoyo emocional, alguien que estuviera conmigo. ¿Por qué no le habría dicho a Samuel que me acompañara? Claro, tengo esa manía de querer hacerlo todo sola para acabar sufriendo después.

—Voy a hacerte unas preguntas para completar tu historial. ¿Cuándo fue tu última regla? —inquirió el médico. Fui relajándome al hablar de cosas que no me removían los sentimientos, solo hechos: qué comía, cómo dormía, las actividades recomendadas para esta etapa.

Según los cálculos del médico, estaba de doce semanas y la tripa empezaría a asomar pronto. El vestido que eligiera para la boda de mi hermana tendría que ser uno con caída desde la cintura; solo así pasaría desapercibida hasta que estuviera lista para enfrentarme al huracán.

Después de que el doctor Rael imprimiera todos los volantes, se levantó, cogió un aparato del armario que tenía detrás y se sentó a mi lado. Parecía una cajita con un bastón; me sonrió unos instantes, transmitiéndome confianza.

—Todo va a salir bien, Eliane. Nunca has estado sola. Ahora, ¿vamos a escuchar el corazón del bebé?

—¿Eh? —Estaba demasiado emocionada para procesar lo que me pedía. Me tragué el llanto y respiré hondo.

—Esto es el doppler. Levántate la blusa y bájate un poco el pantalón; vamos a ver si tu bebé es tímido o marchoso.

—Puse el bolso sobre la mesa, hice lo que me pidió y sentí la punta fría del aparato cerca de mi ombligo. Rael lo movió, lo deslizó, hasta que un sonido como el de un corazón latiendo dentro de una botella inundó la sala.

Él sonrió y yo me deshice en lágrimas, a pesar de que estaba intentando contenerme con todas mis fuerzas. Solté una risa avergonzada, el médico se rió conmigo y continuó con la exploración.

—¿Eso es el corazón latiendo? Suena con mucha fuerza.

—Tiene tu energía, Eliane. El corazón está bien; en la ecografía podrás ver más.

—Nunca pensé en ser madre, doctor. Mucho menos sola, tras una noche de juerga, tal como le pasó a mi madre.

—A veces, en el ansia por hacerlo distinto, acabamos haciéndolo igual, pero de otra manera. —Dejó el aparato sobre la mesa y se acomodó en la silla a mi lado. Su semblante se volvió serio—. ¿No te acuerdas del hombre con el que tuviste relaciones? ¿Estabas bebida? ¿Fue forzado?

—¡Qué va, para nada! —Le toqué el antebrazo y él se mantuvo atento a mis palabras—. Solo que no le pregunté su nombre, ni le dije el mío. Yo... —Miré a mi alrededor y me limpié el rastro de las lágrimas que se estaban secando—. Era el cumpleaños de mi hermana, solo había gente del nivel de los Alencar. Él me confundió con una camarera y...

—¿Por qué te iba a confundir con una empleada?

—Porque llevaba un delantal; me había metido en la cocina para ayudar a una chica a la que mi madre había humillado. —Cerré los ojos y sacudí la cabeza—. Ay, doctor, soy un desastre. Quien me

ve dando clase y dominando el aula no se imagina que me convierto en una adolescente rebelde cuando estoy cerca de mi familia.

—Te entiendo y no te juzgo. ¿Qué necesitas de mí?

—Hablar con el Hotel Golden Ross, ver quién fue el hombre que alquiló una habitación para esa noche y llamó a una costurera.

—Vale. Creo que ni siquiera me hace falta tirar de contactos; uno de los alumnos de informática puede echarme una mano hackeando su sistema.

—¿Es así de sencillo? —Intenté no reprocharme a mí misma el haberme expuesto tanto.

—Fácil de decir, pero no de hacer. Anótame aquí el día y la hora. —Cogió un papel y un bolígrafo y me los pasó—. ¿Te acuerdas de su cara?

—Sí —suspiré y él sonrió—. Fui tan impulsiva, tan inconsciente... Estaba dolida y necesitaba cariño; el "chico del whisky" se llevó mi peor versión.

—¿Te has planteado hacer terapia?

—Volver a terapia, querrás decir. Parezco una loca, ¿verdad? Estuve casi diez años yendo, pero se me acabó el dinero para pagar las sesiones. No quiero ni imaginarme cómo estaría hoy si no lo hubiera hecho.

—Te lo decía porque veo cuánto estás sufriendo, culpándote y juzgándote a ti misma. En esta etapa, con las hormonas revolucionadas y las emociones a flor de piel, si ya tienes tendencia a ser impulsiva, la cosa solo irá a peor y el sufrimiento vendrá acompañado de la culpa. No tiene por qué ser así; aquí en el CAJA tenemos atención voluntaria de diversas corrientes y escuelas.

—Tengo una amiga que es psicóloga, hablaré con ella primero.

—Claro, como prefieras. —Se levantó—. En cuanto consiga la información, te aviso.

—Gracias, doctor. —Me puse en pie y cogí el bolso junto con los volantes—. Te debo una.

—Aún estoy pagando mi deuda contigo, no te preocupes.

—¿Cómo está Marcela?

—Enorme. Está haciendo ballet; la semana que viene tiene una actuación aquí en el proyecto. ¡Ven a verla!

—Iré. —Le tendí la mano, él me la estrechó y sonrió—. Me alegra que hayas confiado en mí para ayudarte. Cuenta conmigo para lo que sea.

—Gracias.

Era en momentos como aquel cuando me daba cuenta de que no necesitaba buscar la aprobación de mi familia de sangre; tenía otro tipo de familia, una que me hacía sentir bien y acogida.



Capítulo 8
Reid Moretti

Con los auriculares puestos, corría en la cinta con la mirada fija al frente, sin pensar en nada más que en el enorme vacío que sentía en el pecho. Después de una jornada de trabajo agotadora, solo quería una hora de paz haciendo ejercicio, liberando mis frustraciones y el cansancio mental. El ritmo de la música marcaba mis pasos, pero no lograba acallar los pensamientos que me rondaban la cabeza.

Broken Altar – Dhatter Me

Me gustaba ir al gimnasio, ver gente, charlar con los amigos, pero en los últimos días estaba más huraño. Prefería quitarle el polvo a las máquinas de mi gimnasio particular, donde nadie me juzgaba ni me pedía nada.

Apoyé los pies fuera de la cinta y la apagué porque una llamada había interrumpido mi momento de relax. Toqué el auricular para aceptar la llamada, sin saber siquiera quién estaba al otro lado.

—¡Hola, amorcito! —La voz de Vanessa me erizó la piel, y no precisamente de forma agradable.

No era una mala mujer; además de guapa, sabía comportarse en los eventos sociales como la esposa trofeo perfecta. Pero había dejado de ser mi ideal en cuanto conocí a mi Helen Tasker de la vida real. La profesora. O Cenicienta. ¡Maldita sea! Odiaba no saber su nombre, no haberla encontrado entre los empleados del catering del cumpleaños de mi prometida.

Prometida. Iba a casarme sin amor, por un acuerdo entre familias para aumentar todavía más mi poder. Para ampliar una fortuna que ya no cabía en una sola cuenta bancaria.

¿Em qué momento llegué a creer que aquello era una buena elección para mi futuro?

—Hola —respondí, forzando una sonrisa para que mi voz no sonara demasiado cortante.

—Estás jadeando. ¿Qué pasa? —preguntó, curiosa por saber dónde estaba.

—Entrenando. ¿Necesitas algo? —Fui hasta la nevera y cogí una botella de isotónico fría.

Por la risa picante de Vanessa, supe que iba a empezar con ese rollo sexual del que llevaba escapando desde nuestro compromiso.

—Sí, lo necesito, pero mi prometido es demasiado caballero para ofrecérmelo —suspiró de esa forma que resultaría perfecta al oído si lo hiciera otra persona—. Necesito mimos, Reid.

—Lo siento, pero ahora no puedo ayudarte.

—No quiero excusas, quiero acción. Dame un poco de atención, futuro marido.

Cerré los ojos y deseé que encontrara un amante para que dejara de pedirme aquello a mí. Me acordé de Henri Premoli; ojalá fuera un compañero de verdad, alguien que no me atara a otra persona.

Entonces, ¿por qué no había cancelado todo este circo antes de que fuera demasiado tarde para echarse atrás? Culpaba a la chica del vestido roto, la de los labios de miel y piel de seda. Aquel olor a comida, a flores y a algo que solo ella tenía me había enganchado de mala manera. Había dejado de razonar y solo era capaz de actuar en secreto por y para ella.

¿Cómo podía tener sentimientos tan intensos por alguien a quien acababa de conocer? Estaba haciendo lo correcto, siguiendo con el plan de éxito de mi vida, en lugar de alimentar un deseo insano por alguien que huyó de mí aquella noche. ¡Por el amor de Dios! ¿Podía tener a todas las mujeres del mundo y estaba colado por la única que no quiso repetir conmigo?

Me pasé la mano por el pelo y suspiré, forzando una risa y obligándome a ser agradable con la mujer con la que iba a compartir mi vida. Tendríamos hijos, levantaríamos un imperio, seguiríamos el guion que todos esperaban. Vanessa era joven, guapa y no dudaba de que aceptaría entrar en el tipo de juegos que a mí me gustaban.

—¿Has conseguido ya los zapatos para la boda? —Busqué un tema seguro de conversación.

—¡La semana pasada, Reid, te lo conté! ¿Pero dónde tienes la cabeza? —se quejó ella, impaciente.

—Un poco, lo confieso —los dos nos reímos, aliviando la tensión al teléfono—. La boda es la semana que viene.

—Sí. Tengo dudas de si ponerme lencería rosa o roja. ¿Cuál te gusta más?

—¿No debería ser todo blanco para la ocasión?

—Me gusta sorprender. Acostúmbrate, futuro marido.

—Está bien —respiré hondo, sintiéndome fatal por no tener el más mínimo interés en la ropa que se fuera a poner—. Voy a darme una ducha y a dormir. Que descanses, Vanessa.

—Me tocaré pensando en ti, mi amor —colgó y solté un gemido alto, frustrado.

—¡Puta mierda! —Le di otro trago al isotónico—. ¿Y ahora qué?

Mi móvil volvió a sonar; supuse que era mi prometida, que se había puesto pesada, ya lo había hecho varias veces. Apreté la botella en mi mano e intenté no sonar irritado por la interrupción.

—Oye, ahora mismo no puedo hablar. ¿Es urgente?

—¿Todo bien, hermano?

—Ah, Lorenzo —solté la botella sobre la nevera y me dejé caer en el suelo, con los brazos en cruz. Necesitaba desahogarme o iba a estallar—. Estoy jodido, tío.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, preocupado.

—Que me caso.

—¡Ah! —El cabrón se rió—. Por fin te ha caído la ficha. Todo va a salir bien, déjate llevar.

—Eso hago, y el desastre va a ser inminente.

—¿Cómo que el desastre? ¿No era esto lo que querías? Moretti y Alencar, juntos, un gigante. Eres un hombre de negocios, esta boda es como un contrato.

—Pensé que podría con ello, pero me estoy dando cuenta de que ya no puedo más.

—¿Vas a echarte atrás?

—¿Es posible?

—Claro. Llama a relaciones públicas, a los de marketing e intenta tapar todas las noticias sobre la cancelación. Tu prometida se ha encargado de que esto sea el evento del siglo, por si no te habías

dado cuenta. Todos los días sube vídeos a las redes, cuenta lo enamorados y felices que estáis...

—Mierda.

—Y cuanto más se menea, más huele. ¿Qué le está pasando al hombre con nervios de acero?

—Es tan idiota...

— Suéltalo ya, Reid. Tú siempre has sido de comértelo todo solo, nunca te ha hecho falta esto.

—He conocido a alguien.

—¡Lo de la fiesta de cumpleaños, lo sabía! —soltó una carcajada.

—¡Hijo de puta!

—También es tu madre —bromeó, intentando quitarle hierro al asunto.

—No tiene gracia. Solo fue una noche y...

—Hay amores y dolores que no necesitan mucho tiempo para marcarte la vida. ¿Quién es ella?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Te has acostado con alguien sin saber su nombre ni de dónde viene?

—No es la primera vez —refunfuñé, molesto por el tono de juicio que desprendían sus preguntas.

—Un canalla castigado por el universo... No creía que algo así fuera posible.

—Si me has llamado para tocarme las narices, podemos colgar ahora mismo —me senté en el suelo, impaciente.

—Tranquilo, Reid, solo era una broma —suspiró—. Sabía que te pasaba algo y llevo casi un mes dándote vueltas. Me alegra que

me lo hayas contado, sabes que puedes confiar en mí. Soy tu hermano, marido y padre de familia.

—Eres un pesado y un moralista.

—Relájate, tío. Todo esto es tensión preboda. Aprenderás a querer a tu mujer, te olvidarás de esa chica con la que solo tuviste una noche y serás el hombre más rico del mundo.

—No lo sé...

—¿Ya has ido a buscarla? ¿Has pedido información en el hotel?

—He hecho todo eso y no he sacado nada. Ni las cámaras de recepción han servido; siempre iba con la cabeza agachada. Mi americana tapaba el vestido que llevaba. No sé quién es.

—Entonces, está decidido. Yo siempre he estado a favor del matrimonio por amor, pero tú ya has tomado una decisión y siempre has sido un hombre de palabra. Fue una aventura, tómatelo como tu despedida de soltero.

—Tienes razón, no puedo tirar por la borda todo lo que he conseguido por una mujer. Si no la he encontrado, es porque no tenía que ser.

—O porque tendrías que haberte esforzado más para conseguir algo tan grande e importante. En fin, es lo que hay, hermano. Estaré a tu lado en el altar, todo saldrá bien.

—Sí —cerré los ojos y repasé sus últimas palabras—. ¿Cómo están los niños?

—Emocionadísimos por entrar llevando las alianzas.

—Bien. Me marcho, que tengo que dormir.

—Descansa, Reid. Y piensa con la cabeza, no con el corazón.

Eso era lo que debería hacer, pero había sentimientos que tenían más fuerza que mis propias convicciones.

Eliane



Capítulo 9
Eliane

Refunfuñé dándome la vuelta en la cama y alargando la mano en busca del móvil, que no paraba de sonar. Al final acabó cayéndose de la mesita de noche al suelo; me incliné de mala manera y casi termino yo con el mismo destino que el aparato.

Estaba agotada, muerta de sueño y con una necesidad imperiosa de quedarme dos días en casa, encerrada bajo llave. Pero era la boda de mi hermana y no tenía forma de librarme de aquel compromiso; se lo había prometido.

Salí de la cama, recogí el móvil y comprobé quién llamaba. Sin pensar mucho en las consecuencias, pulsé el botón verde para devolverle la llamada a mi madre.

—¿Dónde estás, Eliane? —me soltó, irritada.

—Se me han pegado las sábanas, mamá, lo siento. Me dieron las tantas anoche corrigiendo trabajos.

—No me interesa; deberías estar en la peluquería con tu hermana y las damas de honor. Ya me ha preguntado por ti tres veces. ¡Tres! Me estás poniendo de los nervios en un día que debería ser de paz. Siempre igual contigo.

—Está bien, mamá. Ya le dije a Vanessa que no iría a lo del "día de la novia"; estaré lista y en la fiesta antes de la hora.

—Egoísta. ¡Que es la boda de tu hermana! —Colgó la llamada y me entraron unas ganas locas de meterme otra vez en la cama y no salir de ella.

—Dios mío, dame paciencia, porque si me das valor, voy a soltar unas cuantas verdades que van a escocer.

Miré a un lado y a otro y estiré las sábanas. Según la hora del móvil, estaba cerca de mediodía; me prepararía algo ligero para tener el estómago domado. Las náuseas habían remitido, pero en cuanto me ponía nerviosa o ansiosa, no retenía nada.

Me di una ducha rápida, me lavé el pelo y pasé un buen rato secándolo. Como en el cumpleaños de mi hermana, me dejé la melena suelta y me recogí el flequillo con un pasador de brillantitos.

Fui a la cocina a comerme un sándwich vegetal, me tomé un zumo de limón y agradecí que todo pareciera estar en orden en mi cuerpo. Ya se me notaba un poco de tripita, pero aún era posible disimularla con la ropa. En el insti casi todos sabían lo mío, sobre todo los de Recursos Humanos, que tendrían que buscar a un sustituto para cuando me cogiera la baja por maternidad.

La boda de mi hermana sería antes del atardecer; quería hacerse las fotos con el mejor escenario que la naturaleza pudiera ofrecer. Ella era una romántica con dinero; yo era la versión práctica, prefería los gestos simbólicos a todo aquel despliegue de grandeza.

Me puse el vestido rosa y marfil, me di el último retoque en el pelo y me maquillé. Para ahorrarme comentarios, me pasé un

poco con la sombra de ojos y me puse pintalabios rojo. Era demasiado, pero necesario para que nadie se fijara en mi cuerpo.

Me calcé unas bailarinas, porque soy alérgica a los tacones, y metí el móvil y los documentos en el bolso de mano. Samuel me llevaría a la fiesta en coche y luego volvería en un Uber.

Le escribí un mensaje a mi amigo y compañero, salí de casa y me quedé esperando en el portal. Iba con más de una hora de antelación; quería ver si alguien se atrevía a quejarse de mi retraso.

Caminé a paso ligero hacia mi amigo en cuanto aparcó a mi lado. Me senté en el asiento del copiloto y le di un beso en la mejilla.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con la profesora Eliane? —me vaciló Samuel; yo puse los ojos en blanco—. ¡Estás guapísima! Ese color te queda de cine.

—Es exagerado, para que nadie me mire la barriga.

—Ponte más rojo, que tienes unos labios de lo más apetecibles.

—Gracias, pero ese no é mi objetivo esta noche. Vanessa es el centro de atención hoy.

—La consentida por fin recibirá su corona de reina —maniobró y arrancó el coche—. ¿Cómo llevas el estómago?

—Bien. El zumo de limón me está ayudando.

—Todo sea por contentar a nuestra niña —Samuel puso la mano sobre mi tripa; yo había descubierto el sexo del bebé hacía unos días—. ¿Has sentido si Luciana se mueve?

—Aún no he decidido el nombre. Yo necesito...

—Al padre del bebé —suspiró y giró el volante—. Lo sé, Eli. Pero ¿hasta cuándo? ¿No dijiste que no habías sacado nada en claro en el hotel?

—No puedo rendirme a la primera dificultad. El doctor Rael me ha pedido un poco más de tiempo; iba a tirar de otros contactos para encontrar al "chico del whisky".

—¡Acepta las señales divinas, Eliane! Si no lo has encontrado, es porque estás mejor sin él.

—Ojalá pudiera pensarlo así, pero siento en el corazón que hay algo ahí fuera.

—Sí, ese cosquilleo en el estómago es por la boda de tu hermana y por la presión que tu madre mete en tu cabeza.

—No debería afectarme tanto.

—¿Cómo qué no? ¡Si saliste de dentro de ella! Cuando llegues allí, busca una ruta de escape y llámame si necesitas una salida rápida.

—La cocina. Haré como la última vez: ayudaré al personal y...

El corazón me dio un vuelco al darme cuenta de que los invitados de esta boda podían ser exactamente los mismos que los del cumpleaños de mi hermana. Que el hombre con el que pasé una noche, y que era el padre de mi hija, podía estar entre ellos y yo, por fin, lograría reencontrarlo.

¿Cómo no se me había ocurrido antes?

—¿Eli? Te has quedado pálida, ¿estás bien?

—Sí —respiré hondo varias veces, mirando el enorme salón que teníamos delante, donde se celebraría el enlace—. Es que estaba... no lo había pensado... puede que... Samuel... —Se me llenaron los ojos de lágrimas.

Mi amigo detuvo el coche antes de llegar a la zona del aparcacoches, se giró hacia mí y me cogió las manos. Tomando el control de la situación, respiró hondo; yo lo imité y me fui calmando. Su sonrisa me reconfortó; si no fuera por él, nunca habría sobrevivido lejos de mi familia biológica.

—Ahora dime, ¿qué pasa?

—Fue en el cumpleaños de mi hermana. Y esta es su boda. Tal vez...

—¡El "chico del whisky" esté ahí! —Su mirada se iluminó—. ¡Claro, cabeza hueca! ¿Cómo no lo pensaste antes?

—¡Ya ves!

—Tus neuronas están hechas para ejecutar otras sinapsis además de empollarte la materia —soltó su frase clásica de clase—. ¿Quieres que me quede contigo? Me cambio de ropa en menos de media hora.

—¿Y entrar de colado en la fiesta? No, yo puedo con ello.

—Estaré pegado al móvil. ¡Llámame!

—Lo haré —le di un beso en la mejilla—. Gracias.

Salí del coche y caminé despacio por la acera para recuperar el equilibrio emocional. A medida que me acercaba, me sentía cada vez más eufórica, animada por encontrar la forma de cerrar ese capítulo pendiente de mi vida. Solo tenía que mantenerme bajo el radar, a una distancia prudencial, observando a los invitados sin llamar la atención.

Para mi desgracia, mi madre ya estaba en la entrada echándoles una bronca a los empleados de la organización. Yo contaba con la suerte de tener unos minutos de tregua sin su presencia.

—Hola, mamá —saludé con una sonrisa forzada. Terminó de abroncarlos antes de analizarme de arriba abajo y asentir con la cabeza, satisfecha.

—Un poco mejor que la última vez. —Su sonrisa me dio un vuelco al corazón, sobre todo cuando me acarició la mejilla—. Te pareces a mí cuando estaba embarazada de ti.

—¿Ah, sí? —Abrí los ojos de par en par, asustada por aquel cumplido tan repentino. No sabía si iba en serio o era una encerrona.

—Sí, reteniendo líquidos. Tienes que hacer algo de ejercicio. —Me dio un golpecito afectuoso en la cara y se alejó, señalándome

—. Quédate ahí delante y espera a que llegue tu hermana.

—Está bien. —Mis hombros se relajaron; al menos no había sido para tanto.

Miré a un lado y a otro y me encontré a una de las voluntarias del CAJA trabajando en la boda. En cuanto me vio, se le iluminó la cara y se acercó a mí.

—¡Eliane, qué alegría verte! —Me dio un abrazo cariñoso—. Hace un siglo que no te veo.

—Es que voy de cabeza con el insti, pero estuve en la actuación de ballet que hubo hace unos días. ¿Te enteraste?

—No pude ir, y eso que me apetecía un montón.

Se alejó para atender a unos invitados que llegaban. Ni siquiera tenía que preocuparme; pocos me reconocían como parte de la familia. A veces era un alivio ser invisible y no tener la obligación de alternar con tantos desconocidos.

Me quedé más bien en un rincón, dejando espacio para los que llegaban. De repente aparecieron unos niños muy repeinados, corriendo de un lado para otro, y me rodearon jugando al pillapilla.

—¡Luiza, Vicente, comportaos! —Un hombre alto y elegante, acompañado de una mujer que parecía tener mi edad, apareció para meter en cintura a los pequeños. Algo en él hizo que mi corazón se acelerara; la sonrisa amable que me dedicó me generó ansiedad, pero no tenía sentido, no lo había visto en mi vida. Ignoré la sensación y le devolví la cortesía—. Lo siento mucho, señorita.

—No se preocupe.

—Ya han llegado el paje y la damita de honor, perfecto. Ali, habla con Ana —mi conocida, Kelly, le dio indicaciones a la familia y se dirigieron a un lugar detrás de mí—. Uf, estoy a un pelo de brotar.

—¿Qué pasa?

—La madre de la novia es exigente de más —Kelly se tapó la boca y abrió mucho los ojos—. Perdona, he hablado de más.

—Sé perfectamente cómo es —le guiñé un ojo y respiré hondo—. ¿Quiénes eran esos que iban con los niños?

—El hermano del novio, que van de padrinos —cogió la tablet y trasteó en la pantalla—. ¿Por qué no encuentro tu nombre aquí?

—Fui yo quien lo pidió, no me gusta figurar —la agarré del brazo y le acerqué la boca al oído—. Cosas de familia.

—Entiendo —soltó una risita—. Cuando saquen el champán, te traeré uno especial para ti.

—Ah, no hace falta. No estoy bebiendo.

—¿Has venido en coche? Yo me encargo.

—Estoy bien, gracias.

—¡Tienes que probarlo, es una maravilla!

La mujer no iba a rendirse, así que la atraje hacia mí.

—No, es por otra cosa. ¿Sabes guardar un secreto?

—Claro.

—Estoy embarazada.

—¡Ah! —Iba a montar un espectáculo, pero se contuvo en cuanto me vio la cara de desesperación—. ¿Y el padre? Vale, sí, entiendo —hizo el gesto de cerrar una cremallera en sus labios.

—¿Podrías traerme un agua? —dijo el padre de los niños y pegué un bote; estaba a nuestro lado y ni siquiera lo había visto. Intercambié una mirada significativa con él, me puse roja y bajé la cabeza; no necesitaba que nadie se fijara en mí.

—Vuelvo enseguida —Kelly se marchó a toda prisa y yo me quedé petrificada en mi sitio.

—¿Eres amiga del novio o de la novia? —el hombre intentó entablar conversación.

Abrí la boca y levanté la cabeza para responder, pero me quedé sin palabras cuando el "chico del whisky" apareció por la puerta del salón. Llevaba traje de gala, el pelo impecable... estaba perfecto para ser el novio.

Dios mío. El novio.

Cuando su mirada se cruzó con la mía, él sonreía nervioso, pero de repente todo se volvió serio, seco, oscuro. No podía ser, aquello no podía estar pasando.

El novio era el padre de mi bebé y estaba a punto de casarse con otra.

Y entonces, por un segundo, perdí el conocimiento.

Eliane



Capítulo 10
Eliane

—¿Estás bien? —Unas manos firmes me sujetaron por la espalda.

Abrí los ojos y me encontré de frente con la única persona a la que quería ver, pero que estaba en el peor lugar posible: como novio de otra, prohibido, un error total.

—¡Ya ha llegado el novio! —oí a lo lejos, confirmando mis sospechas.

—¿Qué ha pasado? —El "chico del whisky" se acercó.

—Yo...

¡Dios santo! ¡Me acosté con el prometido de mi hermana! No podía ser, no podía haber cometido semejante pecado mortal contra mi propia familia.

Giré la cara; el hermano del novio me sostenía y, a nuestro alrededor, varias personas nos observaban con atención. Lo último que me faltaba era montar un escándalo en la boda de mi hermana.

—Me ha dado un mareo, nada más —dije, alejándome de los dos.

—Porque está embarazada —soltó el hombre que me había socorrido, más alto de lo que me hubiera gustado. Se me llenaron los ojos de lágrimas. No, esa noticia no podía correr como la pólvora.

—¿Qué?

—Tengo que ir al baño, con permiso —pasé por su lado caminando a toda prisa, ignorando una nueva oleada de mareo que me golpeó. Me mantuve firme, decidida a esconderme para que la boda de mi hermana no se convirtiera en una pesadilla.

Recorrí la recepción, poniéndome cada vez más nerviosa mientras iba de un lado a otro entre sofás y una pequeña barra, sin ser capaz de localizar un aseo. Con los ojos empañados, saqué fuerzas y entré en el gran salón, pegada a la pared, hasta llegar al fondo, a la puerta de la cocina.

—No puedes estar aquí —un hombre corpulento y serio, vestido de chef, me cortó el paso.

—Necesito ir al baño —sollocé.

Agarrándome del brazo como si fuera una niña, me sacó de allí y me llevó por un pasillo lateral hasta la puerta de los aseos. Me soltó delante con bastante brusquedad; entré atropelladamente y di gracias al cielo porque estaba vacío, limpio y en silencio.

—Oh, esto no puede estar pasándome a mí.

Me senté en una de las tres butacas que había en el lugar, que más que un aseo parecía la habitación de un hotel sin cama. Me tapé la cara con las manos, agaché la cabeza y respiré hondo varias veces, intentando pensar con coherencia.

¿Por qué me tenía que pasar esto a mí?

Un castigo, no podía ser otra cosa. Prefería mantener las distancias con mi familia para no volverme loca y, como premio, me tocaba esta terrible coincidencia.

—¿Hay alguien ahí? —Oí la voz que me había hecho gemir de placer unos meses atrás y solté un grito del susto.

Me levanté de un salto mirando hacia la puerta. El "chico del whisky" apareció en el baño de mujeres, moviéndose con cautela. Si no estuviera sumida en tanto dolor, me habría dado cuenta de que él también estaba aturdido.

—Lo siento, no quería estropearte la boda, ya me voy —levanté el bolso y saqué el móvil—. Voy a llamar a...

—¡Espera, respira! —Se puso frente a mí y envolvió mis dedos con sus manos cálidas para impedirme seguir—. Conmigo.

Aquel hombre, que conseguía ser todavía más guapo que en mis recuerdos, inspiró profundamente y luego soltó el aire. Yo le imité, porque no estaba solo nerviosa; el mareo estuvo a punto de jugármela otra vez.

Me dejé llevar porque el "chico del whisky" conectaba conmigo de una forma que no se podía explicar con palabras. Su tacto en mi mano, su mirada intensa fija en la mía, ese tirón en mi vientre recordándome que algo real nos unía y que era incuestionable: nuestra hija.

¿Cómo iba a cargarme la boda de mi hermana?

¿Sería capaz de vivir con ese secreto?

¿No se merecía él saber la verdad?

—Eso es —el hombre sonrió y se me partió el corazón por la culpa, por sentirme atraída, por desear sus cuidados y no poder tenerlos—. Hola.

—Hola —murmuré, sorbiéndome los mocos.

¿Por qué no podía, simplemente, ser feliz? ¿No bastaba con un embarazo inesperado, tenía que ser precisamente con un hombre

comprometido?

—Vaya coincidencia.

—Ni me lo digas.

—Así que te llamas Eliane Alencar, la hermana de Vanessa.

—La hermana de la novia, tu futura esposa. Esta es tu boda.

—Sí, y por primera vez en mi vida, desearía no ser Reid Moretti.

Cerró los ojos y apoyó su frente contra la mía. Su respiración me rozó la piel, embriagándome con su olor, con su cercanía. Sería tan fácil rodearlo con mis brazos y pedirle que me llevara lejos... pero no podía.

Reprimida.

Esta vez, yo sería la única responsable del abandono que estaba a punto de sentir.

—Te busqué.

—No. —Me alejé de él y volví a trastear con el móvil—. Tenemos que parar aquí, esta es tu boda. No te conozco, no he oído hablar de ti en mi vida. Que siga así.

—No puedes estar hablando en serio.

—¡Vete de aquí! Este es el baño de mujeres.

—No me importa, yo pago todo esto, es mi boda.

—Exactamente, Reid. ¿Qué hace el novio a solas con una mujer en el baño? A ti el mundo te colgará la medalla de mujeriego. A mí, la de destructora de hogares. Mi lista de acusaciones ya es demasiado larga, no cabe una más. ¡Vete!

Señalé la puerta, suplicándole con la mirada que no siguiera con aquello, fuera lo que fuese. ¿Un intento de acercamiento? ¿Le gustaba? ¿Quería que fuera su amante?

—Está bien. —Se retocó la ropa, agachó el cabeza derrotado y suspiró. Cuando puso la mano en el pomo de la puerta, volvió a mirarme y su expresión de sufrimiento me partió el alma—. Solo dime una cosa: ¿ese hijo es mío?

Me toqué la tripa, di un paso atrás y apreté los labios para no mentir, pero tampoco para dar una respuesta que cambiaría nuestras vidas para siempre.

—¿Reid? ¿Dónde cojones estás? —La voz del otro hombre sonó al otro lado.

Vi cómo el novio salía del baño. Se oyó una discusión baja y firme entre ellos; solo entonces pude volver a respirar y recoger todos los pedazos de mi corazón.

Llamé a Samuel, que se puso atacado de los nervios, pero para mí alivio no insistió en pedir detalles; colgó y me dijo que venía de camino a buscarme.

Fui hasta el lavabo, me miré al espejo y me retoqué el maquillaje como buenamente pude. Tomé aire y saqué fuerzas de flaqueza para cruzar el salón, fingir que el novio no existía y marcharme de allí sin despedirme de mi madre.

En cuanto salí del baño, me di de bruces con mi padrastro. Serio y analítico, me observó con esa mezcla de rabia y malicia que siempre le dedicaba desde que le declaré la guerra.

—No vas a arruinar la boda de mi hija, ni vas a entorpecer mis negocios. ¿Te queda claro?

—Me voy ahora mismo, con permiso.

—No te creas que no sé de qué vas, ni el juego de manipulación que te traes con mi mujer y con Vanessa. No eres ninguna santa, Eliane.

—Piensa lo que quieras de mí. No tengo por qué hablar contigo.

Di un paso hacia un lado, pero él me acorraló con sus brazos, apoyando las manos en la pared. El corazón se me aceleró y los fantasmas del pasado intentaron apoderarse de mí, pero levanté la barbilla y le planté cara. De algún modo, aquel hombre conseguía sacar mi lado más valiente, mientras que mi madre siempre era mi punto débil.

—No montes una escena.

—No me obligues a montarla para que te quites de mi vista.

—Soy tu padre.

—Tú no eres nada mío.

—Llevas mi apellido, eres mi hija y me debes obediencia.

Me puso la mano en el hombro y me aparté de un salto; un escalofrío de puro asco me dio las fuerzas necesarias para enfrentarme a aquel imbécil. Para mi hermana, él era un héroe. Pero en mi vida, Denis Alencar siempre había sido sinónimo de tormento.

—Vuelve a tocarme y voy a gritar más fuerte que la música de este salón.

—Te vas a arrepentir si estropeas esta boda.

—He. Dicho. Con. Permiso.

Manteniendo el pulso con la mirada, conseguí que se apartara. Pasé como una exhalación por su lado, agaché la cabeza y huí del salón. Por desgracia, no logré llegar muy lejos; una de las organizadoras me retuvo porque el coche de la novia acababa de llegar y tenían que hacer la foto con las damas de honor.

Miré a un lado y a otro buscando al novio, pero para mi suerte —o mi desgracia—, no estaba en la recepción.

Con una sonrisa fingida, claudiqué ante los caprichos de mi hermana y las ocurrencias de mi madre. Vanessa estaba radiante, se la veía tan feliz y emocionada que me sentí la peor persona del mundo por estar allí a su lado. En cuanto tuve la menor oportunidad, me escapé de la sesión de fotos y encontré a Samuel esperándome

en el coche, a un par de manzanas del salón debido a la cantidad de invitados.

Ya en los brazos de Samuel, por fin me derrumbé y dejé que la desesperación me hundiera en el más absoluto desconsuelo.



Capítulo 11
Reid Moretti

La música instrumental resonaba por todo el salón de lujo que mi prometida había elegido para celebrar la boda de sus sueños. Los suyos, eran sus sueños.

Plantado en el altar, sintiendo cómo el cuello de la camisa me apretaba la garganta empapada de sudor, no podía dejar de pensar que estaba cometiendo el mayor error de mi vida.

La mirada de Eliane, su mano sobre el vientre, sus labios apretados por el miedo... todo en ella gritaba desamparo y fragilidad. Yo era quien debía protegerla, el único que podía aclarar el enorme malentendido en el que nos había metido al aceptar un matrimonio concertado teniendo dudas en mi corazón.

Había huido de mí, pero la verdad pesaba entre nosotros como un yunque invisible. ¿Cómo iba a jurar amor eterno a una mujer, aunque fuera por contrato, mientras otra cargaba con un hijo mío a solas? La culpa era un peso muerto en mi pecho que me impedía respirar con normalidad.

Vanessa me apretaba la mano con fuerza; parecía intuir que yo estaba a punto de echar a correr. Verla entrar por el pasillo, radiante y preciosa, no sirvió de nada más que para convertir el sueño en pesadilla.

La mujer que yo quería era intocable. La hermana de mi prometida, la que debería ser solo mi cuñada. ¿Cómo seguir adelante con esta boda si, a cada minuto que pasaba, lo peor nos acechaba? Eliane tenía razón: cuando la verdad saliera a la luz, cuando la criatura naciese y yo asumiera la paternidad —porque no iba a dejar a un hijo mío desamparado—, a mí me verían como al macho alfa, mientras que a ella la tacharían de destructora de hogares.

Miré a Vanessa, tan joven y segura de la felicidad de aquel momento prometido. Por muy superficial que fuera, no se merecía vivir una mentira levantada sobre contratos y apariencias. Yo quería una esposa elegida por mi corazón, y Vanessa también se merecía a un hombre digno, alguien lo bastante valiente como para enfrentarse al mundo por ella, cosa que yo no era.

El juez de paz se giró hacia mí con el micrófono en la mano y lanzó la pregunta que yo no estaba listo para responder:

—Reid Carvalho Moretti, ¿acepta a Vanessa Camargo Alencar como su legítima esposa? —Su voz retumbó en el silencio absoluto del salón mientras acercaba el micrófono a mis labios.

El tiempo se detuvo, el aire se volvió ácido y pesado en mis pulmones y la adrenalina me hizo bombear la sangre con fuerza. Miré a mis padres en los bancos delanteros, ansiosos por la unión de los imperios familiares. Miré a Lorenzo, mi hermano, que me observaba con la preocupación grabada en el rostro y en la postura.

Se me cerró la garganta. Finalmente, miré a Vanessa, que sonreía con la inocencia de quien confía a ciegas, y no pude seguir adelante con aquel teatro. Si algo había aprendido de la vida era que el «sí» tenía fuerza y claridad, a diferencia del «no», que venía acompañado de dudas y de negros augurios sobre el futuro.

—No —dije con firmeza, aunque no lo bastante alto.

Se oyeron algunos murmullos de asombro; Vanessa frunció el ceño y la alegría que desbordaba se esfumó. Tendría que repetirlo, más alto y con valor, como quien va a la línea de fuego en una guerra, sin armas ni chaleco antibalas.

Un grito desgarró el silencio.

Hubo más exclamaciones y un revuelo a nuestras espaldas llamó la atención de todos. Vanessa me soltó la mano; se quedó lívida mientras las lágrimas empezaban a brotar. No había una elección correcta en aquella situación: fuera cual fuese mi respuesta, vería a una mujer sufrir y llorar por mi culpa.

—¡Mamá! —Vanessa salió corriendo del altar hacia los bancos.

Tereza Alencar, la madre de la novia, estaba en el suelo, con los ojos cerrados y el cuerpo inerte, desmayada entre la gente. Había perdido el conocimiento. El padre de la novia me lanzó una mirada amenazante; yo no temía las represalias de aquel hombre, sobre todo después de mis últimos descubrimientos. Él no iba a formar parte de mi remordimiento; ya tenía bastante sobre la mesa como para cargar con los errores de los demás.

La ceremonia se interrumpió para llamar a una ambulancia y pedir asistencia médica. El foco pasó de la novia y de mí al drama de la madre preocupada. Sabía que era puro teatro, pero era mi oportunidad para largarme lo más lejos posible de aquella trampa que yo mismo me había tendido.

Lorenzo apareció a mi lado, pasándome el brazo por los hombros para protegerme de las miradas.

—Mamá nos ha hecho una señal para que nos larguemos. Vámonos antes de que llegue la prensa y lo empeore todo.

—¿Y tu mujer?

—Está yendo hacia el coche con los niños, ella nos llevará a casa —susurró, guiándome entre los invitados.

Salí del salón de celebraciones bajo las miradas de juicio de unos y la confusión de otros. Los flashes de las cámaras de los móviles captaban tanto el espectáculo que acababa de montar la madre de la novia como mi huida precipitada por la única puerta de salida que había.

Ignoré las preguntas y a los empleados que me llamaban; el hombre perfecto y controlado había dado paso al impulsivo. Entré en el parking lateral del salón y corrí a toda prisa junto a mi hermano hasta el coche, que ya estaba arrancado esperando nuestra llegada.

Me metí en el asiento de atrás; mis sobrinos estaban sueltos y saltaron sobre mí, entusiasmados, sin tener ni idea de que fuera reinaba el caos.

—¡Tío Reid! —Vicente me apretó el cuello con sus bracitos fuertes.

—¡Agáchate! —Mi cuñada hizo un gesto con la mano hacia atrás y yo obedecí. Estaba al volante, maniobró con destreza y se lanzó a las calles de la ciudad—. ¡Madre mía! ¿Pero qué ha sido eso?

—Es el pequeño de la casa, que está teniendo una adolescencia tardía —se burló Lorenzo, riendo con total tranquilidad.

—¡El tío Reid no es un adolescente! —protestó Luiza.

—Cosas de mayores, tapaos los oídos, niños. —Mi cuñada hizo una maniobra brusca y me miró por el espejo retrovisor—. Ya puedes incorporarte, pero deja el tema serio para luego, cuando no estén los niños delante.

—¿Por qué? —Mi sobrina hizo un mohín y se cruzó de brazos, molesta.

Ay, si ella supiera lo que su tío acababa de hacer, quizá no me miraría con esa dulzura. La abracé y le di un beso en la frente; luego me giré hacia el otro lado y le revolví el pelo a Vicente, que ya se estaba quitando los tirantes y la camisa de vestir que lo hacía verse adorable.

El sonido del motor fue lo único que se escuchó hasta que llegamos a la casa de mi hermano, en una urbanización de lujo cerrada. Aunque mi hermano no había seguido los pasos de la familia, había amasado su propia fortuna por su cuenta, junto a su guapa e inteligente mujer.

Jay Ray, Marko Saaresto – Striven

Me deshice de la americana y de la corbela en cuanto bajé del coche en el garaje, dejándolas tiradas en el asiento. Los niños entraron corriendo en casa, Marina fue tras ellos y me quedé a solas con Lorenzo.

—Menuda mierda, tío. —Apoyé los antebrazos en el techo del coche y me incliné hacia delante—. No tendría que haber pasado así.

—¿Pero ¿qué te ha dado para decir que no delante de todo el mundo? —Me dio una palmada en el hombro y apretó—. Eres más listo que eso; podrías haber seguido el guion y cancelarlo todo entre bambalinas.

—Lo sé.

—Había formas más fáciles y rápidas de armar un lío. Acostarte con la hermana de la novia fue una irresponsabilidad tremenda, Reid.

—Lo dices como si lo hubiera hecho a propósito.

—¡Te acostaste con ella sin preguntarle ni el nombre!

—¡Si vas a estar echándome en cara mis errores, me largo, no necesito aguantar esta gilipollez! —Levanté los brazos y me alejé

de Lorenzo, que sonreía orgulloso por haberme sacado de mis casillas—. Por eso no encontraba a la mujer; la estaba buscando entre los empleados, no entre los invitados.

—No sé cómo pudiste confundir a una Alencar. Esa gente exhala dinero y arrogancia por los cuatro costados.

—Eliane no es así. —Me pasé las manos por el pelo y caminé de un lado a otro del garaje. Al no tener muros ni valla, estaba a la vista de cualquiera que quisiera grabar mi desgracia—. Vamos dentro, ya he dado la nota bastante.

—Debes de estar en todos los portales de cotilleos. Ya estoy viendo el titular: "El novio dice 'no' en el altar" —se mofó Lorenzo mientras entraba en casa; yo iba detrás, desabotonándome la camisa—. Alencar no se va a quedar de brazos cruzados.

—Lo sé. —Acompañé a mi hermano hasta el despacho.

—Llevabas la voz cantante en esta negociación, tenías el control de la situación, y ahora vas a tener que pagar la cláusula del contrato nupcial. —Entró en la habitación y abrió la ventana que daba al jardín, que estaba lleno de plantas—. ¿Algo más que se me olvide?

—Eliane está embarazada.

—Y tú has dado por hecho que el bebé es tuyo. —Abrió un armario, sacó una botella de whisky del caro y la levantó—. Te dije aquello para alejarte de ella, para que pensaras que ya estaba con otro, no al revés. ¿Qué tiene esa mujer que te ha dejado tan trastocado, hermano? ¿Por qué Denis Alencar esconde a esa hija?

—Vanessa mencionó alguna vez a su hermana mayor, pero pensé que ya estaría casada, que tendría su familia, como tú. Nunca me imaginé que podría ser... ella.

Mi hermano sacó dos vasos del mismo sitio que la botella, sirvió dos copas y me entregó una.

—Sí, "ella". La mujer que va a provocar una guerra sin empuñar un arma. ¿De qué hablasteis? ¿Te confesó que quería darte

el braguetazo?

—De nada, no pude hablar con ella; tú llegaste y... Eliane estaba destrozada. —Le di un trago al whisky; mi hermano bufó, irritado—. Tengo que hacer algo, Lorenzo.

—Y lo harás. Dudo que en los próximos días tengas tiempo ni para respirar, entre tanto apagar el incendio que tú mismo has provocado. —Chocó su vaso con el mío—. Un brindis por el amor.

—Sírveme una a mí también. —Marina apareció en el despacho con el móvil en la mano—. Reid, esto está en todas partes. Han humillado a Vanessa.

Me alejé de los dos para no ver la pantalla ni demostrar mi indiferencia ante el caos que se estaba formando. En mi cabeza, la única preocupación era Eliane y cómo iba a conseguir acercarme a la mujer más difícil, compleja e intensa que había conocido jamás.

Eliane



Capítulo 12
Eliane

Mi fin de semana fue pésimo y los días siguientes en el trabajo, agotadores. Por la mirada de mis alumnos adolescentes, sabía que me estaba pasando con los deberes y que estaba un poco intolerante con las charlas paralelas, algo que no iba conmigo. Pero no podía evitarlo; estaba sufriendo de tantas formas que ni me lo imaginaba, mientras intentaba proteger a mi bebé de las malas vibraciones.

Cuando sonaba el timbre del recreo, me sentía aliviada; había sobrevivido a una hora más. Lo que me pedía el cuerpo era quedarme en casa, escondida, sin hablar con nadie, castigándome por algo sobre lo que no tenía control ni responsabilidad.

Salí del aula despidiéndome de algunos y fui hacia la sala de profesores. Busqué a Samuel, pero aún no había llegado, así que

acerqué una silla de la mesa central y me senté, con la mirada perdida.

—Pareces abatida. ¿Está todo bien? —me preguntó una compañera que estaba a mi lado.

—Sí, sigo con las náuseas —usé la excusa más fácil, una verdad a medias que zanjaba el asunto.

—Ah, claro, estás embarazada. Todavía no se te nota nada la barriga. —Me miró la cintura—. Yo me hinché tanto que, desde el día en que supe que estaba encinta, todo el mundo se enteró también.

—Vaya. —Saqué mi botella de agua de la mochila, que estaba sobre la mesa, y di un trago—. Esto me ha recordado que tengo que hidratarme.

—Te vendrá bien.

—¡Eliane! —me llamó Samuel. Giré la cabeza; estaba en la puerta de la sala de profesores—. La directora quiere decirte un par de cositas.

—¿Por qué? —Me levanté, aunque estaba confundida.

—Vamos. —Hizo un gesto con la mano para que lo siguiera.

Respiré hondo, cogí el bolso y fui con él por el pasillo del instituto. Le lancé una mirada curiosa; por su tranquilidad, no parecía que fuera nada grave.

—No has mirado las redes sociales hoy, ¿verdad? —me preguntó cuando estábamos llegando a nuestro destino.

—¿En qué momento, Samuel? Soy profesora de Secundaria, el poco tiempo libre que tengo lo paso planificando clases o intentando dormir. —Me coloqué bien el bolso y empecé a preocuparme. Nadie de mi familia me había llamado, así que deduje que no sabían nada de mi conexión con el novio—. ¿Qué ha salido?

—Tu hermana está convirtiendo la cancelación de la boda en un espectáculo.

—Vi algo por encima el domingo —tragué saliva y nos detuvimos frente al despacho de la directora—. Es su forma de demostrar que está sufriendo. Prefiero no verlo porque me siento culpable.

—Ya te he dicho que tú no eres responsable de los actos de los demás. No lo sabías, ni tenías por qué saberlo. —Samuel me apretó los hombros—. Le está encantando ser el centro de atención; va a lanzar un concurso para elegir al próximo novio.

—No me lo creo.

—En serio. Y te ha metido a ti en el ajo, ha publicado una foto tuya y algunos alumnos te han reconocido. —Mi amigo llamó a la puerta y la abrió cuando la directora nos dio permiso—. Respira hondo y no pierdas los estribos.

—No me lo puedo creer. —Hice caso a Samuel y entré en el despacho, que más bien parecía un estudio de diseño. Sentada tras una gran mesa de madera, la directora estaba absorta en la pantalla del ordenador—. Buenas tardes. ¿Me ha llamado?

—Sí, por favor —señaló la silla sin mirarme—. ¿Cómo estás, Eliane?

—Bien —me acomodé, abrazando mi bolso.

—¿Segura? —Tecleó algo, pulsó el entró con fuerza y se giró hacia mí quitándose las gafas. Tenía una sonrisa cordial, de esas que se usan para dar malas noticias—. Algunos alumnos han venido a quejarse de que últimamente estás diferente.

—Un poco más estricta, sí. Estoy probando un nuevo enfoque para que aprovechen mejor el temario. —Apreté los labios y mantuve la compostura profesional—. Los exámenes están a la vuelta de la esquina y me estoy centrando en el aprendizaje.

—Tú no eres así. —Apoyó los antebrazos en la mesa y se inclinó hacia mí—. Me enorgullece decir que eres una de las mejores profesoras de este colegio, porque miras a esos chicos con un cariño que algunos padres no son capaces de dar.

—Gracias. —Sentí un nudo en el pecho; quería justificarme, pero me habían enseñado a aceptar los cumplidos y punto final.

—Pero tu cambio de actitud puede ser un problema.

—Sigo comprometida con mi labor.

—El embarazo puede afectarte de muchas formas. ¿Seguro que estás bien? ¿Necesitas algún tipo de ayuda? ¿Seguirás con nosotros tras la baja por maternidad o buscarás algo que te dé más rentabilidad?

—Me apasiona la enseñanza. —Respiré hondo, dándome cuenta por la mirada de la directora de que estaba dando rodeos para que fuera yo quien soltara la liebre—. Gracias por el feedback sobre mi metodología. Ajustaré lo que haga falta para que los alumnos estén más satisfechos sin que baje su rendimiento.

—¿Por qué esforzarse tanto? Embarazada y con dos trabajos, se te va a hacer cada vez más cuesta arriba trabajar en el instituto.

—¿Dos trabajos? Solo tengo una fuente de ingresos, directora. No entiendo a qué se refiere.

—¿Estás segura? —Se recostó en la silla, más relajada—. Lo que está saliendo en los medios parece...

—Absolutamente. Aunque lleve el apellido Alencar, no estoy metida en los asuntos de mi familia.

—¿Fuiste a la boda de tu hermana? ¿Has visto lo que está pasando?

—Es mi hermana, sí, pero no tenemos el mismo padre ni llevamos la misma vida. Soy fruto de una noche sin compromiso. El marido de mi madre me adoptó porque ella lo puso como condición para casarse. Pero eso es todo; llevo una vida independiente de ellos. —Resoplé con fuerza—. No me gusta airear mi vida privada, y menos cuando se trata de ese bando, del que mantengo una distancia prudencial.

—Entiendo.

—No tengo intención de dejar el instituto, ni quiero hacerlo. Cuando nazca mi hija, si puedo traérmela conmigo, podría encargarme de tareas administrativas internas, como ya propuse en su día.

—Tu baja por maternidad la pasarás en casa —la directora me dedicó una sonrisa genuina—. ¿Así que es una niña?

—Sí.

—¿Ya habéis elegido el nombre?

—No —me mordí la lengua para no soltar más de la cuenta.

—Bien, eso era todo lo que quería decirte. Si necesitas cualquier apoyo, ya sea con la metodología o a nivel emocional, no dudes en pedírmelo. Eres una pieza clave en este centro.

—Y a mí me encanta trabajar aquí. —Me levanté y ella hizo lo mismo—. Gracias, directora. Voy a prepararme para la siguiente clase.

—Buen trabajo.

Salí del despacho y allí estaba Samuel, esperándome a un lado, pegado al móvil. Lo miré con hastío; él puso los ojos en blanco y me enseñó la pantalla de su teléfono.

—Están exponiendo tu imagen al mundo entero sin tu consentimiento. ¿Qué piensas hacer al respecto?

Era una foto tomada en la boda; Vanessa ya se había hecho con las imágenes de la celebración. ¿Y si existía alguna prueba de que me había acercado al novio hasta el punto de dar a entender que éramos amantes? Nadie creería que solo estuvimos juntos una vez, antes de que se formalizara el compromiso.

—Voy a pasar del tema, Samuel. No tengo tiempo ni paciencia para aguantar a mi hermana consentida. —Eché a andar hacia mi siguiente clase; ni siquiera pensaba volver a la sala de profesores.

—Ah, o sea que admites que es así.

—Nunca he dicho lo contrario.

—Pero la quieres.

—Eso es el amor: aceptar las imperfecciones del otro.

—Sabes perfectamente que no es mutuo. Que en el momento en que todo salga a la luz...

—Pensar en eso me da dolor de cabeza —me detuve y agarré a Samuel por los brazos—. Todavía no sé qué hacer, ni cómo gestionarlo, ni qué pensar. ¿Eres consciente de que, elija lo que elija, voy a perder? ¿De que no importa el camino que tome, seguiré siendo la villana de mi familia?

—Porque no te quieren de verdad.

—Eso es muy duro de oír —di un paso atrás, dolida; Samuel me pidió perdón con la mirada.

—No era mi intención lastimarte. Solo quería que vieras que vales mucho más que todo esto.

—Tengo que preparar la siguiente clase, luego hablamos.

Zanjé el asunto, eché a andar y no miré atrás. Me tragué el dolor y las inseguridades para centrarme en la fuerza que tenía para tratar con los chavales, en el amor por mi profesión y en el nuevo propósito que estaba cobrando vida: yo era madre y mi hija tendría una vida mejor que la mía.



Capítulo 13
Reid Moretti

Estaba allí, plantado frente a la urbanización de Eliane, decidiendo qué era lo mejor que podía hacer. Dejé pasar el fin de semana y lidié con parte de las consecuencias de la cancelación de la boda y, por extensión, de muchos negocios que dependían de esa unión.

Mi hermano fue el único que me puso pegas. Mis padres, como siempre, se mostraron tranquilos cuando nos vimos. Mi madre tenía un aire de alivio y soltó varias indirectas sobre que la base de un matrimonio debe ser el amor, poniendo a Lorenzo como ejemplo.

Para mi padre, mientras se hablara de mí y de nuestra empresa, no importaba el motivo: todo era marketing. Al darse cuenta de que estaba seguro de mi decisión y dispuesto a acarrear con las consecuencias para transformar el problema en una

oportunidad, el hombre que confió su legado en mis manos me dio su apoyo.

En cuanto saqué un hueco entre el ajetreo de la semana, le pedí a mi chófer que me llevara hasta donde estaba Eliane con la mayor discreción posible. Había un montón de curiosos y periodistas siguiéndome los pasos, inventando teorías sobre la cancelación. La única nota que enviamos a la prensa decía que lamentaba las molestias causadas y que los nuevos proyectos del Grupo Moretti requerían toda mi atención, como el desarrollo de paneles solares de bajo coste.

La sostenibilidad y la energía siempre acababan por eclipsar cualquier otro tema. Tuve que adelantar la presentación de ese proyecto y acelerar algunos procesos internos para que la boda pasara a ser un recuerdo lejano. Por desgracia, no solo estaba luchando contra los medios, sino contra mi ex prometida, que había convertido su plantón en el altar en un espectáculo mediático.

No podía negarlo, Vanessa Alencar tenía alma de emprendedora, pero estaba demasiado centrada en el sensacionalismo. En algún momento, tanto escándalo y tanta puesta en escena perderían fuelle; ninguna persona o empresa se mantiene en pie sin una base sólida.

Solo tenía que mantenerme firme en medio de la tormenta, que pronto la calma recompensaría mi esfuerzo.

Me alejé del coche al ver a Eliane caminando a lo lejos. No esperaba encontrármela en la acera; solo estaba reuniendo valor para hablar con el portero y pedirle que llamara a su telefonillo.

Mirando hacia abajo, Eliane parecía absorta en sus propios pensamientos. Con el pelo recogido en un moño deshecho, vaqueros y una blusa que ocultaba sus preciosas curvas, conseguía estar todavía más increíble así que arreglada y maquillada. Había un magnetismo especial en las mujeres que mostraban su vulnerabilidad sin miedo al qué dirán.

Cuando me acerqué, me fijé en las ojeras, en su semblante cansado, y tuve que obligarme a no moverme de mi sitio, porque lo que me pedía el cuerpo era ayudarla con las carpetas que cargaba, además del bolso que le colgaba del hombro. En cuanto levantó la cabeza, su mirada se cruzó con la mía, oculta tras las gafas de sol, y se quedó petrificada, asustada.

—Hola —levanté la mano en un gesto amistoso y me aproximé a ella—. Perdona que venga sin avisar, pero no pude conseguir tu teléfono, solo la dirección.

—¿Qué haces aquí? —Eliane miró a un lado y a otro, apretando el material contra su pecho—. No tengo nada que hablar contigo.

—¿No? —Intenté que no me doliera; solo se estaba protegiendo, no era nada personal.

—Tus asuntos son con mi hermana —intentó pasar de largo, pero la sujeté por el brazo con toda la delicadeza de la que fui capaz. Su cuerpo se estremeció; recé para que no me apartara de un empujón, porque, si lo hacía, yo obedecería—. Por favor, Reid.

—¿Puedo subir contigo? Solo para hablar.

—Alguien podría vernos juntos.

—Me he asegurado de que nadie me siguiera. Estoy de incógnito.

—Cualquiera podría reconocerte.

—¿Salimos de la calle, entonces?

—Lo estás complicando todo.

—O en mi coche —señalé con el pulgar el automóvil negro más cercano—. Por favor, no huyas de mí otra vez.

—Estoy en una posición muy difícil, necesito... tiempo — suspiró y pareció dar su brazo a torcer un poco. Mi pulgar acarició su brazo; la sensación de su piel me provocaba el mismo subidón que

obtener beneficios tras una operación financiera de alto riesgo—. Lo siento, pero no puedo.

—¿De qué otra forma vamos a hablar?

—¿Por qué? —Me sostuvo la mirada, dejando ver toda su fragilidad, la de alguien que nunca se había sentido importante para nadie—. ¿Qué puedo ofrecerle yo a alguien como tú, que lo tiene todo?

—Solo lo descubrirás si podemos hablar. —Me puse frente a ella y la agarré por los hombros—. Tú tienes el control. ¿Dónde? ¿Cuándo?

—No lo sé. —Dio un paso hacia un lado.

—Entonces, dame tu número. —Saqué el móvil del bolsillo y lo levanté.

—¿Para que quede constancia de mi deslealtad hacia mi familia?

—Nadie ha traicionado a nadie. —Me quité las gafas, arriesgándome a que me reconocieran a pesar de la barba de varios días. Ojo con ojo, ella suspiró y yo hice un esfuerzo para no robarle un beso a esa boca que me tenía hipnotizado—. Si me das una oportunidad, puedo contarte mi versión de los hechos, en lugar de que te creas las exageraciones de Vanessa.

—Le hiciste daño a mi hermana.

—Ella siempre supo que esto era solo un negocio. He pagado la cláusula; ella está disfrutando del dinero con todos los focos apuntándola en su papel de víctima.

—¿No era un matrimonio de verdad?

—Sí, lo era, pero nunca prometí amor.

—Vanessa no piensa así. Estaba dispuesta a construir algo bonito contigo, una familia.

—La mujer a la que llamas hermana no es la misma que yo conocí como prometida. —Arqueé una ceja; muchas cosas

empezaban a encajar, sobre todo la percepción tan inocente que Eliane tenía de su familia—. Eliane, confía en mí. Hablemos... sobre nosotros, sobre el bebé...

—Basta. No tengo... vete, por favor. —Echó a andar a toda prisa hacia la portería de su urbanización, entró sin mirar atrás y me dejó allí, impotente, completamente desarmado tras su segunda huida.

Me volví a poner las gafas, me metí en el asiento trasero de mi coche y solté el aire con fuerza. Frustración era poco; sentía rabia, deseo y un instinto de protección arrollador. Por mucho que me estuviera rechazando, por mucho que me apartara de su vida, necesitaba estar cerca, encontrar la forma de demostrarle que era alguien de fiar sin invadir su espacio personal, sus deseos ni sus decisiones.

—Le está dando guerra, señor —comentó mi seguridad con tranquilidad desde el asiento del conductor.

—No lo hace a propósito. Eliane necesita protegerse porque nadie lo ha hecho por ella antes.

—¿Qué piensa hacer ahora?

—Intentarlo de nuevo. No soy de los que se rinden. —Miré el perfil de mi seguridad y me deslicé por el asiento para encararlo bien —. Tú puedes ayudarme.

—Sí, para eso estoy aquí.

—Mañana vendrás tú solo e intentarás concertar un encuentro. Ella tiene que escuchar mi versión de la historia.

—¿Le gusta ella, señor?

—Está embarazada.

Elias Roque se giró hacia mí, apoyó el brazo en el respaldo del asiento y me miró fijamente. No era mi guardaespaldas solo por su profesionalidad, sino también porque compartíamos valores como el honor y la honestidad.

—Conozco a Eliane Alencar; fue profesora de mi sobrino, la más pieza de todos los que tengo. Esa mujer consiguió meterle en la cabeza que estudiar era mejor que las tonterías en las que andaba metido. ¿Sabe lo que eso significa?

—Que es una mujer increíble. Lo presentía incluso antes de saberlo.

—Que si usted no cumple como un hombre en la vida de ella y de esa criatura, lo haré yo, en nombre de todas las vidas que ella ha transformado.

—Yo te pago el sueldo, Elias, no lo olvides. —Intenté sonar bromista, aunque con un deje de seriedad. La lealtad de aquel hombre era para conmigo.

—Sé que es usted lo bastante íntegro como para que no tenga que llegar a eso. —Forzó una sonrisa, recuperó su posición mirando al frente y agarró el volante—. ¿A dónde ahora?

—A casa, por favor. Necesito descansar.

Mi seguridad maniobró, condujo en silencio y me dejó reflexionar sobre lo ocurrido. No me rendiría con Eliane; no después de nuestra noche, de saber que venía un bebé y de haber cancelado una boda por ella.

Eliane



Capítulo 14
Eliane

¡Madre mía, cuánta gente! Era normal que el bufet libre estuviera a tope a esa hora, pero yo estaba de los nervios por todo lo que había pasado estos últimos días. El olor del arroz y las alubias mezclado con el aroma fuerte de la carne y otros guisos no me abría el apetito para nada. Samuel me hablaba de las clases de la mañana, más yo solo veía cómo movía los labios sin procesar ni una palabra; tenía la cabeza en mi encuentro con Reid, en su intento de hablar conmigo y en cómo se me había acelerado el corazón al sentirme, por una vez, la elegida.

—Tierra llamando a Eli —Samuel chasqueó los dedos frente a mi cara y parpadeé varias veces—. No has tocado el plato y yo ya he terminado de comer.

—Lo siento, es que hoy nada me sabe bien —removí la comida con el tenedor y puse una mueca de asco.

—¿Ha pasado algo más, aparte de lo que ya sabemos?

—Reid se presentó en mi edificio y no sé qué hacer.

—¿Te ha amenazado? —Mi amigo soltó los cubiertos con una expresión seria y preocupada.

—No, quiere hablar, contarme su versión de toda esta historia.

—Eso es bueno, ¿no?

—Lo sería si mi madre no me hubiera llamado minutos antes, también queriendo hablar, pero con ese tonito de quien está preparando un castigo de los gordos.

—¿Y te afecta eso? Eliane, por favor, tienes treinta y dos años; dile a tu señora madre que se vaya a paseo.

—Ay, hombre de poca fe —me burlé, poniendo los ojos en blanco—. Le dije que estaba muy ocupada, que no pensaba participar en ningún circo con Vanessa y que me sacaran de este lío.

—¿En serio le dijiste todo eso?

—Sí —puse un poquito de morros, sintiéndome orgullosa—. Y encima le colgué sin despedirme. Luego le escribí un mensaje a mi hermana diciéndole que no me expusiera en las redes y ni siquiera he mirado qué me ha contestado.

—¡Joder, estás que te sales! —dio un par de palmadas, admirado—. ¡Enhorabuena! Sé que ha sido un paso de gigante para ti.

—Es que estoy embarazada y agotada —suspiré, volviendo a mirar la comida e intentando sacar fuerzas de donde fuera para alimentarme.

Un hombre alto se acercó, vestido con un traje negro discreto y gafas de sol. Tenía los hombros anchos y desprendía esa autoridad propia de quien está listo para separar una pelea si llegara

el caso. Se notaba a la legua que era un escolta, pero al quitarse las gafas, su mirada no tenía la agresividad típica de esos profesionales.

—Con permiso, profesora Eliane, ¿podría robarle unos minutos de su almuerzo? —La voz era grave y educada, pero lo bastante firme como para no aceptar un no por respuesta.

—Usted me conoce, pero yo no tengo el gusto —respondí, mientras le daba un toquecito con la punta del pie en la espinilla a Samuel, buscando apoyo por si se trataba de algún padre descontento con mi actitud en clase estos últimos días.

—Me llamo Elias Roque, trabajo en seguridad privada desde hace muchos años. Tengo un sobrino que estudió en su instituto hace tiempo.

—Ah, qué bien. ¿Cómo se llama? —se metió Samuel para echarme un cable.

—Pedro. Se le conocía por ser el terror del centro.

—¡Pedro el Malandro! —Abrí los ojos de par en par, sorprendida al recordar el mote del chico—. Perdone, es que todo el mundo le llamaba así y a él le encantaba esa fama. ¿Cómo está?

—No se preocupe. Mi sobrino es mejor hombre gracias a usted.

—No fue para tanto. Yo solo potencié lo que ya tenía de forma natural. Recuerdo que se leyó cinco libros en un mes y se encargó de que todo el mundo se enterara. Un relaciones públicas nato.

—Usted le cambió la vida a Pedro. Mi familia y yo le estamos muy agradecidos.

—Gracias, Elias. Me dice esto en un momento muy oportuno —intercambié una mirada con Samuel, que me observaba con admiración en silencio—. ¿Ya ha comido?

—Sí, gracias. Pero ¿me permiten sentarme un momento? No quisiera interrumpir su almuerzo.

—Claro, faltaría más.

El hombre se sentó al lado de Samuel, que lo analizó de arriba abajo sin disimulo. Aguanté la risa; mi amigo no sabía ser discreto cuando algo le despertaba curiosidad. Me obligué a meterse un bocado de comida en la boca y mastiqué a duras penas.

—Pedro ya habrá terminado el bachillerato, supongo —comenté.

—Sí. Intentó entrar en la universidad, pero no le dio la nota. Volverá a probar suerte este año.

—Qué bien, no puede tirar la toalla si quiere alcanzar sus sueños.

—Profesora Eliane, tengo una petición que hacerle.

—¿Ah, sí? —Detuve el cubierto a medio camino de la boca y lo devolví al plato.

—Siempre hay alguna —Samuel se quedó mirando al hombre y este le devolvió una mirada imperturbable—. Mi amiga tiene un corazón que no le cabe en el pecho, pero no podrá ayudarle; está embarazada y ahora mismo tiene otras prioridades.

—Lo sé —Elias volvió a centrar su atención en mí—. No le pediría esto si no fuera por su propio bien.

—¿De qué se trata? —exigí.

—Hay demasiada gente alrededor, así que evitaré decir nombres para no alimentar los cotilleos. Pero usted sabrá de quién hablo. Quiere hablar con usted; yo soy su escolta.

Reid Moretti había enviado a alguien en su nombre para insistir en ese acercamiento. Suspiré. Samuel tardó unos segundos en pillar el contexto, hasta que se llevó las manos a la boca, ojiplático.

—Elias... —Cerré los ojos, agotada.

—Sé que está en una posición comprometida, pero en algún momento tendrá que tomar una decisión. Cuando llegue ese día, no

lo haga sola; asegúrese de tener a los aliados adecuados.

—¿Y su jefe es esa persona? ¿Va a arriesgarlo todo para defender mi reputación? —le espeté, molesta por sentirme manipulada por aquel hombre.

—Eli, por hablar no se pierde nada —Samuel intentó suavizar mi humor—. Puedo estar a tu lado si lo necesitas.

—No es necesario, pero si eso la hace sentir más cómoda, está invitado —añadió el escolta en tono conciliador.

—Tengo miedo, Samuel —dije, conteniendo el llanto—. Yo no soy como mi hermana, que ha convertido un desplante en un programa de televisión. No tengo ni el dinero ni la estabilidad emocional para esto. Yo solo quiero dar mis clases y estar con mis chavales.

—Ahora tienes a un ser más importante que todo eso que se merece tu valentía, Luciana —mi amigo dio en el clavo; le di una patadita cariñosa en la espinilla y él se río—. Yo también te quiero, Eli.

—Aún no he decidido el nombre —respiré hondo y miré al escolta, motivada por el apoyo de mi amigo—. Está bien, acepto hablar con él, pero nada de mi casa, ni de la suya, ni de su despacho.

—No puede ser en un lugar público —el escolta suspiró—. Supongo que no querrás acabar en las redes sociales ni en internet.

—Maldita sea —negué con la cabeza y me acordé de mi amigo Rael, el médico—. ¿Conoce el CAJA?

—El Centro de Apoyo a Jóvenes Aprendices; he trabajado allí algunas veces.

—Reservaré un aula, es lo bastante seguro y discreto.

—Perfecto, no se preocupe, yo me encargo de todo —Elias sacó el móvil y tecleó rápidamente—. ¿Qué día le viene mejor? ¿Cuál es su número de teléfono?

—El fin de semana. No se preocupe, yo llamaré al CAJA, conozco al presidente.

—Sé que puede hacerlo todo sola, profesora, pero acaba de ganar un aliado más —Elias estuvo a punto de hacerme llorar y sonrió al ver mi reacción—. También puedo traerla y llevarla yo mismo si no tiene vehículo propio.

—Usted no trabaja para mí. No tiene por qué hacer eso.

—Es mi forma de agradecer el trabajo increíble que hace usted, no solo por el instituto, sino por la sociedad. Fue un ángel en la vida de mi sobrino; tal vez él nunca tenga la oportunidad de devolvérselo, pero yo sí puedo. Por favor, acéptelo.

—Ay, Eli, que va a salir todo bien —Samuel estiró la mano y me apretó la muñeca con cariño.

Me sorbí los mocos, me guardé las lágrimas para cuando estuviera sola y le pasé todos mis datos a aquel hombre generoso que estaba al servicio de Reid Moretti, el padre de mi hija.

Me esperaban días intensos y no era capaz de pensar con claridad en cómo reaccionar sin hacerme demasiadas ilusiones. Porque, para personas como yo, el batacazo siempre llegaba justo después de la esperanza.

Eliane



Capítulo 15
Eliane

Acepté que Elias me llevara al CAJA a media tarde del sábado, después de terminar de corregir los trabajos del instituto. Parecía un hombre honrado y de fiar, de esos a los que no les cuestionas ni el pasado ni el origen, porque todo en él transmitía la seriedad propia de un gran hombre. Aquel escolta era exactamente lo opuesto a lo que yo tenía como referente paterno.

—¿Está usted casado? —pregunté, incómoda por el silencio en el coche mientras conducía hacia el centro. Me había negado a ir en el asiento de atrás; iba a su lado, como una igual.

—Sí, hace más de diez años.

—¿Lleva mucho tiempo trabajando en seguridad?

—El suficiente para abrir un gimnasio en el barrio de al lado del suyo. ¿Le suena el "Trabajo Duro"?

—Me suena por los restaurantes y supermercados de la zona; yo el ejercicio físico lo hago en el trayecto del instituto a casa.

—Comprensible. Siéntase invitada a probar una clase; tenemos defensa personal, danza, zumba...

—Quién sabe, quizá cuando nazca mi hija. ¿Y usted? ¿Tiene hijos?

—Tres, son mi mundo.

—¿Y trabaja para Reid Moretti desde hace mucho?

—En realidad, aparezco para cubrir alguna baja de los escoltas oficiales o para lidiar con asuntos más complejos. —Me miró con tranquilidad—. ¿Qué más quiere saber?

—Perdone, le he acribillado a preguntas. Es que estoy nerviosa. —Respiré hondo y giré la cara hacia la ventanilla.

—¿Qué cree que va a pasar hoy?

—No lo sé. Lo único seguro es que perderé el contacto con mi familia biológica para siempre.

—¿Por qué piensa eso?

—El novio que le dio el plantón a mi hermana en el altar es también el padre de mi hija. ¿Usted cree que alguien se va a creer que me acosté con Reid sin saber quién era ni el vínculo que tenía con mi familia?

—Basta con echar cuentas, ver el día en que estuvisteis juntos y la fecha de la firma del contrato matrimonial.

—Puede que sí, pero aun así, apenas nos conocemos. No tiene sentido que se arriesgue tanto para estar conmigo.

—Usted lleva a su hijo dentro.

—Eso no me garantiza protección. De hecho, podría complicarlo todo y acabar en una disputa.

—Mi jefe es un buen hombre, profesora. Jamás haría algo que pudiera perjudicarla.

—Depende de cómo se mire. Prefirió rechazar a la novia en el altar antes que hacerlo en privado.

—¿Habría preferido que siguiera adelante con la ceremonia?

—Si no la amaba, ¿por qué se iba a casar?

—No vamos a llegar a ninguna parte con esta discusión.

—Tienes razón, lo siento. Últimamente estoy un poco... insoportable.

—Creo que es instinto de autopreservación —giró el coche y entró en la manzana del CAJA—. O simplemente que se le ha despertado el instinto maternal. Mi mujer cambió mucho cuando fue madre.

—¿Para bien o para mal?

—Desde mi punto de vista, redescubrí todos los motivos que hicieron que me enamorara de ella desde la primera vez que la vi.

—Parece usted un romántico, Elias.

—Solo cuando se trata de mi mujer —sonrió con cordialidad y detuvo el coche frente a la puerta de entrada del centro comunitario—. La está esperando, profesora. Soy el empleado de Reid, pero sepa que mi relación con usted no tiene nada que ver con eso; puede contar conmigo.

Le rozé el brazo y no dije nada; no hacía falta. Estaba asombrada por su apoyo, motivado por mi pasión por enseñar y por marcar la diferencia en la vida de esos chavales.

Bajé del coche, pasé por recepción y saludé por educación a los que estaban por allí. La sala que me habían reservado era la "Mato Grosso". Todas tenían nombres de estados de Brasil, y algunas de países.

Tuve que respirar hondo varias veces mientras caminaba; sentía que el corazón se me iba a salir por la boca. Se me revolvió el

estómago; una mezcla de emoción y miedo me acompañó hasta que entré en el pasillo dedicado a las clases de la academia de preparación para la universidad. Fui mirando los carteles hasta que encontré el que era mi destino.

—Necesito un milagro —oí decir a Reid desde el otro lado.

—Todo saldrá bien. No hay mal que cien años dure, ni cuerpo que lo resista —la voz del doctor Rael me llegó en cuanto abrí la puerta, sin anunciar mi llegada.

—Hola, ya estoy aquí —saludé, algo cortada, mirando de uno a otro. La sala estaba fría y muy iluminada; el blanco de las paredes me deslumbró, no solo la vista, sino también los pensamientos que amenazaban con hundirme en un pozo de preocupaciones.

Reid iba como la última vez que lo vi: camisa negra, vaqueros y gorra. Las gafas colgadas del cuello le daban un toque especial; tenía barba de un par de días y unas ojeras tan profundas como las mías.

—Yo me marcho —el doctor Rael también iba vestido informal; me sonrió y me saludó con un apretón de manos—. Creo que he llegado tarde. He conseguido la información que me pediste hoy mismo, pero me parece que ya no va a hacer falta.

—No pasa nada, te lo agradezco de todas formas.

—No estás sola.

—Hoy no voy a llorar —bromée. Centré mi atención en Reid; se había acercado y el médico nos dejó a solas.

Apoyé el culo en una de las mesas, puse las manos atrás y miré hacia arriba, hacia aquel hombre alto e imponente. Reid se mantuvo cerca; sus brazos pegados al cuerpo denotaban expectación. Parecía que se moría de ganas de hacer algo más que mirarme.

—¿Estás bien? —preguntó Reid, con esa voz baja y ronca, de una forma tan seductora que no le sentó nada bien a mis hormonas descontroladas—. ¿Necesitas algo?

—No te asustes por mi cara de cansancio; es parte de mi rutina, sobre todo en época de exámenes.

—Entiendo —noté por el rabillo del ojo cómo abría y cerraba la mano.

—Tus ojeras dicen que tú tampoco has dormido mucho.

—No he dejado de pensar en ti ni un solo día.

—No era mi intención agobiarte, de verdad que he tenido muchísimo trabajo estos días. Hoy ha sido lo más pronto que he podido para que habláramos.

—No, Eliane. Hace tres, cuatro meses... ya he perdido la cuenta. Desde el momento en que te besé, debería haberlo sabido: eras tú. —Esbozó una sonrisa cuando su mano rozó mi cara y se me erizó la piel. Cerré los ojos; su palma caliente no solo era acogedora, sino también intensa, cargada de promesas—. Ay, Eliane...

Su boca buscó la mía y se lo permití, porque estaba necesitada de cariño, porque me hacía falta esa reafirmación de que había algo en mí que lo atraía más allá del embarazo. La mesa chirrió contra el suelo a mis espaldas; me impulsé para sentarme encima, abrí las piernas y dejé que se acomodara entre ellas.

Sería tan fácil dejarle entrar en mi vida y que escribiéramos una historia de amor, sin complicaciones ni consecuencias negativas. Pero cada vez que él derribaba una de mis barreras emocionales, me olvidaba del verdadero motivo para reprocharle nada, para no permitir que me manipulara.

Respiré hondo, interrumpí el beso y me agarré a su camisa con los puños cerrados frente a él. Bajé la cabeza para impedir que siguiera y él inspiró profundamente, tal como hizo cuando estuvimos juntos en aquella habitación de hotel.

—Hueles tan bien... —murmuró, abrazándome mientras me acariciaba suavemente la espalda—. Estoy tan feliz de que estés aquí conmigo. Confía en mí, no va a pasarte nada malo.

—No es tan sencillo. —Salté de la mesa y lo aparté con suavidad—. Querías hablar, ¿verdad? —Crucé los brazos y mantuve un par de mesas de distancia entre nosotros—. Pues adelante, empieza.

—Está bien, es justo. —Se quitó la gorra, se atusó el pelo y arrastró una silla, colocándola del revés para sentarse y apoyar los antebrazos en el respaldo. Su mirada era tranquila, mientras yo intentaba blindar mi corazón para no dejarme seducir—. En el cumpleaños de Vanessa, hablé con Denis sobre un antiguo proyecto, una colaboración que no cuajó en la época en que mi padre dirigía el Grupo Moretti. Salió el tema de que su hija quería casarse; pensé que era una broma y le seguí el juego. Seguimos hablando, me dejé llevar por la idea, mientras tu padre...

—Él no es mi padre —le corté, seca—. Es el de Vanessa.

—¡Ah! —Asintió con la cabeza, pensativo—. ¿Pasó algo entre vosotros?

—No has terminado tu historia —me rasqué la frente; una puntada de dolor me hizo suspirar.

—¿Qué te pasa?

—Sigue, Reid, estoy bien.

—Alencar se lo tomó demasiado en serio. Unir a las familias iba a facilitar algunas fusiones de pequeñas empresas. Me vine arriba, mi hermano dio su opinión y acepté. Pero la euforia se esfumó a los pocos segundos; había tomado una decisión en caliente. Necesitaba aire, un whisky y silencio... y entonces te encontré a ti.

—¿Acababas de confirmar tu boda y te acostaste con otra? —Soné demasiado indignada; él negó con la cabeza.

—Solo era una conversación, estábamos en fase de planificación. En mi mundo, si no hay un contrato firmado, las palabras se las lleva el viento.

—Aun así, no tiene sentido estar con una persona pensando en otra.

—Fue justo eso, pero no como tú crees. Estuvimos juntos, fue el mejor polvo de mi vida y tú saliste huyendo.

—Querías pagar por el momento. ¿Cómo querías que reaccionara?

—Intenté comportarme como un hombre que se preocupa por su mujer, que cuidará de todas sus necesidades, sin importar lo que hubiera que gastar. Pero me salió el tiro por la culata.

—No necesito tu dinero.

—La cuestión ya no es la necesidad, sino el deber. Estás embarazada, Eliane. No usamos protección.

—Tú tampoco fuiste un príncipe precisamente al decirme que no había nada de qué preocuparse por tu parte. La única que podía cargar con las consecuencias de aquella noche era yo.

—Tienes razón.

Se hundió de hombros y apoyó la frente en los antebrazos, respirando hondo. Parecía estar buscando fuerzas o la palabra adecuada para dialogar conmigo. Andar con pies de plomo era lo que más odiaba en el mundo, y no iba a permitir que él pasara por eso.

—Estoy a la defensiva, Reid, lo sé. También está siendo difícil para mí. —Di un paso hacia delante y él me sostuvo la mirada —. Estoy insoportable, me molesta todo y nada a la vez. Hasta mis alumnos, que suelen adorarme, han notado el cambio. Ten paciencia conmigo.

—Si me dejas, no solo te daré paciencia, sino soluciones y alegrías. —Se levantó y apartó la silla para acortar la distancia entre nosotros—. Puedo darte el mundo entero, Eliane.

—Demasiado intenso para alguien a quien acabas de conocer.

—Para mí también es algo nuevo.

—No soy todo eso que ves. Tengo mil defectos, soy insegura y, por si fuera poco, está mi familia.

—Lo entiendo y me da igual, nada de eso me echa para atrás. —Volvió a acercarse, me acarició la cara y sonrió, descifrando mucho más que mis miedos—. Solo necesito que me des una oportunidad.

—No es tan sencillo.

—Estamos tú y yo.

—Y un bebé.

—Sí. —Respiró hondo, bajó la vista y me puso las manos en la cintura—. ¿Podemos hablar de eso ahora? ¿Es mío?

—Es una niña —susurré. Me miró de nuevo, fascinado—. ¿Tienes alguna duda de que lo sea?

—Lo obvio también hay que decirlo, y más cuando hay una nueva vida de por medio. —Me pegó a su cuerpo y acercó su boca a la mía—. Te elegí a ti, Eliane. El "no" que solté en el altar no nació de las dudas que me rodeaban. Fue una decisión consciente.

—¿Me quieres?

—Si tengo que ser más claro, profesora, puedo dibujártelo o montarte una presentación. —Me besó una, dos veces—. ¿Estamos bien?

¿Lo estábamos?

¿Podía aceptar todo aquello sin pararme a pensar en las consecuencias? ¿Qué era lo que yo quería realmente?

¿Qué pensarían de mí los padres de mis alumnos, el instituto, mis compañeros, cuando me viera con Reid, el prometido de mi hermana, y él reconociera a ese hijo ante todo el mundo?

¿Qué iba a pensar mi familia?

—¿Cómo voy a salir con el prometido de mi hermana? —Negué con la cabeza y lo mantuve a raya, con los brazos extendidos hacia delante mientras daba un paso atrás.

—A nuestra edad, todo el mundo es el ex de alguien.

—Pero lo mío es distinto; haga lo que haga, siempre seré la mala de la película. —Lo miré con tristeza; él se sentía igual que yo.

—¿Qué es lo que tú quieres? Si estuviéramos en otro mundo, si no existiera este vínculo, ¿qué sentirías por mí ahora mismo?

—Aún no sé cómo explicarlo, pero es...

—Algo.

—Eso, algo. Yo... necesito tiempo, Reid.

—De acuerdo —respondió demasiado rápido y se dio la vuelta, dirigiéndose a la puerta—. ¿Qué te gusta desayunar?

—Huevos revueltos y café, aunque he tenido que recortar la cafeína. —Alargué el brazo mientras él abría la puerta y me dedicaba un gesto con la barbilla—. ¿Qué estás tramando, Reid?

—Tu miedo es el combustible de mi valor. Hasta mañana, profesora Eliane.

—Pero... —Se marchó. Dejé caer el brazo a lo largo del cuerpo y suspiré—. Estoy perdida.

Eliane



Capítulo 16
Eliane

Toda la clase se echó a reír por un comentario gracioso de la guerrilla del fondo y yo les seguí el juego. La vida se sentía más ligera; estos últimos días, las clases habían dejado de parecer una condena a la espera de mi final y volvían a ser sencillas, divertidas y especiales.

Sonó el timbre, anunciando el fin de la jornada, e hice ademán de recoger mi material en la mesa. Estaba cansada, pero con ese cansancio que te deja un buen sabor de boca, con satisfacción.

—¡Adiós, profe Eliane! —La mayoría de los chavales se despidieron, una señal de que les había gustado la clase; no salían pitando sin dejar rastro por sentirse a disgusto.

Un chico se quedó rezagado, tímido, con un papel de colores entre las manos. João Guilherme era muy sensible, tenía un corazón de oro y su abuela siempre andaba cerca, pendiente de los estudios del nieto al que criaba ella sola. Dejé mis cosas a medio recoger y me acerqué a él, ajustándome la blusa, que se me pegaba al cuerpo marcando ya la barriga.

Esa semana fue inevitable que se enteraran de que estaba embarazada; simplemente lo admití y me quité un peso de encima.

—¿Todo bien, João? ¿Alguna duda?

—Sí, todo bien —se levantó y se colocó bien la mochila al hombro—. Profe, esto es para usted. Mi abuela me ha dicho que se lo hiciera —me tendió el papel sin mirarme a los ojos.

Contuve las ganas de sonreír; el pobre se moría de la vergüenza, pero era lo bastante listo como para obedecer a quien hacía de tripas corazón para sacarlo adelante. Cogí lo que parecía una tarjeta artesanal, con recortes de lazos, estrellas y flores por fuera. La abrí despacio, leyendo el mensaje cariñoso escrito con letra torcida sobre la llegada de mi hija.

Isabel. El nombre lo había decidido por el propio fluir de la vida; Samuel sería el padrino y el padre del bebé... tendría que aceptarlo. Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero contuve la emoción para no violentar más a los chicos, que solo esperaban una señal para salir corriendo del aula.

Le di un abrazo apretado, sintiendo ese olor a jabón neutro, de los de antes.

—Gracias, João. Dale las gracias a tu abuela de mi parte, me ha encantado. Es el primer regalo de mi hija. Lo guardaré siempre en el corazón.

—Vale. ¿Ya me puedo ir? —dijo juguetando con la correa de la mochila.

—Sí, descansa.

Él sonrió y salió corriendo del aula.

Guardé mi regalo junto con el resto de las cosas que tenía sobre la mesa. Caminé por el pasillo vacío, acariciándome la barriga, y me puse a divagar sobre la posibilidad de organizar una fiesta del bebé en el instituto, como solían hacer otras profesoras cuando se quedaban embarazadas. Por inercia, en lugar de marcharme, fui a la sala de profesores; estaba prácticamente desierta, a excepción de dos compañeros y mi amigo.

Samuel estaba sentado en el sofá de cuero gastado, concentrado en la lectura de un libro. Esa semana apenas habíamos hablado debido a unas actividades extraescolares que estaba organizando. Me acerqué a él y me acomodé a su lado; ni siquiera se molestó en levantar la vista, me saludó simplemente con un apretón en la rodilla.

Suspiré, apoyé la cabeza en su hombro y cerré los ojos con una sonrisa sincera que reflejaba lo que sentía en el corazón. Mi amigo soltó una carcajada, me dio un beso en la frente y dejó el libro a un lado.

—¿Sabías que una de mis alumnas me ha preguntado si yo era el padre de tu hija?

—¡No me digas! —Me aparté de él, llevándome las manos a la boca y mirándolo ojiplática—. ¿Y qué le has dicho?

—Que solo somos amigos. Pero que seré el padrino.

—¿Y se lo ha creído?

—Dice que es imposible que hombres y mujeres sean solo amigos.

—Cuando llegue a los treinta, cambiará de opinión.

—O no. Hay gente que no sabe separar las cosas. Y tú eres una de ellas.

—Claro que sé. Soy tu amiga —puse los ojos en blanco, abrí el bolso y le enseñé la tarjeta que me habían regalado—. ¡Mira qué cosa más mona!

—Ah, la abuela ha obligado a João Guilherme a hacerla. Me parece increíble el poder que tienen los padres y tutores para hacer que los adolescentes pasen vergüenza. Trauma desbloqueado con éxito.

—No siempre. Este es un apuro de los buenos, de los que se hacen con cariño. Está aprendiendo a tener un detalle con alguien, con una mujer. Cuando crezca, será un gran hombre.

—Tienes razón. Suelo pensar en los padres de los demás como si fueran los míos... o los tuyos.

—Ya ves. —Guardé el regalo y me quedé mirando al techo—. Todavía no he hablado con mi familia después de todo lo que ha pasado.

—¿Tu madre sigue dándote la brasa? ¡Qué pesada!

—Le mandé un mensaje diciéndole que estaba dolida porque Vanessa me hubiera expuesto y que estaba liada, pero a ella le da igual mi opinión, ¿a que sí?

—¿Y tu hermana?

—Vanessa ha desaparecido del mapa. Miré su perfil en redes, había subido otra foto mía como si fuera una jueza y le pedí que la quitara. Ni me ha contestado.

—¿Por qué andas mirando sus cosas? ¿Es que te sobra tiempo para torturarte?

—En realidad, todo este circo que está montando me ha ayudado a superar algunas cosas. No parece estar tan triste, al fin y al cabo.

—A la gente que le gusta ser el centro de atención, cuantos más problemas tiene y más parece que el mundo está en su contra, más engagement consigue.

—No sé qué va a pasar cuando revele mi embarazo —volví a apoyar la cabeza en el hombro de Samuel—. Y quién es el padre de Isabel.

—Qué nombre más bonito tiene tu hija —bromeó él, y le di un cachete cariñoso en el muslo—. Yo solo soy el mensajero. Ese nombre ha caído del cielo.

—Gracias por todo. Sería mucho más fácil si tú fueras el padre del bebé. —Le di un beso en la mejilla y me levanté—. Me voy a casa.

—Por lo visto, sigues huyendo del pez gordo —se puso en pie y me acompañó al salir de la sala de profesores.

—No. —Me encogí de hombros y me crucé de brazos, recordando cada momento que había tenido contacto con Reid Moretti—. Un día me mandó el desayuno con una nota muy amable. Al siguiente, un bizcocho con un jarrón de flores delicadas. Y ya está.

—¿Y ya está? —Samuel ironizó con mi elección de palabras —. ¿No se ha pasado el día llamándote ni te ha frito a mensajes?

—Solo una, para decirme que tenía que hacer un viaje de emergencia, pero que si necesitaba cualquier cosa podía llamarlo y que su seguridad vendría a verme.

—¿El tal Elias?

—Ese. El contacto se quedó ahí; como yo estoy bien, no hemos vuelto a hablar. —Dejé de caminar al salir del instituto y me puse frente a él—. No sé cómo se hace esto, Samuel.

—¿Lo de hablar como adultos usando la tecnología?

—Lo de tener esperanza, lo de imaginar un futuro junto a otra persona. —Rompí a andar de nuevo y él me siguió el ritmo—. Y luego está la reacción de mi familia.

—¿Todavía te preocupa lo que piensen ellos?

—Solo querría que me escucharan antes de quemarme en la hoguera, porque sé que es lo que van a hacer.

—Pues ahí lo tienes. Si solo hay un camino y vas a acabar siendo la mala de la película, ¿por qué te rallas por lo que piensen?

—Porque yo no soy así. Yo no me acosté con el prometido de mi hermana; ellos no tenían nada oficial en ese momento. Ni siquiera lo conocía. —Resoplé, molesta—. Me parece estar oyendo la voz de mi padrastro diciendo que siempre tuvo razón sobre mí, que me muero de envidia de mi hermana.

—Bueno, tal vez de su cuenta bancaria. De su vida de marquesa.

—De lo primero, sí. —Puse morritos y Samuel se rió—. Con el dinero que tienen ellos, terminaría la reforma del instituto, compraría los equipos para el laboratorio de informática y renovaría todo el fondo de la biblioteca.

—Eres rara, Eliane. Mientras la mayoría se compraría un billete para irse por Europa, tú te lo gastarías en el trabajo.

—Hay demasiadas guerras por allí. Yo siempre he sido más de paz.

—Piensa en ti, Eliane. En Isabel. A lo mejor la familia de Moretti es más agradable y compensa la ausencia de la tuya.

—Será la familia de Isabel, no la mía. Vamos a tener una hija, no es un matrimonio; no voy a hacerme ilusiones pensando que su acercamiento es porque le gusto.

—Yo creo que necesitas que el hombre te lo dé todo masticado. No metas a todo el mundo en el mismo saco que a los que te hicieron daño.

—Mi situación es un lío, Samuel. No puedo esperar que sea mi protector cuando su propia reputación está en juego. Me basta con que esté presente en la vida de mi hija.

—O estás ciega, o tu familia te ha dejado fatal para ver la realidad —Samuel se plantó en mitad de la acera y nos quedamos frente a frente—. El tío plantó a la novia en el altar, insistió en hablar contigo a pesar de tus calabazas y ahora te manda detalles, flores...

—Pero ha desaparecido.

—Está respetando tus tiempos, no quiere agobiarte. Te toca a ti mover ficha, mandar un mensaje o dar alguna señal de que te interesa. Una relación es una vía de doble sentido: uno hace algo, el otro responde y así fluye la cosa. ¿O te crees que es sano que te llame y te mande flores a diario, que venga a buscarte y vigile cada paso que das? Porque eso queda muy bonito en las novelas románticas, pero en la vida real lo llamamos acoso.

—Dios mío, Samuel, tienes razón.

Me acababa de caer la venda de los ojos.

Me tapé la cara con las manos y cerré los ojos, recordando algo que me dijo la psicóloga y que mi amiga Juliana también me había repetido hace años, aunque nunca llegué a entenderlo. Tenía que llevar cuidado con mis relaciones porque acabaría ahuyentando las sanas y atrayendo las tóxicas, que era lo único que conocía.

—¿Estás bien? —Mi amigo me acarició el brazo; yo volví a caminar y le sonreí.

—Me acabo de dar cuenta de que le he hecho el vacío a Reid todos estos días. Solo él ha mandado mensajes, solo él ha tenido iniciativa y yo... yo solo le daba las gracias.

—Exacto. ¿Y qué vas a hacer al respecto?

—Se me da fatal lo de los regalos o las sorpresas.

—Llámale, Eliane. Habla con él, pregúntale qué tal el día o si quiere ir a la próxima ecografía que tengas.

—Ni siquiera hemos hablado de Isabel.

—Pues otra cosa más de la que hablar: el nombre del bebé.

—Por eso no he tenido un novio en la vida. Estoy aprendiendo a tener una relación normal con treinta y dos años. Mi hija se merece una madre mejor.

—Nunca es tarde para aprender y mejorar. Sé esa madre que Isabel se merece. Aún estás a tiempo.

—Lo estoy.

Choqué mi hombro con el de Samuel, nos reímos y sentí cómo el corazón se me calentaba un poco más al darme cuenta de que el mundo no se había acabado. Al menos, todavía no.

Eliane



Capítulo 17
Eliane

Metí la llave en la cerradura de mi pequeño piso, empujé la puerta con firmeza y sentí el segundo alivio del día: haber llegado a casa. Ni siquiera la montaña de ropa acumulada en el sofá me molestó; ya la guardaría antes de darme un baño y llamar a la persona que estaba rompiendo todos mis esquemas sobre los hombres: Reid Moretti.

Dejé el bolso encima de la mesa, saqué el regalo de mi alumno y lo admiré una vez más. Prepararía un cuadro con fotos y recuerdos de este momento, para que mi hija y yo pudiéramos contemplarlo. Era sencillo, pero como a mí me gustaba: hecho con el corazón.

Puse algo de música en el móvil, pasé por el baño y volví al salón para recoger la ropa.

Keith Wallen – A Thin Line

Oí un golpe seco que venía de fuera e ignoré el sonido; debía de ser cosa de algún vecino. Levanté unos vaqueros y puse una mueca; ya no me servían. Tendría que hacerme con otros o con vestidos hasta que terminara el embarazo.

—¡Eliane! —Me llamaron con firmeza desde el otro lado de la puerta y pegué un bote. Pausé la música; los golpes en la puerta resonaron, fuertes y autoritarios. La única que tenía acceso a mi rellano era mi madre. —¡Abre, Eliane!

Miré por la mirilla, confirmando mis sospechas. Se me heló la sangre en las venas; no quería hablar con ella, pero estando allí, no me quedaba otra. Doña Tereza siempre conseguía lo que quería, ya no podía huir de ese enfrentamiento. Para mi alivio momentáneo, aún no tenía por qué soltar lo de mi embarazo, solo el desastre de la boda de Vanessa.

Me ahuequé la blusa para que quedara más holgada, abrí la puerta y fingí una sonrisa de bienvenida.

—Hola, mamá.

—¡Llevo horas esperando!

—Lo siento, no te he oído.

Pasó por mi lado con un vestido negro ajustado, impecable, un moño tirante y joyas despampanantes. Miró con desprecio el desorden del sofá, caminó de un lado a otro y se quedó plantada con los brazos cruzados. A veces me preguntaba cómo podía ser hija suya si éramos el día y la noche.

—¿Por qué me estás rehuyendo? ¿Qué es lo que no me estás contando, Eliane? —Su voz era gélida; odiaba lo bien que me conocía.

—A ver, mamá, soy profesora, estoy hasta arriba de trabajo y encima tengo que recoger la casa —fui hacia el sofá y seguí doblando la ropa—. Si quieres ayudar, acepto manos.

—No soy tu criada —se puso las manos en jarras, en actitud de exigencia—. Cuando más te necesitamos, no coges el teléfono, desapareces.

—¿Necesitarme a mí? —La miré confundida y con un toque de sorna.

—¡Me puse malísima, estuve ingresada varios días! Tu hermana está destrozada por el desplante en público. Intenta hacerse la fuerte, pero de puertas para adentro soy yo la que tiene que darle la mano todas las noches, mientras el mundo entero se mofa de ella en internet.

—A lo mejor debería dejar de exponerse tanto.

—¡Eres una insensible, es tu hermana! ¡Si ella o yo nos hubiéramos muerto aquel día, ni te habrías enterado! No has querido saber nada, solo te has quejado de que te relacionen con nosotras.

—Lo siento, mamá. —Me dio una punzada de culpa; era cierto que no me había preocupado lo más mínimo por su salud, hundida como estaba en mis propios líos—. ¿Quieres un té? ¿Que prepare un bizcocho?

—¡Quiero respuestas! —Miró a su alrededor, se acercó a la mesa y el corazón me dio un vuelco cuando vi qué había llamado su atención—. ¿Qué es esto?

—Un alumno se lo olvidó en clase.

—Es para ti. —Cogió la tarjeta, la abrió y leyó el mensaje—. ¿Mamá? —Su mirada me fulminó de arriba abajo—. ¿Estás embarazada, Eliane?

—Mamá... —Tragué saliva, incapaz de admitirlo.

—¿Con quién estás saliendo? —Aplastó mi regalo, lo soltó con desprecio sobre la mesa y se acercó a mí en actitud amenazante —. ¿O te estás acostando con alguien que no se puede saber? ¿A quién le has abierto las piernas? ¿A un alumno? ¿Al profesor ese que siempre anda detrás de ti? ¿A un hombre casado?

Sin saber quién era el padre ya se ponía así; no quería ni imaginarme cuando descubriera que era el prometido de su hija favorita.

Antes de que su mano me tocara, una valentía descomunal me llenó de fuerza. Erguí la barbilla, aparté mi brazo de sus garras con uñas largas y la enfrenté, poseída por un sentimiento que llevaba guardado muchísimos años.

—Basta. Me estás ofendiendo.

—Siempre pensando mal. ¡Soy tu madre! Te di un padre, comida, una educación de calidad... ¡y me lo pagas viviendo en esta mierda!

—Si has venido a mi casa a insultarme, ya puedes darte media vuelta e irte por donde has venido.

—Ingrata. ¡Este piso es mío!

—Lo único que me has dado son ganas de mantenerme lejos de esta familia. Quédate con todo, entonces; la que se larga soy yo.

Solté la ropa, la esquivé, cogí el móvil y mi maletín del trabajo y salí del piso con lágrimas en los ojos. Bajé los escalones de la escalera corriendo, oyendo los gritos de mi madre llamándome y renunciando a todo lo que había conquistado, a todo lo que había en ese apartamento que era mío, porque yo lo pagué, yo lo cuidé, pero ella tenía contactos en la notaría y lo puso a su nombre.

Siempre me habían manipulado y no me había dado cuenta hasta ese preciso instante.

Al pasar por la portería, cogí el móvil y llamé a Samuel. La llamada no daba señal; era la única persona en quien podía confiar. Con los ojos empañados, seguí caminando a toda prisa por la acera, abrí la aplicación de mensajes y vi un texto de Reid. Ni lo leí, simplemente pulsé en su contacto e hice la llamada de voz.

—¡Eliane! —respondió él, animado.

—Perdona, Reid. Yo... —Sorbí los mocos mientras cruzaba una calle.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? ¿Estás bien? ¿Es por el bebé? Ay, Eliane...

—¡No! —Me detuve y me puse la mano en la barriga, en un gesto protector. Cerré los ojos y, viendo por dónde iban sus preguntas, comprendí que tenía que calmarme, así que respiré hondo varias veces.

—No importa lo que haya sido, voy para allá. ¿Dónde estás?

—Siento meterte en esto, pero acabo de tener una bronca con mi madre, me he ido de casa y estoy en la calle.

—¿Hay algún restaurante o cafetería cerca? ¿Algún sitio donde puedas sentarte a esperarme? Ya estoy en el coche, mi chófer llegará lo más rápido posible.

—La tienda de la gasolinera, estoy a un par de manzanas. —Bajé la cabeza y volví a caminar, un poco más tranquila—. Gracias y perdona.

—Ya voy de camino.

—Ni siquiera te he mandado un mensaje ni nada estos días, y de repente te llamo pidiendo socorro. Soy un desastre. —Respiré hondo y crucé la calle—. Incluso llamé a Samuel, pero...

—No necesitas a nadie más. Puedes confiar en mí. Envíame la ubicación.

—Está bien. —Corté la llamada, abrí la aplicación de mensajería y le mandé la dirección.

Entré en la tienda de la gasolinera, me senté en un taburete alto que estaba libre y me tomé un segundo para poner mis pensamientos en orden. Respiré hondo varias veces con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en las manos, con los codos sobre la pequeña mesa redonda.

Realmente no había nada que hacer respecto a lo que mi madre pensara de mí. Yo era la hija ingrata; aceptaría ese papel y no volvería a dirigirle la palabra. Pensé en Vanessa, la hermana que siempre había sido la parte "buena" de la familia, y comprendí que mi distanciamiento tendría un precio. Tendría que sacrificarlo todo, o de lo contrario pondría en riesgo a mi hija por culpa de mis emociones.

—¡Eliane! —La mano de Reid rozó mi espalda.

Levanté la cabeza, abrí los ojos y me lancé a sus brazos. Él iba de traje y corbata, expuesto ante el mundo, sin importarle nada. Me aparté un poco, recolocándome el bolso en el hombro y forzando una sonrisa algo cortada.

—¿Necesitas ir a un hospital? —preguntó, mirando mi barriga con preocupación. No podía engañarme: no se trataba de mí, sino del bebé que llevaba dentro—. ¿Qué ha pasado?

—Mejor hablamos en otro sitio.

Miré a mi alrededor; el dependiente nos estaba prestando demasiada atención. Reid me guio para salir de la tienda y me ayudó a subir al coche. Elias estaba en el asiento del conductor y me saludó con cordialidad.

Suspiré al notar el aire acondicionado del coche; me pulsaba la frente, presagio de que se me iba a formar un buen dolor de cabeza. Me toqué la barriga y sentí la mano de Reid sobre la mía. Le miré, preguntándome cómo era posible que alguien como él estuviera conmigo de esa manera.

El coche se puso en marcha; no me importaba a dónde íbamos, solo sentía que estar a su lado era lo correcto.

—¿Seguro que no necesitas que te vea un médico?

—Estoy más tranquila —desvié la mirada, avergonzada por mi desesperación de antes—. Mi madre se presentó en mi casa; se ha enterado de que estoy embarazada.

—¿Cómo?

—Por el regalo de un alumno —miré al techo del coche y me concentré en la sensación de su mano sobre la mía.

—¿Qué era?

—¿Quieres verlo?

Forcé una sonrisa al ver que asentía. Abrí el bolso y alisé la tarjeta artesanal que mi madre casi echa a perder. Se la entregué a Reid, pensando que tal vez él no le daría tanta importancia como yo.

—Ahora entiendo por qué te quieren tanto en el instituto —admiró la tarjeta y su elogio me pilló por sorpresa—. Una niña...

—Isabel es el nombre que... que salió. En realidad, lo eligió Samuel y al final se quedó así. ¿Qué te parece?

—¿A ti te gusta el nombre? —Me miró con esa intensidad que me erizaba la piel de todo el cuerpo.

—Sí, pero a ti también tiene que gustarte.

—Era el nombre de mi bisabuela paterna. Fue una mujer muy querida en mi familia.

—¿Son buena gente? ¿Podré hablar con ellos, contarles mi versión de los hechos? Quiero decir... —Me mordí el labio, porque él se quedó en silencio y yo no encontraba la mejor forma de decir aquello—. Hazme la prueba de ADN, enseña el extracto de tu tarjeta o de tu cuenta bancaria, mi ecografía... lo que sea para demostrar que no fui tu amante. No quiero tu dinero, Reid; no soy una oportunista, por mucho que lo diga mi madre.

Me callé de golpe; parecía una cría de quince años justificando sus actos, intentando defenderme de algo que no era necesario. Si él no quería nada conmigo, corría el riesgo de perder a mi hija; no podía permitirme actuar con tanta inmadurez emocional.

—Eliane...

—Perdona, una vez más. Cuanto más intento controlar mis emociones y actuar como la mujer adulta e independiente que soy,

hago exactamente lo contrario. No sé si es el embarazo o si simplemente eres tú, que me impones por ser tan...

Reid me sujetó por la barbilla, acercó su rostro al mío y me besó los labios. Al principio fue suave, un toque terno, seguido de otro más firme; después, su lengua pidió paso y nos besamos con la misma urgencia que la última vez.

Suspiré cuando su mano subió a mi nuca, me dio un apretón y luego bajó por mi cuello, el hombro y el brazo, hasta posarse de nuevo en mi barriga. Le apreté los dedos y los mantuve allí mientras nuestras bocas se comunicaban en el lenguaje de los amantes.

—No hace falta que andes con pies de plomo conmigo —me besó en la mejilla y se apartó un poco para devolverme la tarjeta—. Sé perfectamente cómo es tu familia. Si alguien te está molestando, intervendré para que no vuelvas a pasarlo mal.

—Pero...

—Deja que yo me encargue de esa parte. Isabel necesita tranquilidad para crecer, y su madre también.

—Vaya papeleta, Reid. Y aun así, ¿de verdad quieres tener algo que ver conmigo?

No respondió; se deslizó por el asiento para pegarse a mí, me pasó un brazo por los hombros y nos quedamos en silencio mientras el chófer conducía con calma. No me importaba a dónde íbamos; por fin estaba aprendiendo a confiar en Reid Moretti.



Capítulo 18
Reid Moretti

Eliane necesitaba desconectar y, en este momento, todavía no podía hacerlo de la forma más fácil, que sería llevármela a la cama y pasarme la noche entera en vela dándole placer. A pesar de que ella no podía probar el alcohol, necesitaba divertirse; por eso la llevé al bar de Henri Premoli, el Rota Pre 83.

Dijo que confiaría en mí.

Yo debería haber pasado por casa para cambiarme de ropa y ponerme algo que me permitiera pasar desapercibido. Pero si Tereza Alencar ya había descubierto el embarazo de su hija y habían tenido un enfrentamiento, era cuestión de días que toda la verdad saliera a la luz.

La preocupación de Eliane era legítima: pocos aceptarían la verdad, que nos conocimos antes del contrato matrimonial con Vanessa. Una traición familiar generaba mucho más morbo y engagement, así que ya había puesto en marcha un plan de acción con el equipo de prensa del Grupo Moretti para silenciar cualquier tema que no fueran los grandes movimientos de mi empresa.

Fuimos de la mano, nos saltamos la cola para entrar al local y la llevé directa a la pista de baile en cuanto vi que su cuerpo empezaba a seguir el ritmo de la música alta. Ella iba delante, me miró por encima del hombro y volvía a ser esa misma mujer que me cautivó con su naturalidad para disfrutar de los pequeños detalles.

Nevertel – Some Things

Nos detuvimos entre la gente que se contoneaba de un lado a otro. Eliane me rodeó el cuello con los brazos, manteniendo su mirada fija en la mía, mientras mis manos apretaban su cadera para pegarla más a mí.

Nos movíamos al compás de la música; el mundo a nuestro alrededor era solo un borrón, yo solo tenía ojos para Eliane. Movía los labios, no sabía si me hablaba o si simplemente cantaba. Sonreí; ella apoyó la cabeza en mi pecho y nos quedamos así durante varias canciones, encerrados en esa burbuja de cercanía, de sentir, de compartir el momento.

Cuando me tiró del cuello, no necesité que me lo pidiera dos veces: me adueñé de su boca, besándola como un hombre que necesita marcar territorio. Una de mis manos le apretó el culo mientras la otra subía a su nuca para sujetarla, posesivo. Su lengua bailó con la mía, sensual, cargada de deseo. El plan inicial de no llevármela a la cama se estaba desmoronando; necesitaba sentirla por dentro.

Recordé que esto no era solo una aventura: Eliane llevaba a mi hija en su vientre. No me hacía falta ninguna prueba; mi charla

con el doctor Rael en el CAJA había sido suficiente para saber que ella no era como los interesados de su familia. No es que yo hubiera sido mucho mejor —había estado dispuesto a casarme por un acuerdo comercial—, pero el universo me había dado una oportunidad de redimirme. Esta vez no desperdiciaría la ocasión de ser un hombre de verdad en lugar de solo un empresario de éxito.

Eliane interrumpió el beso, jadeante, y pegó los labios a mi oído.

—¿Podemos sentarnos un poco?

—Sí. —Le rodeé la cintura con el brazo, nos abrimos paso entre la multitud y fuimos en dirección opuesta a la barra, hacia la zona VIP.

Hablé con el portero que custodiaba el acceso; nos dejó pasar en cuanto le dije mi nombre y me quedé mirando aquel tramo de escaleras. Antes de que Eliane diera el primer paso, la cogí en brazos, pillándola por sorpresa.

—¡Reid! Que peso un montón, no hace falta que hagas esto —exclamó ella, rodeándome el cuello con los brazos mientras yo subía despacio.

—Estás cansada y solo son unos pocos escalones.

—Se nota que vas al gimnasio. ¡Vaya músculos!

—Es tu cuerpo, que encaja a la perfección en mis brazos.

Esbozó una sonrisa, algo cortada por el piropo, pero sintiéndose segura al recibirlo. Esa era la verdadera esencia de Eliane; ni su pasado ni sus vínculos familiares lograrían definirla jamás.

Llegamos al entresuelo, la posé en el suelo y la guié entre unos moteros que estaban en uno de los reservados. Pasé por delante del segundo y, al llegar al tercero, me encontré al dueño del local, solo, con un vaso de whisky en la mano.

Iba a seguir de largo, pero el presidente del "Predadores Moto Club" se percató de mi presencia y se levantó, mirándonos alternativamente a Eliane y a mí.

—Dichosos los ojos —me saludó con un fuerte choque de palmas. Se giró hacia Eliane y le tendió la mano—. Mucho gusto, soy Henri.

—Eliane.

—Es el dueño del bar, el que te mencioné.

—Ah, sí. Me encanta el sitio.

—Te gustará todavía más divertirte conmigo.

—Cierra el pico —puse a Eliane más cerca de mí y le fulminé con la mirada; él se limitó a reírse de mi cabreo—. No he venido a molestarte, nos vamos al otro reservado.

—Quedaos en este, es más tranquilo. Tómalo como una disculpa por mi provocación —se dio la vuelta para recoger el vaso de whisky que había dejado sobre el banco de cuero, dejando a Eliane bastante sorprendida.

—¡Predadores! Me suena de algo. —Eliane se soltó de mi brazo para acercarse a él—. Vosotros participasteis en una acción allí en el CAJA, por el Día del Niño y en Navidad.

—¿Trabajas allí?

—No, soy profesora en el colegio Don Bosco. Pero siempre estoy echando una mano en las actividades voluntarias de allí.

—Hay algunos "hermanos" Predadores que hacen el curso de preparación los fines de semana. ¿Eres del equipo docente?

—No, pero he estado de apoyo en las clases de refuerzo de las vacaciones. Soy profesora de Secundaria.

No interrumpí la charla; me encantaba escuchar a Eliane hablar de su trabajo. Su mirada idealista y esa pasión por la enseñanza eran dignas de admirar. Era, además, una forma de

conocer un poco más a la mujer que estaba poniendo mi mundo patas arriba, y de la mejor manera posible.

Nos sentamos en los bancos. Henri intercambió varias miradas cómplices conmigo antes de soltarse más con mi mujer y empezar a hablar sobre proyectos sociales, beneficencia y reformas comunitarias.

Sonreí al darme cuenta de lo satisfactorio que era, de una forma increíble, tener a una mujer como Eliane a mi lado. Los Predadores Moto Club hacían muchísima labor social; la familia Premoli no solo era poderosa, sino rica, e invertía mucho en el barrio que controlaban.

Me perdí en la conversación mientras le acariciaba la cintura, imaginándonos a los dos en mi cuarto, entre mis sábanas.

—¡¿En serio?! —exclamó Eliane. Se giró hacia mí y me plantó un beso en los labios—. ¿Has oído eso?

—¿El qué? —miré de ella a Henri.

—Vamos a organizar un evento para recaudar fondos para la reforma de su instituto. Habrá aulas nuevas, laboratorio de informática y biblioteca. Y si falta algo...

—Yo pago —declaré sin dudarlo. La expresión de asombro de Eliane fue un bálsamo para mi ego—. No hay tiempo para andar recaudando y luego reformar. Contrata a una constructora, traza un plan de acción y que la reforma esté lista antes de que nazca mi hija.

—¿Hi... qué? —Henri se atragantó, me miró a mí, luego a Eliane y después a su barriga, que mi mano acariciaba de forma protectora—. Reid Moretti ni siquiera te ha puesto un anillo en el dedo y ya ha ido directo a por el bebé para que no te escapes. Has ido rápido, hermano.

Eliane soltó una carcajada, escondió la cara en mi pecho y yo fulminé al motero con la mirada.

—Madre mía, ¿este hombre es real? —Mi mujer le clavó los ojos—. ¿Crees que es Reid el que me está dando el braguetazo a mí, y no al revés?

—Este tío solo habla de trabajo y lleva meses sin salir de fiesta; debe de tener la polla estropeada de no usarla. ¿Qué mujer elegiría a un hombre así?

—No he estado con otras porque solo me interesaba una. Fuiste tú mismo quien lo dijo: elige a una mujer para amarla de verdad, no a la que mejor encaje con tu imagen de empresario de éxito.

—¿Ves, Eliane? Soy un hacha dando consejos —le guiñó un ojo y sacó el móvil del bolsillo—. Hecho, vamos a poner esto en marcha antes de que nazca la heredera Moretti. Mi regalo para los tortolitos. Le mandaré la factura a tu oficina.

—Hazlo. —Besé la frente de Eliane; su sonrisa no le cabía en la cara—. Todo sea para que no vuelvas a huir de mí, profesora —murmuré de forma seductora.

—No hay otro sitio en el que quiera estar, chico del whisky.

Me besó y me olvidé de dónde estábamos y de quién había cerca; solo existíamos nosotros dos.

Eliane



Capítulo 19
Eliane

Por poco no acepté quedarme con Reid el resto de la noche en su casa, compartiendo cama y muchas otras cosas en las que sabíamos que éramos compatibles. La escapada al bar me había calmado el corazón, había reforzado mi confianza y me había dado una nueva perspectiva sobre la compleja relación que mantenía con mi familia.

No me hacía falta huir, sino poner límites. Aquel enfrentamiento me demostró que nuestra cercanía era peligrosa; yo no compartía los mismos propósitos ni los mismos principios que esa familia, ni quería hacerlo. Cuanto antes lo dejara claro, menos presión recibiría por su parte.

Mi error fue intentar que me viera con buenos ojos una madre que nunca me deseó. Y aunque intentaba protegerme, había

una fuerza inconsciente dentro de mí que me empujaba a aceptar o participar en situaciones que me perjudicaban, con tal de ser una hija que mereciera la pena ser amada.

¿Qué clase de vida sería esa si mi hija naciera en un ambiente sin amor? Era hora de encontrar por mi cuenta lo que me había faltado; Reid me ayudaría, pero no podría sustituirlo. Él era un gran hombre, alguien que nunca imaginé que pudiera existir y que, encima, me había elegido a mí.

¡Dios mío! Me eligió como nadie lo había hecho nunca. Incluso Samuel se hizo mi amigo en el instituto porque la persona más cercana a él se había mudado de ciudad.

Reid dijo "no" en el altar porque me vio en aquella boda. El miedo y la euforia vibraban dentro de mí; no lo dejaría de lado por culpa de deseos inconscientes. Él valía la pena y, por eso, tras un momento increíble en el bar, le pedí que me llevara de vuelta con la promesa de que nos veríamos al día siguiente, en cuanto terminara de corregir los exámenes. Su beso de despedida fue como una promesa, despertando no solo mis hormonas, sino también mi imaginación, pensando en todo lo que podríamos revivir entre cuatro paredes.

Cuando entré en mi pequeño piso, todo estaba tal y como lo había dejado. Eché la llave, me di una ducha y me quedé frita, con la seguridad de que no tendría más visitas inesperadas.

Me desperté tarde al día siguiente, pero con el cuerpo descansado. Seguí mi rutina de fin de semana: desparramé todo el material sobre la mesa y colgué la tarjeta de mi alumno con un imán en la nevera. Doña Tereza Alencar no iba a estropearme el recuerdo de aquel regalo tan especial, el recordatorio de que me querían de verdad, sin condiciones.

Mi móvil vibró sobre la mesa, entre papeles y bolígrafos, cerca de la hora de comer. Sonreí al ver que era un mensaje de Reid; quería saber cuándo podía venir a buscarme.

Eliane >> Estoy terminando de corregir lo último. Después prepararé el material de la próxima clase y ya estaré libre. O sea, en una hora aproximadamente.

Reid >> ¿Eso significa que tus obligaciones habrán terminado? ¿Serás toda mía?

Eliane >> Por hoy, sí. El domingo he quedado en ir al CAJA para ayudar como monitora. Se lo debo al doctor Rael.

Reid >> La deuda con él es mía. Le buscaste por el embarazo. No tienes por qué darte ese tute por eso.

Eliane >> Por muy atractivo que me parezca que pagues todas mis facturas y la reforma del instituto, hay cosas que no se pueden delegar en otros. Puedes venir conmigo mañana si quieres.

Reid >> Si ese es el precio para pasar un rato contigo, lo haré encantado. ¿A qué hora paso a por ti hoy?

Eliane >> En una hora.

Tras enviar el último mensaje, me di cuenta de que le estaba ofreciendo un plan nada convencional para un gran empresario, alguien que tiene a cientos de empleados para encargarse de lo operativo en su lugar. Y ahí estaba yo, viendo cómo mis peticiones eran aceptadas solo porque yo lo valía. No por mis habilidades ni por mi estatus social. Por ser yo.

No pude concentrarme en nada más; el pecho me rebosaba de admiración. Antes de soltarlo todo e irme a la ducha para estar lista cuanto antes, me obligué a controlar esa necesidad de agradar al hombre que era el padre de mi hija. En el coche había sido la primera vez que hablábamos del tema; era necesario zanjar cualquier duda al respecto, porque los asuntos pendientes siempre vuelven para atormentarnos.

Terminé mi tarea, me di una ducha rápida y me eché mi crema corporal más olorosa. Elegí lencería a juego, me miré en el

espejo de cuerpo entero e intenté encontrar mis virtudes en aquellas curvas y marcas. Era imperfecta, había aceptado mis defectos de carácter y ya iba siendo hora de hacer lo mismo con mi cuerpo.

Me puse unos leggings, los únicos que aún me quedaban bien sin parecer ropa de segunda mano, y una blusa de flores que dejaba claro mi estado actual. Me vi guapa embarazada, por primera vez, sin sentir que cargaba con el peso del mundo sobre los hombros. Tener a Reid cerca, como aliado y como alguien a quien le gustaba de verdad, me ayudó en ese proceso.

¿Y el día que se marche? ¿Y si se cansa de lidiar con alguien tan difícil como tú? La rutina quema las relaciones. Mi mente intentó boicotearme el momento, pero ignoré todas esas voces; no tenían cabida en mi ratito de alegría.

Cuando mi móvil sonó, ya estaba con el bolso en la mano, abriendo la puerta de mi piso para bajar al portal. Avisé a Reid de que ya salía, bajé las escaleras y caminé conteniendo las ganas de dar saltitos de alegría, como una adolescente que va a encontrarse con su primer novio. En cierto modo, era el primero, y deseaba que fuera el último para que mi hija tuviera la familia perfecta.

Bueno, perfecta desde mi punto de vista: unidos por amor, no por exigencias ni intereses comerciales.

Abrí la puerta delantera del coche de Reid, me topé con Elias y solté una carcajada.

—No eres el hombre al que quería ver —bromée.

—Aquí estoy —Reid salió del coche. Llevaba unos vaqueros y una camisa azul marino lisa. El reloj de su muñeca demostraba que el minimalismo era, en realidad, la máxima elegancia. Me abrió la puerta y le saludé con un pico—. ¿De buen humor?

—La culpa es toda tuya —me metí en el asiento de atrás; él se acomodó a mi lado y me pasó el brazo por los hombros.

Con cierta vacilación, hizo amago de tocarme la barriga, pero desvió la mano hacia mi muslo. Guié su mano hacia donde

quería que fuera al mismo tiempo que buscaba su boca, en un beso que no tenía nada de recatado. Suspiré; Reid me acercó más a él y el ambiente a nuestro alrededor cambió por completo.

—Si no fuera por el chófer, ahora mismo estaría sentada en tu regazo —le susurré al oído.

—Elias, cambio de planes. Puedes irte a casa, yo me encargo desde aquí —Reid salió del coche, el chófer hizo lo mismo y yo me quedé mirando la escena en estado de shock.

—¿Qué estás haciendo? —asomé la cabeza entre los asientos delanteros. Reid aceleró, dejando a Elias plantado frente a mi urbanización—. ¡Le has abandonado!

—Él sabe buscarse la vida. En este momento, solo tengo ojos, oídos y boca para ti —me lanzó una mirada cargada de malicia —. Hay un edificio aquí cerca; el parking es discreto y podremos hacerlo a tu manera.

—¿Cómo que a mi manera? ¡Ah!

—¿Me estoy pasando? ¿He cruzado algún límite?

—Para mí, es el punto justo.

Quería follar en el coche. En lugar de asustarme, el deseo se intensificó hasta el punto de cerrar los ojos e imaginarnos haciendo que el coche se balanceara. Por Dios, si alguien descubriera los pensamientos nada convencionales de la profesora, me despedirían. La gente tiende a ver a los docentes como seres asexuales e inmaculados, pero somos iguales a todos los demás.

El coche entró en un parking subterráneo, bajó una segunda rampa y todo quedó a oscuras, envuelto en eco. Reid aparcó, apagó las luces y abrió la puerta para volver a mi lado, al asiento de atrás.

No necesité que me lo pidiera; en cuanto se cerró la puerta, me subí a sus muslos, apoyé las rodillas en el asiento y me monté sobre él, pegando mi boca a la suya, usando la lengua para aplacar el fuego que se encendía con nuestra conexión.

Su mano subía y bajaba por mi espalda, me apretaba el culo, el muslo, y forzaba mi cadera a friccionar contra la suya. Gemí y él hizo lo mismo, metiendo la mano por debajo de mi blusa hasta encontrar mi pecho y apretarlo.

—¡Joder! —Reid me mordisqueó el labio inferior y luego me dio un beso de succión en el cuello—. Qué ganas te tenía, Eliane. Te necesito.

—¿Es verdad? —Me bajé de su regazo y me quité las bailarinas, después los leggings junto con las bragas. Él aprovechó para desabrocharse el pantalón y se sujetó el miembro; estaba más que listo para recibirme—. ¿No has estado con nadie después de nuestra noche?

—Admitir eso me convertiría en un hombre idealista, y no lo soy.

—Bueno, yo solo te he tenido a ti —me encajé sobre su regazo y los dos gemimos. Saber que ambos queríamos lo mismo me ponía todavía más—.

—Voy a quedar fatal... Está sensible... —Reid cerró los ojos y frunció el ceño—. Joder, qué rico está esto.

—No te dejes llevar por la euforia, chico del whisky.

—Haré lo que pueda, profesora.

Incluso en la oscuridad, podía ver el brillo en su mirada, el deseo ardiendo en su interior. Sin inhibiciones, subí y bajé, me contoneé y me agarré a su cuello con fuerza, dando rienda suelta a todas mis fantasías.

Él me dio un azote suave en el culo cuando aumenté el ritmo de los movimientos. Eché la cabeza hacia atrás y luego volví a buscar su boca, persiguiendo ese clímax intenso que solo Reid sabía darme.

En cuanto mis gemidos se volvieron más agudos y los suyos más graves, los dos nos entregamos al culmen del placer. No dejé de moverme, prolongándolo todo lo que pude hasta deshacerme en sus

brazos, mientras él me apretaba e impulsaba su cadera una última vez.

—Eliane. —Mi nombre en sus labios sonaba como el de un siervo devoto ante su señor. Me reí bajito, satisfecha, impidiendo que mi mente volviera a las andadas en un intento de boicotearme.

—¿Te he hecho daño? ¿Crees que el bebé...?

—Todo bien. —Besé sus labios con cariño; su preocupación me reconfortaba—. Nos hemos comido el postre antes del almuerzo. No es un buen ejemplo para nuestra hija.

—Nuestra hija —repitió él, con voz suave.

Me bajé de encima, busqué en el bolso y encontré un pañuelo de papel para limpiarme. Me vestí y miré a Reid, que ya se había arreglado. Sus ojos seguían cada uno de mis movimientos, serio, compenetrado.

—¿Qué pasa? Paso todo el día fuera de casa, mi bolso tiene de todo para emergencias.

—No es eso. —Su mano acarició mi mejilla con ternura—. Me pregunto qué más te gustaría hacer, a solas tú y yo, cuando nadie mira.

—¿Quieres conocer mis fantasías sexuales?

—Todas, Eliane.

—Creo que podría asustarte.

—¡Ah! Me gusta por dónde van tus pensamientos. —Cerró los ojos, no por frustración, sino por puro placer. Los hombres y sus creencias limitantes de que las mujeres no pensamos en el sexo tanto como ellos—. Cuéntame una.

—Acabamos de hacerlo, Reid. Ahora me toca comer algo de verdad.

—¿Te vendrías de fiesta conmigo al club de moteros? —preguntó, ansioso.

—¿De Henri? Claro.

—No es una fiesta normal. Hay...

—¿Es como en un burdel? —completé rápido, entusiasmada —. Siempre he querido ir a uno. ¡Claro que voy!

—Te veo muy puesta en el tema.

—Bueno, quiero decir... —Bajé la cabeza, muerta de vergüenza.

—Iremos, y no tienes por qué esconderte. —Empezó a reírse, me acercó la cara y me besó los labios con ternura—. Ay, Eliane, sabía que eras tú.

—¿El qué? No te entiendo, Reid.

—Que estás hecha para mí. —Me volvió a sentar en su regazo, me besó y no me soltó mientras nos quedó aliento—. Mía —susurró entre beso y beso, o quizás solo fue mi imaginación alimentada por la lujuria.

Aquel era el pedacito de paraíso con el que tanto había soñado.

Eliane



Capítulo 20
Eliane

Deberíamos haber ido a cenar a un restaurante elegante elegido por Reid, pero me negué a entrar con la ropa que llevaba en cuanto vi a la gente a través de los cristales. Por suerte, su hermano llamó y me sentí mucho más cómoda estando en familia que en un lugar público. Solo me sentí fuera de lugar un segundo, porque la mano de Reid en la mía, sus bromas con doble sentido y su forma de mirarme me hacían sentir querida.

El coche se detuvo frente a una casa lujosa en una urbanización privada. Dos niños jugaban con las bicis en la calle; reconocí al paje y a la dama de honor de la boda de mi hermana. Recordar que yo había sido el motivo de que se cancelara una fiesta así me minó la autoconfianza, pero hice todo lo posible por disimular el nudo en el estómago.

Reid me apretó los dedos con firmeza y me dedicó esa sonrisa tranquilizadora que me derretía el corazón.

—¿Todo bien? —preguntó, seguro de sí mismo.

—De repente me han entrado los nervios. Ya se me pasará.

—No tienes por qué tener miedo, mi familia no es como la tuya.

—¿Ya saben lo de mi embarazo?

—Sí, y van a respetar tus tiempos, porque son los míos.

—¿Qué somos nosotros, Reid?

—¿Qué quieres que seamos?

—Dijiste que soy tu mujer. —Me mordí el labio; aquello sonaba demasiado a un sueño.

—Y tú puedes decir que soy tu hombre. Desde nuestro primer encuentro, en el cumpleaños de tu hermana.

—Desde que se me rasgó el vestido en el Hotel Golden Ross.

—Exacto. —Me dio un pico y salió del coche; yo le seguí y nos encontramos frente a él.

El hermano de Reid se parecía poco a él; seguramente cada uno había salido a una parte de la familia. Saludé a Lorenzo y luego a Marina, ambos muy simpáticos y acogedores.

—Qué sitio más bonito, y qué espacio tienen los niños para jugar.

—Reid tiene una parcela en esta urbanización, la compramos juntos en su día —Lorenzo les hizo un gesto a sus hijos, que reclamaban la atención de sus padres.

—No lances indirectas —Reid me rodeó la cintura con el brazo y me pegó a él, protector.

—Vais a tener un hijo juntos, tenéis que pensar en la familia.

—¿Es niño o niña? —Marina intentó disimular el momento y le dio un apretón en el antebrazo a su marido.

—Isabel —miré al padre de mi hija, que estaba fulminando a su hermano con la mirada—. Pero lo elegí yo sola, Reid aún no ha dado el visto bueno.

—Está decidido —él me dio un beso en la frente—. Se llamará Isabel, el nombre de nuestra bisabuela.

—¡Es verdad! —Marina dio palmas, animada—. Qué detalle más bonito. El señor Carlos está ilusionadísimo con la llegada de otra nieta.

—Isabel Alencar Moretti. ¿Te das cuenta? —Lorenzo estaba de un humor excelente, pero Reid se puso todavía más de uñas—. Deja de ser tan cascarrabias, soy tu hermano mayor, sacarte de quicio va en el sueldo.

—Como empecéis, os voy a dejar a los dos a cargo de los niños —Marina me cogió del brazo y le sonrió a Reid—. Voy a salvar a tu mujer de mi marido, que no tiene filtro.

—Me quieres —Lorenzo sonrió como un niño travieso.

—Siempre —Marina le lanzó un beso al aire.

—Gracias —respondió Reid, aliviado.

—Ven —la dueña de la casa me guio hacia el interior—. ¿Te apetece un trozo de bizcocho? ¿O algo de picar?

—Sí, muchas gracias.

—No te tomes todo lo que dice Lorenzo al pie de la letra; siempre ha sido muy bromista y, en cuanto nota que alguien se pica, mete más el dedo en la llaga. Reid ya sabe cómo llevarlo.

—No pasa nada. Es que a veces me cuesta pillar las bromas.

—¡Menos mal!

Cruzamos el salón enorme, donde había algunos juguetes por el suelo. La imagen me llenó de nostalgia al pensar que, muy

pronto, esa sería mi realidad. Entramos en una cocina preciosa, con una isla central llena de utensilios colgados y cestas con verduras.

—Tengo bizcocho, macedonia y voy a hornear unos panes de queso brasileño y unas empanadillas para que los niños también merienden. —Señaló un taburete alrededor de la isla central—. Ponte cómoda y cuéntame un poco más sobre ti, Eliane.

—Soy profesora. Vivo sola desde hace muchos años y me gusta ver series de suspense.

—Reid con una profesora... —Marina sacó una bolsa del congelador y se rio, aunque enseguida me pidió perdón con la mirada—. Ya me estoy portando como mi marido, lo siento. ¿Hace mucho que conoces a mi cuñado? Es que todo el mundo pensaba que acabaría con una modelo o con alguna empresaria adicta al trabajo y al gimnasio.

—Bueno, yo cumplo uno de esos requisitos: amo mi trabajo. —Me encogí de hombros, sintiendo que era el momento perfecto para dejar claras mis intenciones—. Reid y yo nos conocimos en una fiesta en el Hotel Golden Ross, antes de que él firmara el contrato matrimonial. De hecho, él pensó que yo era del catering y yo... le puse el apodo de "chico del whisky". Se suponía que iba a ser solo una noche; él estaba dándole vueltas a algo y yo estaba de bajón. No tuve ninguna intención de quedarme embarazada, ni de dar un braguetazo, ni de robarle el novio a nadie.

—Entonces es verdad: no te enteraste de que era Reid hasta el día de la boda de tu hermana. —A Marina le brillaron los ojos—. Siento lo que voy a decirte, pero coincidí con Vanessa en un par de ocasiones y no me dio buena espina. Aparte de que ignoró por completo a mis hijos, puso unas condiciones para la boda que... en fin, solo cedí por Reid. Que la plantaran en el altar quizá la ayude a recuperar la humildad que su madre no le enseñó.

—Vanessa es una consentida, pero la culpa es de todos, incluida mía. Yo no quería que esto pasara; nunca me acercaría a Reid ni a ningún hombre comprometido.

—Eres el día y la noche comparada con tu familia. Menos mal que Reid eligió a la hermana adecuada.

—Nunca ha sido una cuestión de elección; no hay mejor ni peor, Marina. Aunque sea distinta a los Alencar y me mantenga lejos de los focos que tanto les gustan a ellos, no tengo intención de andar haciendo alianzas ni negocios. Mi encuentro con Reid fue algo natural. —Bajé la cabeza, acariciándome la barriga y dándome cuenta de que, si no estuviera embarazada, quizá la boda sí se habría celebrado.

—Mi cuñado es un buen hombre y está colado por ti, Eliane. Él e Isabel son tu familia ahora.

—Yo soy mi propia familia desde el momento en que salí de aquella casa para estudiar la carrera que mis padres no aprobaban. —La miré con calma y ella pareció conectar con mis emociones.

—Al final, el patito feo se llevó el gato al agua, como siempre.

—Era mi cuento favorito de pequeña —me tapé la cara, muerta de vergüenza.

—A Luiza le encanta Frozen. Vicente prefiere Luca.

—Las películas, ¿no? ¿Y los libros? ¿Les gusta leer?

—Estoy intentando que les entre el gusanillo, pero me está costando. Se quejan por todo; prefieren jugar al pillapilla o ver la tele antes que leer.

—Hum... si me lo permites, tengo una idea para echarte un cable con eso. Todo el mundo es lector, solo hace falta dar con el libro adecuado para despertar esa pasión.

—¡Claro! —Marina se detuvo un momento, me miró con la misma admiración con la que me miraba Reid y sentí un nudo en la garganta—. ¿Eres real, Eliane?

—Sí. ¿Por qué lo dices? —Los nervios me traicionaron y empecé a hablar sin filtro—: Sé que no soy una mujer

despampanante ni elegante, que Reid está ilusionado ahora pero que podría perder el interés en cualquier momento. Pero no he venido a fastidiarle la vida a nadie; quiero ser útil, aportar algo a vuestras vidas, no ser un estorbo. Vosotros sois ricos, vivís en otra realidad; yo soy profesora y puedo encajar en la familia de otra manera, porque solo os tendré a vosotros. En el momento en que mi madre y mi hermana descubran que estoy embarazada de Reid, no quedará nada de aquel lado. Me verán como una oportunista, como la amante, como el peor ser humano del mundo, pero yo no puedo controlar lo que piensen los demás. Lo que sí me gustaría es que vosotros me vieseis como soy de verdad: alguien que está profundamente enamorada de un hombre de mirada intensa, que está harto de la frialdad de los números y de los contratos. —Respiré hondo—. E Isabel no llevará el apellido Alencar, solo Moretti. No soy hija biológica de ese hombre, ni lo quiero como padrastro ni como abuelo, por mucho que me adoptara oficialmente.

Una lágrima me resbaló por la mejilla; Marina corrió a mi lado y me dio un abrazo. Cerré los ojos y contuve la emoción; no quería haber soltado todo aquello, pero los últimos acontecimientos me tenían con los sentimientos a flor de piel.

—Me alegra que Reid haya decidido escuchar a su corazón y no a los números. —Se apartó un poco y me sonrió de oreja a oreja —. Las relaciones van y vienen, pero un hijo es para siempre. Y aunque la gente lo interprete de mil formas, sobre todo intentando quitarte mérito, esa niña solo existe gracias a ti. Tienes un sitio fijo en mi corazón y en el de mis hijos por ser la madre de Isabel.

—Gracias —solté con la voz entrecortada.

—Dijiste que ibas a salvar a mi mujer, no a hacerla llorar. —Reid apareció en la cocina caminando a paso largo hacia mí—. ¿Está todo bien?

—Sí. —Me aferré a él con fuerza, aspirando su olor y aceptando su cariño superprotector.

—Está embarazada, va a llorar por cualquier cosa. —Marina me guiñó un ojo y se alejó un poco—. Estoy preparando algo de picar para nosotros. ¿Se han ido los niños a bañar?

—Sí, Lorenzo ha metido a cada uno en un baño.

—Tenemos que volver a quedar. Eliane ha dicho que les traerá libros a los niños.

—Es profesora, Marina, siempre está liada. Y el tiempo que le sobre, lo pasará conmigo. —Reid me besó la cabeza y yo me reí, aliviada por tener a alguien que me defendiera—. Y cuidando de Isabel.

—Quedaremos, claro que sí, Marina. Y si necesitas ayuda con los deberes de los niños, también me ofrezco voluntaria.

—No. —Reid se impuso y me extrañó su reacción—. Sé lo que estás haciendo y no hace falta. No eres nuestra empleada. —Me miró fijamente; yo tragué saliva porque tenía razón: estaba actuando por instinto, intentando ser útil para que no me descartaran cuando la verdad saliera a la luz—. Eres mi mujer, y te van a aceptar por eso. Punto final.

—Reid, es cuestión de tiempo que mi madre se entere de que estamos juntos y todo se convierta en una pesadilla; tú y tu familia saldréis perjudicados. Si no demuestro lo que valgo...

—Si alguien se atreve a decir una sola palabra sobre ti o sobre mi familia, pagará las consecuencias. —Me volvió a estrechar en un abrazo, acariciándome la espalda, tenso pero decidido.

—Por eso Reid ha contratado al mejor equipo de comunicación del país, porque el lío es inminente, cuñada. —Lorenzo apareció en la cocina con los niños. Su mirada era afectuosa—. Si sobrevivís a esto, no os hará falta ni casaros para saber que lo vuestro es para siempre.

—¡Mamá, quiero fideos! —pidió Vicente, y todos soltaron una carcajada.

—Ah, macedonia, claro, hijo —bromeó Marina mientras abría la nevera, ganándose una queja de su hijo.

—Todo va a salir bien —me susurró Reid al oído antes de besarme en la frente—. No voy a dejar que te pase nada malo.

Intenté aferrarme a sus palabras y confiar en él, porque aquella familia no tenía nada que ver con la mía. Me estaba convirtiendo en una persona nueva y el miedo que sentía era simplemente por enfrentarme a lo desconocido, no porque me fueran a dejar tirada a la primera de cambio.



Capítulo 21
Reid Moretti

Estaba viviendo en una burbuja y cada vez me preocupaba menos ocultar mi identidad. Las noticias sobre la boda cancelada habían perdido fuerza y yo solo quería disfrutar de mi vida al lado de Eliane, conocerla un poco más, enamorarme de cada nuevo descubrimiento y, al mismo tiempo, ir haciéndome a la idea de ser padre.

Me metí las manos en los bolsillos del pantalón de vestir y presté atención a lo que la enfermera de la clínica explicaba sobre la ecografía. En cuanto Eliane me contó que estaba haciendo el seguimiento del embarazo en el CAJA —mientras participábamos en un mercadillo solidario allí mismo el domingo—, pasé a la acción. No me lo pensé dos veces: contraté un seguro médico, le hice una póliza a su nombre y le proporcioné la mejor atención que el dinero

pudiera pagar. El doctor Rael era estupendo, pero tenía que repartir su atención entre demasiada gente; yo prefería exclusividad.

Menos mal que Eliane no me puso muchas pegas con esto; yo era el padre del bebé y quería formar parte de ese momento, y no solo con mi presencia. Conseguí una cita en pocos días y una prueba de imagen para ver a mi hija por primera vez.

—No hace falta que te pongas nervioso —dijo Eliane mientras se tumbaba en la camilla, vestida con un camisón de hospital—. Todo va bien.

—Lo sé. —Le besé la frente, pero mantuve mi postura rígida. Estaba reaccionando así por muchas razones, algunas de las cuales se las ocultaba a Eliane para no alterarla.

El médico entró en la sala, hizo un par de preguntas y luego extendió el gel frío sobre la barriga de Eliane. Me acerqué más a la camilla y no quité ojo ni al doctor ni a mi mujer, para que ambos supieran que yo estaba allí, presente y atento a todo. Protector.

—Vamos a ver cómo se está desarrollando el bebé. —El médico movió la sonda sobre su vientre, una imagen apareció en el monitor y captó toda mi atención.

Mi corazón se aceleró, una sensación que no experimentaba desde que asumí el mando del Grupo Moretti. En la pantalla, entre manchas blancas y negras, apareció una pequeña forma. Segundos después, un sonido rítmico y rápido llenó el silencio de la sala, y surgió un gráfico indicando la frecuencia. Era el corazón de Isabel, latiendo con fuerza y constancia ante mis ojos. Sano.

Iba a ser padre.

—Todo está conforme a la edad gestacional: dieciocho semanas. —El médico señaló la pantalla, mostrando las pequeñas extremidades ya formadas—. Confirmo el examen anterior, es una niña.

Yo seguía impactado por el latido del corazón y por la toma de conciencia de ser responsable de una vida más allá de la mía. Mi

hermano tenía razón: era lo más increíble y aterrador del mundo.

El médico terminó la prueba y nos dejó solos para que Eliane se cambiara; yo me quedé con la mirada fija en la imagen del monitor. Cuando terminó, me rodeó la cintura con los brazos, apoyó la cabeza en mi pecho y se rió. Saqué una de mis manos del bolsillo para acariciarle la espalda y demostrarle que también estaba allí para ella.

—Tu corazón va tan acelerado como el de Isabel.

—Voy a ser padre.

—Sí. —Levantó la cabeza y me miró a los ojos—. Reid, tengo que pedirte algo, pero no quiero que me malinterpretes.

—Lo que sea.

—Quiero que te hagas la prueba de ADN.

—¿Para qué? —Fruncí el ceño, confundido, con miedo a haberme aferrado a una ilusión. Ella se apartó y se cruzó de brazos —. ¿Qué está pasando? Me dijiste que no habías estado con nadie más. ¿Hay dudas?

—¡No! ¡Es tuya, es nuestra! —Se mordió los labios y los ojos se le llenaron de lágrimas—. La prueba de ADN no es solo para certificar la paternidad, sino para demostrar la fecha exacta de la concepción. Yo...

—Lo has visto. —Cerré los ojos y apreté el puño con fuerza para disipar la rabia—. No busques nada en las redes sociales, por favor. Está bajo control, yo me encargo.

—Vanessa me mandó un enlace sobre la sospecha de una amante embarazada que fue el motivo de la ruptura. Ella dice estar destrozada y yo no sé qué hacer para solucionar esto.

—¿Por qué hablas con ella? —La atraje hacia mis brazos y ella volvió a estrecharme—. Deberías habérmelo dicho a mí, no a ella.

—No le contesto, Reid. Me lo mandó y... he vuelto al principio. Están diciendo que vas a perder un montón de contratos por culpa de este escándalo. Sabía que esto pasaría, pero...

—Yo me encargaré de eso.

—Confío en ti. Solo quería tener pruebas irrefutables para protegerte a ti también. Una relación es cosa de dos; yo también puedo hacer algo por nosotros.

—¡Ay, Eliane! Haremos la prueba, todo lo que sea necesario para que tú te sientas segura, no para demostrarles nada a los demás. —Le besé la cabeza—. Soy lo bastante fuerte para protegerte a ti, a nuestra hija y al Grupo Moretti.

—¿Cómo lo aguantas? Es mucha presión: oír mentiras sobre mí, que me pinten como la mala, como alguien perversa. ¡Yo no soy así, no he destrozado ningún hogar!

—Ningún odio dura para siempre, acabarán cansándose.

—¿Por qué no miran el contexto? ¿Por qué se le da voz a una parte mientras a la otra la machacan sin darle oportunidad de defenderse?

—Ninguna respuesta servirá de nada para quien está cómodo en la oscuridad. Quizá deberías pedir la baja en el colegio antes del parto.

—Allí nadie ha dicho ni una palabra. Ellos me conocen de verdad, Reid. No voy a dejar de trabajar solo porque tú tengas dinero. No voy a cambiar mi forma de ser ni cómo he elegido vivir mi vida por culpa de cuatro locos en busca de sus cinco minutos de gloria.

—Estoy de acuerdo contigo, y estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para que nadie perturbe tu paz. ¿Qué quieres hacer?

—El discurso de odio me duele, pero no va a poder conmigo. Ya no. —Se dio la vuelta y salió de la consulta pisando fuerte.

Respiré hondo y fui tras ella; Eliane no iba a alejarme con esos arranques. Aprendía, día tras día, a ser tan resiliente como ella.

Salimos de la clínica; se paró junto al coche y se subió en el asiento de delante, al lado de Elias. Me mantuve en silencio porque mi mente estaba centrada en que mi equipo de comunicación lograra silenciar los rumores en internet.

El coche arrancó; mi chófer fue lo bastante listo como para poner música y calmar un poco los ánimos.

Glassweight – Get Me Out Alive

—Tal vez deberíamos distanciarnos unos días —soltó Eliane, y yo solté una carcajada irónica porque su enfado estaba creciendo como una bola de nieve.

—¿Qué tiene de gracia? —Se giró en el asiento, fulminándome con la mirada.

—Tú, profesora.

—Hablo en serio, Reid.

—Ni hablar.

—No eres mi dueño.

—La hija que llevas dentro tiene mi sangre.

—¿Y por eso te crees que puedes mangonearme la vida?

—No, Eliane. Míralo como mi lenguaje del amor: yo tomo el mando, yo cargo con las culpas, yo te protejo.

—Eso solo hace que me sienta más culpable. Deja de ser tan orgulloso y hazme caso por una vez.

—Ven aquí y oblígame.

Eliane aceptó el desafío: saltó del asiento delantero al de atrás, donde estaba yo, me agarró del pelo con fuerza y me besó

con rabia, de forma punitiva. La ira la cegó, desbordó deseo y me hizo amarla un poco más.

Me mordió el labio inferior con fuerza y gruñó; yo la atraje a mi regazo y le di un azote en el culo.

—¡Reid! —Ella se dio cuenta de que estábamos en un coche y Elias era testigo—. Dios mío, qué vergüenza. —Se bajó de mi regazo y se tapó la cara con las manos.

—Van a soltar mucha mierda sobre nosotros; no tienes por qué escuchar ni responder si eso te va a sentar mal. Yo lidio con críticas casi todos los días; no me importaba nada hasta hoy, hasta que llegaste tú. Esto te afecta, Eliane, así que voy a usar todos los recursos que tengo. Puedes llamarme como quieras, puedes pelearte conmigo, pero no voy a esconderme como un cobarde que evita el conflicto para no llamar la atención. Si quieren ponerme bajo los focos, los usaré a mi favor si eso sirve para protegerte.

—¿Y si no estuviera embarazada?

—Eliane, esa opción no existe y creo que entiendes que pensar en hipótesis que no son reales no nos lleva a ninguna parte. —Le sujeté la cara con las manos y sus ojos se empañaron—. Siento si he sido borde, no quiero disgustarte. —Le besé los labios.

—No estoy acostumbrada a que nadie dé la cara por mí —suspiró ella.

—Para mí también es nuevo. Aprenderemos juntos. —La abracé de lado.

—No quiero dejar tirados a mis alumnos.

—Si es importante para ti, entonces yo buscaré la solución.

—Siento el numerito, Elias —dijo Eliane dando por zanjada la discusión mientras se acomodaba a mi lado.

—Cosas del embarazo, profesora Eliane; todo se vive con más intensidad. No pida disculpas, simplemente disfrute del momento.

—Tu empresa, tu reputación... todo puede verse afectado por esta decisión —comentó Eliane con suavidad.

—Mis actos hablarán por mí. Ninguna mentira ganará esta guerra.

Quería creerme mis propias palabras con la misma fuerza con la que intentaba convencer a Eliane de que confiara en mí.

Eliane



Capítulo 22
Eliane

Entré en el aula con retraso porque los alumnos del turno anterior estaban eufóricos por una visita que presentarían en el recreo. Anuncié mi entrada en una clase que estaba tan alborotada como mi mente en los últimos días; cogí mi caja de tizas y di tres golpes en la mesa, la señal que acordé con ellos a principio de curso para que guardaran silencio.

—En la clase anterior vimos la influencia política en los movimientos culturales y sociales del siglo XVIII en Brasil. ¿Alguien ha investigado sobre el Barroco o el Rococó minero? —Empecé a escribir en la pizarra, mirando rápidamente por encima del hombro, sabiendo que nadie habría hecho una actividad extra si no puntuaba para la nota. Respiré hondo y continué—: ¿Alguien puede darme un ejemplo de un evento histórico marcado en esa época?

Dejé que la clase reflexionara mientras yo seguía escribiendo en la pizarra. A pesar de que muchos expertos resaltan los puntos en contra de copiar, yo seguía obteniendo buenos resultados con esa técnica de estudio.

—La Inconfidencia Minera —dijo una voz conocida. Me giré rápidamente hacia los alumnos, sobresaltada. Debía de estar imaginándome cosas.

Me quedé boquiabierta al darme cuenta de que Reid Moretti estaba en el último pupitre de la fila del rincón, con una gorra hacia atrás, ropa informal y esa mirada de quien está tramando algo de lo que yo saldría beneficiada.

Desde la ecografía, me he pasado el tiempo inventando mil y una excusas para no vernos. Me gustaba, quería construir una relación que fuera más allá de Isabel, pero la presión de las redes sociales y los mensajes de mi hermana me estaban desestabilizando. Sabía que necesitaba ayuda; el contacto de Juliana, mi amiga psicóloga, podría ayudarme mejor que los consejos de Samuel, pero me daba vergüenza. No quería que la gente viera ese lado inseguro y destructivo mío; necesitaba lidiar con mis miedos a solas.

Los adolescentes empezaron a cuchichear y las chicas a reírse cuando Reid levantó una ceja, esperando a que yo dijera algo. Tal como prometió en nuestro último encuentro, él pasaría a la acción y sus actos hablarían por sí mismos.

Con toda seguridad, el CEO era el responsable del evento del recreo. La directora no le habría permitido entrar en el aula sin una contraprestación excepcional.

Respiré hondo un par de veces y sonreí, volviendo a la pizarra para continuar con la clase.

—Muy bien, alumno nuevo. ¿Alguien más?

Todos se rieron; se habían vuelto aliados del intruso.

Continué con la clase, a pesar de que el corazón me iba a mil por hora. He trabajado bajo presión muchas veces, con miradas

críticas clavadas en mí cuando solo era una universitaria; hablar delante de Reid no era tan complicado.

—¿Alguien tiene alguna duda?

Por supuesto, Reid levantó la mano y alborotó a los alumnos entre risas y murmullos.

—¿Hay que copiarlo, profesora?

Esta vez hasta yo me reí y puse los ojos en blanco. La típica broma entre alumno y profesora con respuesta obvia.

—Si quieres aprender y aprobar el curso, te lo recomiendo. ¿Ha traído material el alumno nuevo?

—¿Quiere decir que esto va a entrar en el examen?

Más carcajadas. Un alumno le pasó una hoja de papel y un bolígrafo a Reid, que los aceptó de mil amores haciendo todo un espectáculo.

—Todo entra en el examen. —Miré alrededor y seguí con el temario, evitando las preguntas para no distraer aún más a la clase.

Sonó el timbre, mis adolescentes salieron corriendo al recreo y yo no tuve ninguna prisa por borrar la pizarra. Cuando terminé, solo quedábamos Reid y yo en el aula; él sostenía el papel cuadriculado doblado en la mano.

—Para usted, profesora.

Fue imposible no sonreír como una tonta enamorada al ver un corazón gigante dibujado y, dentro, el nombre de Reid y el mío. Más abajo había uno pequeñito con el nombre de Isabel, nuestra hija.

Miré a mi alrededor, me incliné y le di un pico. Pero Reid no me dejó apartarme; me rodeó la cintura y profundizó el beso, demostrándome que mis excusas para no verlo en persona le habían hecho echarme de menos.

Empezó a sonar música alta; separé mi cara de la suya y le pedí perdón con la mirada.

—Hoy empieza la colaboración del "Predadores Moto Club" con el instituto. Los moteros más jóvenes, que tienen una banda, han venido a animarlos con un pequeño concierto.

—Tú has hecho esto. —Le puse las manos en los hombros, en una de ellas todavía sostenía el papel—. Gracias, Reid. No sé cómo no te has cansado todavía de mí.

—Hay sentimientos que no tienen explicación. —Me dio un pico, se apoyó en un pupitre y se cruzó de brazos, sonriendo con picardía.

—¿Qué te ha parecido la clase?

—Frustrante.

—¿Por qué? ¿He dicho algo con lo que no estés de acuerdo?

—Lo has hecho todo perfecto.

—Entonces, ¿qué ha pasado?

—He tenido que dejar de prestar atención para no quedar fatal. Verte hablar así en clase me ha puesto a mil.

—¿En serio? —Sentí que me ardía la cara. Guardé todo en el bolso y me puse frente a él—. ¿Te van las líderes y las conferenciantes?

—Solo tú. —Me agarró del culo con una mano y apretó—. ¿Nos vamos a casa?

—No, todavía me quedan tres horas después del recreo.

—Te estaré esperando a la salida.

—¿No tienes trabajo que hacer?

—Sí, estoy teletrabajando.

—¿Por qué?

—Porque soy el dueño y hago lo que me da la gana. Además, me moría de ganas de verte. —Me besó de nuevo, pero era

una forma de esquivar la respuesta; había algo más y yo quería saberlo.

—Reid.

—No es nada por lo que debas preocuparte.

—Entonces cuéntamelo.

—La prensa está encima del Grupo Moretti; mi equipo de comunicación se encargará de ello.

—¿Qué ha pasado ahora? —Saqué el móvil del bolso; me había mantenido al margen de las redes sociales y las noticias, incluso estaba ignorando los mensajes de Vanessa en lugar de leerlos. Mi madre, por increíble que parezca, no se había puesto en contacto conmigo. Reid me sujetó la muñeca—. ¿Es muy grave?

—Solo titulares amarillistas. Mis abogados están encantados de meter baza, van a ganar mucho dinero con esto.

— O sea, es peor de lo esperado. —Intenté coger el móvil, pero Reid no me dejó. Entonces lo entendí: Reid estaba allí para protegerme porque sabía que la noticia llegaría hasta el instituto. Hasta mí. —Estás haciendo todo esto para distraer a los medios.

—Tu trabajo es importante, así que tuve que encontrar la manera de hacerlo viable.

—¡Eliane! —Samuel apareció en la puerta de clase, jadeando, señal de que había llegado corriendo. Al ver a Reid, abrió los ojos de par en par—. La directora te está buscando como una loca. No me ha dicho qué pasa, solo que tiene que hablar contigo urgente.

—Dile que ha tenido una emergencia y se ha ido a casa. —Reid me sujetó por los hombros y suspiró—. No tienes que hablar con nadie sobre nosotros, Eliane. Ya me estoy encargando yo, confía en mí.

—¿Ya se ha filtrado? —Samuel puso una mueca y sacó el móvil.

—¿El qué?

—Han conseguido la grabación del salón de bodas; salgo yo yendo detrás de ti. El resto no hace falta que lo diga. —Reid tenía los hombros tensos y la mirada preocupada.

¿Qué esperaba yo? Era demasiado bonito para ser verdad; en mi vida, ninguna felicidad duraba tanto tiempo. Ahora, no solo mi familia sabía que estaba con Reid Moretti, sino el mundo entero. Mis alumnos no necesitaban explicaciones, pero sus padres no me conocían y yo no contaría con el beneficio de la duda.

Cerré los ojos, apoyé la cabeza en el pecho de Reid y dejé que me consolara. Nuestra burbuja había estallado; mi embarazo ya no era un momento sagrado de mi vida, sino el motivo por el cual el novio había dicho "no" en el altar.

Ya no había marcha atrás. O me aliaba en cuerpo y alma con Reid, o lucharía batallas para las que no tenía fuerza física, mental ni emocional.

—De acuerdo. —Miré a mi amigo y fui a darle un abrazo, con la sensación de que al día siguiente no volvería a ese instituto. Por mucho que amara mi trabajo, en aquel momento no tenía fuerzas para defenderme—. En cuanto pueda, te llamo.

—Cuida de ella. —Samuel me acarició el pelo y dio un paso atrás—. Le diré a la directora que has tenido una indisposición y que te has ido a casa a toda prisa. ¿Te parece?

—Sí.

—Perfecto. —Reid tendió la mano para saludar a mi amigo—. Gracias. Un placer conocerte, soy el padre de su hija.

—Y yo soy el padrino.

Mi amigo salió corriendo dando por zanjada la conversación y dejó que la música alta guiara mis emociones. Miré a Reid; él se mantuvo a mi lado, respetó mi tiempo y me guio por el instituto hacia la zona que estaba en obras, buscando una salida que ni siquiera yo conocía, lejos de la mirada de todos.

El patito feo, rechazado e ignorado por su familia, se había convertido en el centro de atención de todo un país.

Rising at Fall – Into The Dark

Eliane



Capítulo 23
Eliane

Me quedé mirando por la ventana, con la sensación de que los cambios en mi vida no habían hecho más que empezar. La mano de Reid sujetaba la mía con cariño y apoyo. Aquel hombre estaba haciendo más por mí en unas pocas semanas que toda mi familia en toda mi vida. Era extraño, me producía cierto malestar y, si me dejara llevar por mis instintos, me alejaría; pero me obligaba a pensar con cabeza, me forzaba a escuchar lo que sentía por él.

Ya lo amaba muchísimo, de una forma que no era capaz de expresar por miedo a perderlo. Me toqué la tripa y sentí la firmeza del vientre; me sentía igual con esa vida que se estaba gestando. Proteger a Isabel era más que necesario y, para conseguirlo, tendría que renunciar a cosas que creía que eran mi razón de vivir.

—Hay mucho movimiento por el barrio —comentó Elias, que conducía más despacio de lo habitual—. No es seguro, señor Moretti.

—Me lo imaginaba. —Reid suspiró y me acarició la mano para llamar mi atención. Cuando le miré, se notaba que estaba midiendo sus palabras—. Durante unos días será imposible frenar a los periodistas y lo que se comparta por internet. Mi equipo de comunicación ya tiene el plan en marcha; voy a anunciar colaboraciones y patrocinios para silenciar lo que se dice sobre la boda.

—¿Eso es un problema?

—Solo es un cambio de planes; hemos tenido que adelantar muchas reuniones y acuerdos. —Me analizó minuciosamente—. El Grupo Moretti tiene un legado de esfuerzo, trabajo y crecimiento en el mercado. Todo lo que hizo mi padre y a lo que yo he dado continuidad habrá valido la pena para poder lidiar con este detalle.

—La gente nunca lo olvidará.

—Algunos no. Pero la mayoría preferirá buscar novedades antes que una noticia vieja. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Te preocupa tu trabajo? ¿O tu hermana?

—Un poco todo. Pero... —Bajé la mirada, con la mano todavía en la tripa—. Isabel es la prioridad.

—Tú también lo eres.

—Quería decirte algo, por favor, no te ofendas, solo... escúchame. —Me giré en el asiento para quedar frente a él. Me miraba con tanta atención que me habría gustado no tener tantos bloqueos a la hora de recibir su afecto—. Todo esto que estás haciendo, la ayuda, el cariño, la paciencia... es mucho. Me siento como tu rehén porque nunca podré devolvértelo de la misma forma. Necesito mi libertad y mi autonomía, Reid. Al mismo tiempo, mi cabeza echa cuentas y me demuestra que esto es lo correcto, porque no has tenido ni un solo gesto de querer amoldarme a tu voluntad.

—Al contrario, me quedaría como alumno tuyo el tiempo que hiciese falta con tal de que pudieras seguir dando clase segura. —Frunció el ceño, preocupado—. Yo no soy así, Eliane. Nunca he quitado tiempo de mi trabajo para cuidar de nadie, ni de mis padres ni de mi hermano. Pero quiero estar a tu lado.

—Así de simple.

—Así de complejo. —Me besó los labios, tocó mi tripa y apoyó su frente contra la mía, suspirando—. El día que le cuente a Isabel cómo nos conocimos, quiero ver en sus ojos que su padre hizo todo lo posible por arreglar la situación, por protegeros a las dos.

—Yo nunca he tenido eso. —Le acaricié la cara y él cerró los ojos.

—Yo tampoco. —Se refería a otra cosa, pero no importaba; demostraba que estábamos en la misma onda, que esto nuevo que estábamos viviendo era importante para cada uno a su manera. Le di un pico, él profundizó el beso, pero se detuvo cuando el coche frenó en seco.

—Voy a dar una vuelta; va a ser imposible bajar en el edificio de la señorita Eliane.

Había un montón de gente, cámaras y móviles en el portal, esperando a que apareciera alguna celebridad.

—¿Mis padres están en la casa de campo? —preguntó Reid mirando hacia delante. Elias asintió.

—Es un buen sitio. Puedo desplegar a algunos de mis hombres por la zona, por tierra y aire, para asegurar el perímetro y mantener nuestra privacidad.

—¿En qué estás pensando, Reid? —pregunté sin entender nada.

—Vamos a pasar unos días, como mucho una semana, lejos de todo esto. Así daremos tiempo a que mis empleados trabajen y nosotros dos podremos disfrutar de un tiempo juntos.

—Mis alumnos saldrán perdiendo con mi ausencia.

—No va a poder ni salir de casa, profesora. —Elias señaló hacia un lado; estábamos a una manzana de mi edificio—. Todo esto es por usted: quieren la exclusiva, ser los primeros en soltar la bomba.

—Mis padres tienen una casa en el campo que muy poca gente conoce. Pasan más tiempo allí que en su residencia oficial; nadie nos encontrará. —Reid me acarició el brazo y sonrió—. O podemos viajar, tengo un jet privado. ¿Qué ciudad te apetece conocer?

—Está bien. Pero tengo que hablar con la directora.

—Elias se encargará de eso, no te preocupes. —Reid me atrajo hacia él en un abrazo lateral—. Haz la maleta, apaga el móvil y disfruta. La verdad es que me hacían falta unas vacaciones.

—Para mí, las vacaciones significan otra cosa.

—Me han dicho que vas al CAJA casi todos los días cuando estás de vacaciones. Te tienen mucho cariño allí.

—Fue mi refugio cuando me fui de casa; desde entonces, siento que tengo que devolverles el favor. Aunque no tenga mucha intimidad con ellos, el doctor Rael y su familia tienen un hueco en mi corazón. Les di clases particulares a sus hijas.

—Eres maravillosa en el aula.

Le di un codazo en la barriga porque sabía perfectamente por dónde iban sus pensamientos. Él se rio y yo también.

—¿No vas a volver a casa? —le pregunté a Elias al darme cuenta de que nos alejábamos de mi edificio.

—Esperando a que baje el flujo de curiosos, profesora.

—Voy a pedirle a la vecina que avise al portero para que abra el portón del garaje. Será rápido, hago la maleta y bajo enseguida.

—Perfecto por mi parte.

Miré a Reid, sintiéndome orgullosa de haber aportado una solución después de dejarme llevar tanto rato. Tranquilo, él se limitó a observarme mientras hablaba con mi vecina, que me bombardeó a preguntas sobre si era verdad lo que decía internet: que le había robado el marido a mi hermana. Le respondí que la historia no era así y le prometí que le contaría todos los detalles a la vuelta, que ahora me iba de viaje.

Entramos en mi edificio por el garaje; el coche se vio rodeado de curiosos. Subí las escaleras hasta mi piso, hice una maleta rápida que sorprendió a Reid y compartimos algunos besos intensos antes de volver al coche.

Olvidé los motivos por los que estaba huyendo; me pareció emocionante ver cómo Elias despistaba a la gente hasta salir de la ciudad en dirección a la casa de campo de los Moretti. Cambiamos de coche en una gasolinera en la carretera y me desconecté de las preocupaciones, de los compromisos de las clases y de la vida que tenía antes de conocer al "chico del whisky".

Shadow Beloved – Better With Me

Nos quedamos en silencio, escuchando la lista de reproducción animada del chófer; no estaba tan lejos de la ciudad, lo justo para mantenernos en una burbuja.

Entramos en un camino de tierra y luego en otro lleno de piedras hasta que aparecieron los portones de madera. La propiedad estaba rodeada por setos, pinos y otros árboles. El portón se abrió de forma automática, dimos unos cuantos botes dentro del coche y el corazón me dio un vuelco al darme cuenta de que iba a conocer a los padres de Reid.

Antes de que aparecieran los pensamientos intrusivos, me dije a mí misma: les voy a gustar.

Al final del camino apareció una casa grande de ladrillo visto, con pilares de madera y grandes ventanales. Había un jardín,

árboles frutales y un pequeño lago al fondo. La pareja estaba allí delante, de pie, esperando.

—¿Saben que venimos?

—Sí, les avisé por mensaje mientras hacías la maleta. —Reid me besó la frente—. Va a salir todo bien.

—Lo sé.

La sonrisa que me dedicó al oír mis palabras valientes me animó a seguir así. Como las primeras veces que entré en un aula, necesitaba tomar las riendas yo misma antes de que lo hicieran mis pensamientos.

Salimos del coche; la mujer se acercó a mí con los brazos abiertos y me dio un apretón. Intenté no emocionarme con su olor, con ese gesto que hacía mucho tiempo que no recibía de una mujer mayor.

—Dios ha escuchado mis plegarias: se va a casar por amor. —Se apartó un poco, me sujetó por los hombros y me miró de arriba abajo—. Mucho gusto, soy Marcélia, pero puedes llamarme Célia. Deja el "señora" o el "doña" en casa, por favor.

—Claro, Célia, mucho gusto. Soy Eliane.

—Ya se te va notando la barriguita, qué guapa. ¿De cuánto estás?

—Camino de las diecinueve semanas.

—Este es mi padre, Carlos Moretti. —Reid apareció a nuestro lado. Le tendí la mano para saludarlo; él la estrechó, pero enseguida me atrajo para un abrazo rápido con palmaditas en la espalda.

—Tiene cara de tener carácter, hijo —bromeó el hombre y todos nos reímos.

—Entonces ha elegido bien. —Célia se puso las manos en la jarra—. Vamos, entrad. Le voy a enseñar la casa a Eliane.

—¿Estás bien? —preguntó Reid, buscando en mis ojos cualquier señal de que me incomodara quedarme a solas con su

madre. Me había encantado cada minuto con Marina al poder contar mi versión de los hechos; me haría feliz hacer lo mismo con su madre.

—Sí.

—¿Crees que voy a espantar a la nuera que le pedí a Dios? —Célia me cogió de la mano, la entrelazó con su antebrazo y entramos—. Ven, cariño, te lo voy a enseñar todo.

—Gracias por el cariño, de verdad.

—No te pareces en nada a tu madre. —Entramos por el salón y luego seguimos por un pasillo—. Aunque tienes la forma de la cara y el mismo pelo, no tienes sus ojos.

—¿La conoce?

—La he visto en eventos sociales, en algunas reuniones con mujeres de empresarios. Hablé con ella un par de veces y tengo buena memoria. Nunca hablaba de ti, pero yo sabía que tenía dos hijas.

—Soy fruto de su primera relación, que no funcionó. Cuando se casó con Denis Alencar, él me adoptó. Pero yo no soy como ellos.

Entramos en un dormitorio grande, ventilado y con una terraza preciosa a pie de calle. Me quedaría allí a vivir para siempre sin pensarlo, porque la sensación de paz era incalculable.

—No, no lo eres. —Célia se paró frente a mí y me sujetó la cara. Al igual que Reid, su mirada era de preocupación y afecto—. Sé calar a la gente mejor que los hombres Moretti. No he dicho en vano que eres la nuera que le pedí a Dios.

—Espero estar a la altura de las expectativas, aunque sea una decisión que nos corresponde a Reid y a mí. —Me humedecí los labios, preparada para soltar mi discurso—. Yo no traicioné a mi hermana. Soy profesora, llevo otra vida, no tengo tiempo para ir de evento en evento como los Alencar. Me acosté con Reid sin saber quién era, antes de que existiera el acuerdo entre ellos.

—¿Te acostaste con mi hijo sin preguntarle cómo se llamaba?

—Fatal, ¿verdad? —Di un paso atrás haciendo una mueca y miré alrededor, intentando ocultar mi vergüenza—. No es propio de mí. Aunque nunca he tenido un novio formal, he tenido muy pocas parejas en la vida.

—No te voy a juzgar... si me cuentas cómo fue. —Me tiró del brazo para que nos sentáramos en la cama. Abrí los ojos de par en par; jamás le contaría detalles íntimos a mi suegra—. La parte del sexo os la podéis guardar para vosotros. Quiero saber la conversación, lo que sentiste. ¿Reid estaba triste o feliz aquel día?

Ah, entonces lo entendí todo. Marcélia quería saber más sobre su hijo, ya que no había estado tan presente en su vida últimamente. Sonreí con entusiasmo y le conté todo: desde la empleada que hizo enfadar a mi madre hasta que salí con el delantal puesto mezclada con el servicio, y después lo de mi vestido rasgado. Tal como prometió, no me juzgó; reaccionaba como si fuera una amiga escuchando a otra hablar de su primer amor.

—¡Mi Navidad va a ser perfecta este año! —soltó Célia en mitad de mi monólogo, justo en la parte en la que yo salía de la habitación solo con el albornoz porque Reid quería pagar por el rato que habíamos pasado.

Me quedé callada porque no recordaba la última Navidad que había pasado en familia. Bajé la cabeza y lloré: de alegría y de dolor, de esperanza y de miedo, mientras recibía el cariño de la abuela de mi hija.

Sintiendo que nunca más volvería a estar sola.



Capítulo 24
Reid Moretti

Me desperté antes de que saliera el sol. Apoyé la cabeza en la mano y me quedé observando a Eliane, que dormía de lado, de espaldas a mí, con una mano bajo la almohada y la otra entre las piernas. Le acaricié el pelo con sumo cuidado para no despertarla; el día anterior había sido ajetreado y necesitaba descansar.

Sonreí al recordar la euforia de mi madre y los planes que ya hacía para Navidad, a pesar de que todavía faltaban muchos meses. Así era Marcélia Moretti: cariñosa al extremo, ponía el corazón por delante de los negocios y era tan intuitiva que era capaz de adivinar quiénes nos decepcionarían en el futuro. Con ella aprendí cómo tratar a una mujer y a reconocer la fuerza que se esconde tras la fragilidad.

Jamás habría encontrado a una esposa, a alguien a quien amar, en los lugares que solía frecuentar o entre la gente con la que me juntaba. Menos mal que Eliane se cruzó en mi camino antes de los cuarenta y que me iba a convertir en padre en el momento justo.

Mi móvil vibró en la mesita de noche. Me estiré hacia el lado opuesto de Eliane; era una llamada perdida. Había bloqueado todas las llamadas de voz; nadie iba a molestarnos, para eso había contratado a los mejores: para blindar a mi familia.

Toqué la pantalla y puse una mueca al ver que era Denis Alencar. Abrí la aplicación de mensajería; había un texto, quería verme con urgencia. Por mucho que no estuviera obligado a hablar con él, ya que la rescisión del contrato matrimonial se había ejecutado debidamente, yo no huía de mis responsabilidades. A pesar de todo, era parte de la familia de Eliane.

—¿Reid? —me llamó ella. Solté el móvil y la atraje hacia mis brazos. —Buenos días. ¿Qué hora es?

—Demasiado temprano para abrir los ojos. —Aspiré su aroma mientras ella se removía y suspiraba. Le acaricié la tripa; se había quedado dormida con una de mis camisetas—. Vuelve a dormir.

—Lo haré —bostezó—, si te quedas conmigo, chico del whisky.

—Claro, profesora.

La puse de espaldas contra mi cuerpo y nos quedamos hechos una cucharita. En cuanto su respiración recuperó un ritmo constante, salí de la cama y me vestí rápido. Me quedé mirando la ropa de Eliane colgada junto a la mía; se había resistido a deshacer la maleta, pero la convencí para que se sintiera en casa y no de paso.

Respondí a Alencar, llamé a mi seguridad y me guardé el móvil en el bolsillo. Dejé una nota escrita a mano en su mesita de noche para que Eliane no se sintiera sola al despertar. Salí del cuarto

y me topé de frente con mi madre, ya vestida para el día y con cara de haber dormido de maravilla. Me sonrió, murmuró un saludo y se dirigió a la cocina.

—Ven a tomar un café antes de irte —ordenó doña Marcélia.

La seguí, apoyé el hombro en la pared con los brazos cruzados y la observé trajinando en la cocina.

—Voy a la ciudad y vuelvo enseguida, será rápido —le informé, rindiendo cuentas.

—¿Qué hay más importante que tu mujer embarazada, hijo mío?

—Nada. —Me despegué de la pared, metí las manos en los bolsillos del pantalón de vestir y me acerqué—. Alencar quiere hablar conmigo en persona.

—Manda a los abogados.

—Eso ya está hecho. Ahora es una conversación de hombre a hombre.

—No tienes que demostrarle nada a nadie. Ni siquiera es el padre de Eliane.

—Pero lo es de Vanessa. Y aunque la boda fuera solo un contrato comercial, él quiere defender su honor. Es justo que sepa la verdad por mi boca.

—Es un detalle por tu parte, hijo. Pero te lo repito: él no es el padre de Eliane. No pierdas el tiempo con eso.

—Cuanto antes hable con él, mejor. —Oí el ruido de un coche, le besé la frente a mi madre y puse una mueca; tenía esa mirada de quien sabe lo que va a pasar mientras yo me empeño en remar contracorriente—. Es solo una charla.

—Mantén a tu seguridad cerca. —Señaló la cafetera—. ¿No vas a esperar al café?

—Me lo tomo a la vuelta.

Salí de la casa, me senté en el asiento del copiloto del coche que conducía Elias y dejé que se notara mi tensión. Él se limitó a saludarme y condujo en silencio; mientras salía el sol, las palabras de mi madre me daban vueltas en la cabeza.

—Será extraño que entres conmigo en la reunión con Denis Alencar. ¿Cómo vas a hacer para quedarte cerca?

—¿Sospecha que pueda intentar algo? ¿Una agresión física o un arma?

—No lo sé, son cosas de mi madre.

—Cuando doña Marcélia habla...

—Exactamente.

Él suspiró y yo me reí por el respeto que ambos compartíamos hacia ella; mi madre tenía ese poder sobre la gente.

—Entraré contigo con la excusa de ir al baño. Desde allí, te tendré vigilado y entraré en acción si pasa algo.

—Gracias.

El lugar acordado para la reunión era la sede de su empresa. Entramos en el aparcamiento subterráneo y subimos a la planta baja; no había mucha gente trabajando todavía por ser antes del horario comercial. Uno de los guardias de seguridad me reconoció: tenía órdenes de acompañarme de cerca hasta el despacho de Denis Alencar.

Elias se fue hacia el baño y yo seguí en otra dirección, sin dejarme intimidar por estar en territorio hostil. Me mantuve serio mientras esperaba a que la seguridad me anunciara; entré en el despacho meticulosamente decorado del hombre que debería haber sido mi socio y lo observé acercarse como un depredador.

—Supongo que entenderás que no me hace ninguna gracia tener esta reunión —empezó él, arrogante.

—Desde luego, la hora es malísima, pero he tenido en cuenta su urgencia.

—¿La mía? —Bufó y se cruzó de brazos—. El que está siendo humillado por los medios no soy yo. Sé que estás desesperado, Moretti. Eres muy joven para lidiar con tanta presión.

—¿Usted cree? —Metí las manos en los bolsillos para ocultar mis puños cerrados por la rabia. Noté que esperaba que yo dijera algo más, pero me mantuve en silencio, fingiendo desinterés.

—Vas a hundir la empresa que levantó tu padre por culpa de una... —No terminó la frase; puso cara de asco e intenté no caer en su trampa. Como no lograba afectarme ofendiéndome a mí, lo intentaría con Eliane.

—Mire, de mi empresa y de mi familia ya me encargo yo. ¿Era solo eso lo que quería decirme?

—Aún podemos hacer negocios. —Inclinó la cabeza, mudando el gesto hacia algo más perverso—. Piénsalo bien: las noticias no van a dejar de salir. En algún momento, la imagen de empresario de éxito se desvanecerá y, en su lugar, quedará la de la amante que le robó el novio a su hermana. Yo puedo darle la vuelta a la situación, poner de mi parte para reparar las grietas de tu reputación; al fin y al cabo, ella también es mi hija. Y está embarazada, todos seremos familia.

—Que yo sepa, ella no es su hija biológica. —Controlé mi rabia y las ganas de soltar todo lo que sentía para proteger a Eliane. Aunque ella no me hubiera contado toda su historia, sabía que aquel hombre no le traía nada bueno; nunca lo hizo.

—Pero lleva mi apellido, y es tan ambiciosa como su hermana Vanessa. ¿O de verdad crees que se quedó embarazada por accidente?

—¿Quiere que me crea que me sedujo a propósito?

—Siempre fue mi plan B; se manchaba las manos cuando mi mujer y mi hija de verdad no tenían valor para hacerlo.

Por un segundo, llegué a plantearme si aquella falacia era cierta. Por un miserable instante, acepté la idea de que Eliane había

actuado con disimulo y que todo lo que habíamos vivido era una gran mentira orquestada por Denis Alencar.

Pero de la misma forma que esa idea entró, salió; porque la mujer que yo conocía, a la que mi madre había recibido con los brazos abiertos, era todo menos lo que aquel hombre veía en ella.

Di un paso hacia delante, acercándome a ese hombre mayor de postura arrogante que exhalaba poder intentando intimidarme. No tenía miedo a una agresión física, y mucho menos a escuchar más sandeces.

—¿Qué le hizo usted a Eliane? —Soné tan calmado que hasta yo mismo me sorprendí.

—¿No lo sabes? —Su sonrisa se ensanchó—. Desde jovencita le gustaba ayudarme con los negocios, visitando a clientes.

Ni siquiera quería saber qué significaba aquello; la rabia me desbordó, se me formó un nudo en la garganta y entré en modo reactivo. Lancé el brazo con fuerza, le encajé un puñetazo en toda la cara y solté un grito de pura ira.

Denis se tambaleó hacia atrás, riendo; retrocedió hasta su escritorio y abrió un cajón. Di un paso para ir tras él y seguir con la agresión, pero él sacó un arma y me apuntó.

—No sabes negociar, Moretti. Eres joven y estás encandilado con una cualquiera a la que le gusta fornicar.

—¡Cierra la boca! —Di un paso atrás, luego otro. Rece para que Elias apareciera; aquel era su momento para intervenir, joder—. No tenemos nada más de qué hablar, Alencar.

—Sí, lo tenemos. Vas a firmar un nuevo acuerdo, porque estás usando algo que es mío. —Con la pistola apuntándome, usó la otra mano para arrastrar unos papeles sobre la mesa hacia mí—. Si rechazas este trato, no será la noticia de la hermana amante y roba novios la que circulará por internet.

—Desgraciado. —Di otro paso atrás.

—¿A dónde te crees que vas? Firma, Moretti. No es una petición. —Golpeó el papel con el dedo, con firmeza.

Mi corazón iba a mil por hora, a punto de salírsele por la boca. La puerta del despacho se abrió de par en par de un golpe y me encogí cuando un estallido resonó por todo el lugar. Elias apareció a mi lado, me tiró hacia abajo y me arrastró hacia la puerta.

—¡Te voy a destruir, Moretti! —amenazó Denis Alencar, alto y claro.

—¿Te ha dado? —le pregunté a Elias mientras salíamos corriendo de allí y bajábamos las escaleras. Mi seguridad empuñaba su arma con una mano; la otra la tenía sobre mi hombro para guiarme.

—Ha disparado por el susto al abrir yo la puerta. Pésima puntería. —Levantó la mano cuando la puerta de las escaleras se abrió y varios guardias nos rodearon—. Nos largamos, ¡atrás!

—Tenemos órdenes... —el guardia que me había acompañado intentó acercarse, pero Elias me empujó hacia un lado y me protegió.

—Llama a la policía. Estaré encantado de ser testigo de cómo tu jefe coacciona al mío.

Todos se apartaron para que siguiéramos bajando hacia el aparcamiento subterráneo. Nos metimos en el coche, Elias aceleró a fondo y realizó varias maniobras arriscadas para salir de la avenida y alejarnos lo máximo posible de aquella empresa.

—¡Puta madre! —Me froté la cara con las manos y solté el aire con fuerza—. ¡Qué mierda! Ese hombre es un monstruo.

—No me cabe duda. He avisado a algunos contactos para que vigilen el lugar, solo por precaución. —El chófer relajó los hombros—. ¿Quieres pasar por algún sitio antes o vamos directos a la casa de campo?

—A la casa de campo. Necesito ver a mi mujer, estar seguro de que ella está bien.

Eliane



Capítulo 25
Eliane

Me di la vuelta en la cama al sentir el olor a bizcocho de zanahoria recién sacado del horno y a café. Abrí los ojos y vi a Reid sentado a los pies de la cama, con pantalón de vestir y camisa de manga larga. Detrás de él había una mesa con el desayuno, que estaba segura de que estaba más cerca de la hora de comer de lo que debería.

—He dormido demasiado —dije desperezándome—. ¿Has salido?

—Sí. —Parecía demasiado sombrío.

Me arrastré por la cama hasta llegar a su regazo, apoyé la cabeza en su muslo y cerré los ojos, mimosa. No sabía que necesitaba un día sin pensar en nada hasta que lo probé. Su mano

acarició mi pelo y casi me quedo dormida de nuevo, si no fuera por la energía tensa que desprendía.

—¿Va todo bien? —Abrí los ojos y me senté frente a él.

—He tenido un encuentro desagradable con Denis Alencar. —Por la amargura de su tono, el corazón me dio un vuelco al pensar en lo que podrían haberse dicho el uno al otro—. No es un buen hombre.

—Que me lo digan a mí —puse los ojos en blanco—. Si pudiera quitar su apellido de mis documentos, lo haría.

—Es posible, yo haré que pase.

—¿En serio? —Me emocioné por un segundo, pero se me pasó rápido porque Reid seguía demasiado tenso—. No es una prioridad para mí, es solo un nombre. ¿Qué ha pasado? Pareces molesto.

—Sí. Ha dicho algo que me ha perturbado y no quería incomodarte con ello. Si no quieres hablar, no hay necesidad.

—¿Te ha contado algo sobre mí? —Sería la primera vez que se lo contaría a alguien después de tanto tiempo—. ¿Sobre la paliza que me dio? ¿Que usó una toalla mojada para castigarme porque Vanessa casi se ahoga en la piscina y se suponía que yo debía cuidarla?

—¿Que hizo qué? —Reid se quedó helado, impresionado por la información. Por lo visto, mi padrastro no le había contado la historia completa—. ¿Cuántos años tenías?

—Creo que diez u once; mi hermana era pequeña, ¿unos tres? No recuerdo bien lo que pasó, solo el castigo. Y las crisis de llanto, el miedo que le tenía, que obligó a mis padres a llevarme al médico. —Me encogí de hombros, porque aquel tema ya lo había trabajado en terapia mucho tiempo atrás—. Mi psicóloga me ayudó a lidiar con la culpa, a ser más independiente, a fingir obediencia ante sus ojos pero a hacer lo que yo quería a escondidas. Cuando cumplí

los dieciocho, me animó a alejarme de todos ellos y lo conseguí un tiempo después.

—¿Y tu madre por qué no se separó de él?

—¿Amor? ¿Interés? Es agua pasada, Reid, de verdad. —Cogí su mano, la puse sobre mi tripa y puse la mía encima. Sonreí, intentando quitarle tensión al asunto, pero él seguía molesto—. Isabel tendrá una madre diferente a la que yo tuve. Y su abuela paterna vale por dos, ¿no crees?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué hacerle caso a Denis? Ya no tiene poder sobre mi vida, nunca volverá a tocarme.

—No lo voy a permitir. —Reid me atrajo hacia él en un abrazo fuerte y suspiró—. Si por mí fuera, encontraría la forma de meterlo en la cárcel. ¡Desgraciado!

—Sobreviví. Todo está bien. Todo el mundo tiene una historia triste que contar; por suerte, yo superé la mía. —Le acaricié la espalda a Reid, que seguía tenso—. Sé que a veces mi autoestima está por los suelos, pero estoy aprendiendo. Tu hija tendrá una madre fuerte.

—Nunca lo he dudado. —Reid me besó los labios una, dos veces—. ¡Mentiroso, cobarde! Es él quien está alimentando internet con noticias amarillistas, humillando a su propia hija para atacarnos a nosotros. No te pondrá un dedo encima.

—Ni siquiera debería sorprenderme. —Salí de la cama y me estiré, levantando un poco la camiseta que llevaba puesta—. Me preocupa Vanessa, pero no se puede abarcar todo. —Me puse frente a Reid y me rodeé a mí misma con los brazos, un ejercicio que mi amiga Juliana me enseñó para entender que no es posible hacerlo todo ni ayudar a todo el mundo—. ¿Ves? A veces, ni a mí misma.

—Por eso estoy aquí. —Reid abrió las piernas y me atrajo para que me colocara entre ellas, rodeando mi cintura y apoyando la

cabeza en mi pecho—. Basta de hablar de los demás. —Se inclinó y me besó la tripa—. ¿De verdad has dormido bien?

—Sí. Pero ahora tengo hambre. —Apoyé una rodilla a cada lado de su cuerpo y lo miré con segundas intenciones. Su sonrisa se ensanchó y sus manos se deslizaron hasta mis glúteos para apretarlos—. Quiero el desayuno en la cama.

—No estás hablando de comida.

—Otros labios reclaman atención. —Entreabrí la boca y me contoneé en su regazo; él necesitaba liberar tensión y yo no pasaba ni un segundo sin pensar en sexo con Reid—. ¿Está la puerta cerrada con llave?

—Nadie entrará sin llamar.

Le desabroché el pantalón mientras sus manos buscaban mis pechos bajo la camiseta. Los masajeó ambos mientras yo lo acariciaba, arriba y abajo.

Busqué su boca, elevé la cadera, aparté la braga y nos conectamos: profundo, lento. Me monté sobre él sin prisa, haciéndole promesas y buscando el alivio que ambos necesitábamos aquel día.

Se levantó conmigo en brazos, nos giró hacia la cama y se colocó encima, moviendo las piernas lo justo para deshacerse del pantalón. Me quité la camiseta, él se libró de la camisa de vestir y nuestras pieles se fundieron, calientes, sensibles al tacto. No dejó caer todo su peso sobre mí; su cuidado con mi tripa era admirable.

En medio de la cama, me sentí amada, sin prisas, mientras su corazón tomaba posesión del mío. Cada beso, cada gemido, era la respuesta que necesitábamos para que nuestra sintonía siguiera siendo la misma.

Le empujé el pecho, él entendió lo que quería y cambiamos de posición. Me puse de pie sobre la cama, me quité la braga con sensualidad y volví a su regazo; su miembro me llenó, cálido, húmedo.

—Tómalo todo de mí. —Me incitó a seguir mis instintos.

En mi mente, le hacía juras de amor. Forcé las palabras para que salieran de mi boca, pero se quedaron atrapadas mientras mi cuerpo las traducía en movimientos, en sensaciones que nos conducirían al clímax.

Su mano acarició mi costado, encontró la unión de mis piernas, presionó mi punto sensible y me llevó hasta lo más alto. Gemí fuerte y luego me tapé la boca; no podía exhibirme de aquella manera. Él pulsó dentro de mí, movió las caderas y me recostó sobre él cuando las ondas de placer empezaron a disiparse.

—¿Hijo? ¿Está todo bien? —Célia llamó a la puerta y yo empecé a reír, avergonzada de que me hubiera oído.

—Sí, mamá. ¡No entres! —respondió Reid, firme.

—Me he emocionado, lo siento —murmuré relajada en sus brazos.

—No pasa nada. En nuestra casa no tendrás que contenerte.

—¿Nuestra? —Levanté la cabeza para mirarlo; estaba demasiado tranquilo—. ¿Hemos comprado una casa y no me he enterado?

—La compraremos. Isabel tendrá su propia habitación, como los demás.

—¿Quiénes?

—Un hermano o dos. —Se mordió el labio para ocultar la sonrisa y el corazón me dio un vuelco—. ¿Es muy pronto para hablar del tema?

—Dos es un buen número —comenté con suavidad.

—Eso es lo que dicen mis padres. Y mi hermano también. —Me guiñó un ojo y me empujó bajo su cuerpo, quedando encima—. ¿Es muy pronto para decir que te admiro de puta madre?

—Tal vez sea yo la que se esté precipitando al decir que te amo.

En vez de seguir hablando, lo atraje para darle un beso y retomamos donde lo habíamos dejado, todavía excitados, con el deseo desbordándose por nuestros poros. Si pudiera despertarme así todos los días, no habría nada más que desear aparte de un buen parto.

Eliane



Capítulo 26
Eliane

Aproveché que me quedé sola para caminar por el jardín y tener un poco de privacidad. Por mucho que estuviera en una luna de miel con Reid, no pude mantenerme ajena al mundo e hice algunas búsquedas en internet, además de cotillear las redes sociales de mi hermana.

No sabría explicar mi reacción ante tanto absurdo. Debería estar llorando y dudando de mí misma, pero se decían tantas cosas que no tenían nada que ver con la realidad, opuestas a mi esencia, que simplemente desconecté. No hablaban de mí, sino de otra persona, y usaban mi imagen y mi nombre como referencia.

Llegué a reírme de un artículo: "Se hace la santa y le roba el novio a su hermana". Parecía el cebo de un programa de televisión. Como predije, hablar de la mujer tuvo más peso que el desplante del

hombre en el altar. Ya nadie se acordaba de que Reid había dicho "no", solo de la hermana lagarta.

Me senté en la silla de jardín, me puse los auriculares bluetooth e hice la videollamada que llevaba posponiendo los últimos días. Pensé tanto en mi amiga Juliana que no la llamé, pero ella me envió un mensaje y me instó a que habláramos.

—Hola. —Saludé a la pantalla; ella tenía un fondo colorido detrás—. ¿Estás ocupada?

—Para nada. —Giró la cara hacia un lado, dijo algo en inglés y me pareció increíble—. Perdona, dime.

—¿Tus hijos? ¿Cómo están?

—Bien. Están haciendo los deberes y yo intento no meterme, tal como me enseñó mi amiga profesora.

—Esa amiga es increíble —bromeé, sabiendo que hablaba de mí.

—Lo es. Venga, deja de darme largas y cuéntamelo todo.

—¿Qué has leído en internet?

—¿Acaso me importa lo que digan los demás?

—Maravillosa. —Le lancé un beso al aire y ella sonrió—. Te lo pregunto porque Reid ha hecho hoy un comunicado. Ese sí que vale la pena escucharlo.

—¡SÍ! —Juliana soltó un gritito emocionada y luego pidió perdón a sus hijos—. ¿Quién va a discutir con un hombre que protege a la familia que ha elegido?

—¿Cómo no quererlo, Ju? Precisamente yo, que siempre pensé que estaría sola, independiente, dedicada al instituto y a mis alumnos.

—Me encanta cuando el universo demuestra que nuestras elecciones, movidas por los traumas, necesitan ser resignificadas. —Me dedicó una sonrisa acogedora—. Sé que ya lo sabes, pero te lo voy a decir igual: tienes que volver a terapia, Eli. Todo esto que

estás pasando es demasiada carga para lidiar a solas con tus pensamientos.

—Ni me lo digas. Hay días en los que ellos ganan y me obligo a dormir.

—¿Alguna crisis?

—Todas controladas. —Respiré hondo; Juliana conocía todas mis fragilidades y me había ayudado en muchos momentos, incluso a la distancia—. Tú podrías tratarme.

—De ninguna de las maneras. Me gusta darte mi opinión sobre tu vida; si fuera tu psicóloga, no podría. ¡Sería frustrante, yo hago la supervisión a la inversa! —Soltó una carcajada y yo la acompañé—. ¿Cómo está el bebé?

—Muy bien. Será una niña, Isabel. —Cogí el móvil y le enseñé la tripa; ella hizo un gesto de ternura.

—¿Dónde estás?

—En la casa de campo de los padres de Reid; vacaciones obligatorias en pleno curso escolar. —Puse una mueca—. ¿Cómo consigues tú llevar eso?

—¿Llevar el qué?

—Lo de ser una "mujer florera".

—¿Y acaso lo llevo bien? Tuve que trabajar mucho en mí misma para aceptar a una niñera o para reducir las consultas. Si yo pude, tú también puedes.

—Es difícil no sentirme pequeña ante tanta grandeza y poder. Tengo que recordarme siempre que soy la madre de la hija de Reid.

—Eres la mujer que él ha elegido. ¿Has oído su discurso? Pues grábalo y pégalo en la puerta del armario. Dijo que te eligió a ti, y no fue por el embarazo ni por la facilidad de estar contigo, ya que todo esto ha provocado el caos en la vida de ambos.

—Si yo no hubiera ido a la boda de mi hermana, él no habría dicho que no en el altar.

—Pero, en algún momento, os habríais reencontrado y él te habría elegido a ti. —Empezó a reír—. El mundo da muchas vueltas, Eliane. Vanessa siempre fue la preferida de todos por delante de ti. Hoy, ya no.

—Tienes razón. Pero nos ha costado nuestro vínculo.

—Tú nunca la señalaste a ella por el hecho de que a ti te agredieran, te menospreciaran o te rechazaran todos los demás. No era ella la que te hacía de menos. No fuiste tú quien la rechazó. ¿Por qué ella no puede tener la misma cortesía contigo?

No respondí porque era obvio. Darme cuenta de que la situación era a la inversa y que había dos varas de medir hizo que mi autoconfianza se fortaleciera un poco más.

—Gracias. Siempre dices lo que necesito oír.

—No tienes ninguna deuda pendiente con ese lado de la familia, Eli. Disfruta de tu momento en paz; estar embarazada es increíble.

—Tenía miedo de bloquear a mi madre y a ella de mis contactos. Ahora estoy segura. —Trasteé con el móvil mientras Juliana me jaleaba de fondo.

Bloqueé no solo el contacto de mi madre y de Vanessa, sino también el de Denis y el de todos los que sabía que eran amigos suyos, no míos.

—Me siento tan mala... —Solté una risa rebelde—. Parece que tengo catorce años y me estoy comiendo el postre antes de la comida, a escondidas.

—Qué rico. —Ju hizo un puchero teatral—. ¿Quieres que te pase el contacto de algunas colegas que trabajen en la misma línea que yo para las sesiones?

—No se te va a olvidar, ¿eh?

—Porque te quiero. —Giró la cara y se rió—. También os quiero a todos vosotros. ¡I love you!

—¿Y tú, Juliana? ¿No echas de menos Brasil?

—¿Cómo? Cada vez que hablo de mi hermana, Cameron nos lleva de paseo allí el fin de semana o trae a mi familia aquí.

—Es durísimo tener un marido millonario.

—Prepárate, porque son protectores, exagerados y muy buenos en la cama. —Me guiñó un ojo y sacudió el móvil—. Me tengo que ir, que Apolo ha tirado el zumo al suelo.

—Un beso. Me ha encantado hablar contigo.

—A mí también.

Me quedé mirando la pantalla oscura del teléfono, sintiendo una ligereza que no experimentaba desde hacía años. La culpa aún intentaba susurrarme que estaba siendo una ingrata con mi familia biológica, pero la voz de Juliana resonaba con más fuerza; el instinto materno, ese impulso de convertirme en alguien mejor, me recordaba que me merecía el mundo.

Me levanté de la silla de jardín y un tirón en la tripa me hizo quedarme petrificada. Me toqué el vientre y empecé a reírme sola al sentir la primera patada de Isabel.

—Sí, hija, tú también te mereces el mundo. Si yo no soy capaz de dártelo, estoy segura de que tu padre o tus abuelos lo harán. Eres muy querida.

Y yo estaba aprendiendo a sentirme querida también.

Eliane



Capítulo 27
Eliane

Semanas después...

Desde fuera de la sala de profesores se podía ver la decoración con globos rosas y blancos, cintas doradas y una pila de cajas de pañales en un rincón. Algunos alumnos me acompañaban; era el recreo y me habían retenido en el aula unos minutos antes de que alguien gritara que ya podíamos pasar.

—La habéis liado buena —fingí que los reñía.

—Solo porque es usted, profe. ¡La mejor! —respondió una alumna entusiasmada, mientras los otros se burlaban de ella por haberme halagado tanto—. Ni que vosotros no pensarais lo mismo.

—Pelota —se mofó otro.

—Nada de peleas, jóvenes adultos —intervine.

Miré a cada uno de aquellos adolescentes en pleno desarrollo y sentí nostalgia. No los vería graduarse en secundaria, ya no sería la profesora homenajeada ni participaría en su fiesta de graduación.

Mi tripa ya estaba más que prominente; esta etapa del embarazo me estaba sorprendiendo por lo maravillosa que era, sin náuseas ni molestias. Quizás la culpa era de la tempestad que ya había pasado, de que mi trabajo no hubiera sido cuestionado y de que las personas que me conocían de verdad no hubieran dado voz al amarillismo de internet. Me sentía querida, y eso había transformado mi vida.

Samuel me quitó el material de los brazos y el bolso en cuanto entré en la sala de profesores. Los alumnos se quedaron en la puerta observando; no cabían todos en aquel espacio cerrado.

Recibí el saludo de todos, caricias en la tripa de quienes tenían más confianza conmigo y regalos de un valor incalculable; no solo me sentía querida yo, sino también mi hija.

—¿Aún no has cambiado de opinión? —La directora me saludó la última con un abrazo torpe—. Eres muy importante para nuestro equipo.

—De momento, no. —Sonreí; un cúmulo de emociones se reflejó en mi rostro al rechazar la petición de aquella mujer tan empeñada en cuidar de la mejor forma el colegio y a los alumnos—. Mi sustituta hará un trabajo tan bueno como el mío.

—Nadie será como tú.

A pesar de haber vuelto a las clases tras una semana de baja por el acoso de los periodistas y blogueros, había hablado con Reid sobre el futuro y sobre nuestra familia. Compartir la rutina diaria, aunque fuera en ese clima de luna de miel, demostró que éramos compatibles; estábamos alineados y todo resultaba fácil de llevar.

Aun con miedo, hice exactamente lo que me prometí a mí misma que nunca haría. Elegí terminar el bimestre con los alumnos y ceder mis clases a una sustituta, una conocida que hacía voluntariado en el CAJA. Me quedaría sin trabajar hasta el final del embarazo, pero prestaría asistencia administrativa a distancia para Carol, la mujer del doctor Rael, porque no sería capaz de quedarme de brazos cruzados.

Cuando naciera Isabel, decidiría si volvía a las aulas o experimentaba algo nuevo, diferente; incluso otra carrera estaba entre las opciones. Reid no ponía límites a mis sueños ni a mis ambiciones; viajaba conmigo, creaba metas y facilitaba las condiciones allí donde yo solo veía obstáculos. La mirada de admiración que me dedicaba mientras hablábamos sobre el trabajo y cómo conciliarlo con los cuidados de la familia reforzaba mi valentía.

Le di un buen trago a mi botella de agua. Samuel aprovechó que estaba sola para acercarse; me acarició la espalda con cariño y puso cara de pena, como si lo hubieran abandonado, y yo puse los ojos en blanco.

—Nunca te perdonaré que me hayas cambiado por el CEO.

—Fuiste tú quien rechazó el puesto de padrino —le solté, levantando una ceja con aire impositivo—. Yo también te echaré de menos.

—Después de lo que me contaste sobre tu cuñado y su familia, no era justo que yo les quitara el sitio. Refuerza el vínculo familiar, es la mejor elección.

—La tuya. Cuando más lo necesité, fueron los amigos, fuiste tú, quien estuvo a mi lado. —Me colgué de su brazo y suspiré, observando a los profesores comer los canapés, beber refresco y la pila de pañales de regalo. Los alumnos en la puerta se divertían viendo desde la barrera la interacción de los adultos; algún día ellos también llegarían a ese lugar—. No quiero que perdamos el contacto.

—Responde a mis mensajes, así de simple. Es que pasas de las redes sociales.

—No sé cómo te las apañas para estar siempre conectado siendo profesor.

—A veces miro el móvil en el baño. Deberías probarlo.

Nos reímos; iba a echar de menos aquel ambiente que había sido mi refugio durante años. A partir de ese momento, la palabra "hogar" tenía otro nombre y otro lugar.

—¿Te has mudado ya definitivamente? —Samuel cogió un canapé y me trajo otro a mí.

—Casi. Estoy dando largas porque el día que saque la última caja de allí, le entregaré las llaves a la dueña del piso.

—¿Sigues con esa historia? —mi amigo me riñó con las manos en jarras—. Está a nombre de tu madre, pero quien lo pagó todo fuiste tú.

—Ella tenía el crédito hipotecario.

—Cosas que las madres hacen por los hijos.

—No quiero nada de ella. En nuestra última conversación, dejó claro que considera que el apartamento es suyo. Bueno, voy a aprovechar las ventajas de estar con Reid Moretti y cerraré este capítulo de mi vida siendo la "malvada" que ella ve en mí, a propósito.

—Grábalo para que lo vea luego.

—¡Ni hablar!

Masticaba el canapé mientras le enseñaba la tripa a una profesora que se acercó con curiosidad por Isabel. Dejé a un lado mis asuntos personales y los conflictos familiares para ser simplemente Eliane: la profesora, la compañera dedicada, la apasionada de la conversación.

De pronto, empezó a formarse un alboroto en la puerta y los alumnos se apartaron. La directora se acercó para calmar los ánimos

y luego abrió paso a unos hombres que vestían vaqueros, camiseta negra y chaleco de un club de moteros. Entraron en la sala cargando un cuadro enorme, lleno de fotos, textos, recortes... Dios mío, era el recuerdo más bonito que había visto en mi vida.

—Tenemos una sorpresa más para usted, profesora Eliane, para demostrarle lo mucho que se la quiere en este colegio. Sin segundas intenciones. —La directora empezó a aplaudir y yo me acerqué al cuadro. Reconocí en las fotos y en los textos no solo a mis alumnos actuales, sino a algunos antiguos, a compañeros de trabajo e incluso al sobrino de Elias, mi exalumno.

Se me saltaron las lágrimas; fue imposible no emocionarme. Abracé a la directora y a esos hombres rudos que debían de haber trabajado muchísimo para montar el cuadro. Los profesores se acercaron y yo fui señalando a cada persona especial que había pasado por mi vida, inmortalizada en aquel regalo.

—Profe, ¿nos va a echar de menos? —preguntó una alumna desde la puerta, y otros corearon la pregunta, creando un clima de expectativa por mi respuesta.

—A cada uno de vosotros. —Fui hasta la puerta y no me achiqué ante el abrazo colectivo. Cerré los ojos y alcancé con los brazos a tantos como pude tocar—. Nunca dejéis de estudiar, no desistáis de vuestros sueños ni de ir tras lo que os merecéis.

Sonó el timbre; los alumnos querían quedarse en la fiesta, pero la directora y otros profesores ayudaron a dispersar al grupo. Ayudé a Samuel y a los chicos del club de moteros a recoger las cosas de la fiesta; mi sustituta empezaría las clases ese mismo día. Yo ya había hecho mi última aparición en el aula.

Le escribí un mensaje a Elias; no quería molestar a Reid, sabiendo que él seguridad se encargaría de todo. La fiesta de despedida y el baby shower habían sido una sorpresa; yo me esperaba, como mucho, algunas caras largas. Elias respondió que ya estaba frente al colegio, coordinado con la gente del club de moteros.

Le di un último abrazo a la directora; a partir de ese momento, nuestra comunicación sería puramente administrativa. Cogí mi bolso y mi material, me despedí de Samuel y acompañé a Elias hasta el coche. Dejé que él coordinara la carga del vehículo mientras yo descansaba en el asiento de atrás, acariciándome la tripa y dándome cuenta de que no todas las despedidas se deben a motivos malos, peleas o rupturas dolorosas. Había ciclos que cerrábamos por decisión propia para que algo mejor pudiera llegar.

Eliane



Capítulo 28
Eliane

Me quedé mirando la fachada con el portón blanco y los muros altos, llenos de medidas de seguridad, que hacía mucho tiempo que no visitaba. Después de que Reid me eligiera y de que yo aceptara compartir mi vida con él para dar una oportunidad al amor que sentíamos, gané una nueva familia y abandoné la antigua.

Mi psicóloga me hizo reflexionar mucho sobre mis intenciones con aquel gesto rebelde. Una parte de mí aún tenía la esperanza de que mi madre y mi hermana cambiaran de opinión, pero sabía que no debía esperar nada más que desprecio. Por eso, gran parte de mi motivación era la venganza.

Sentada en el coche de Reid, con la tripa impidiéndome cerrar las piernas, reuní el valor necesario para entregar la llave del apartamento en persona. Pasar días en casa cuidándome y teniendo

tiempo para hacer cosas que nunca imaginé posibles no solo reforzó mi confianza, sino que también me dio fuerzas para enfrentarme al pasado.

Elias estaba en el asiento del conductor. El escolta oficial de Reid había vuelto al trabajo, más para esta misión le pedí que regresara él. Se giró en el asiento y me miró con firmeza.

—Señora, no tiene por qué pasar un mal rato. No es cobardía, es simplemente darle a este asunto la importancia que merece, que es ninguna. Yo mismo llevo las llaves y doy los recados.

—Gracias. Saber que estarás aquí esperándome me reconforta. —Puse la mano en el tirador de la puerta—. Lo voy a hacer yo.

—No estaré a su lado, pero créame: cualquier cosa que pase, la oiré e intervendré.

—De acuerdo. Reid ya dijo que su función es innegociable.

—Exactamente. —Volvió a su posición, mirando al frente—. ¿Quiere que toque el timbre?

—No.

Salí del coche y caminé hasta la entrada de la casa de mis padres. Toqué el telefonillo; una de las empleadas contestó, pero no abrió de inmediato. Por lo visto, la hija mayor de Tereza Alencar ya no tenía permiso para entrar y salir de aquel lugar a su antojo.

Tuve que esperar largos minutos antes de que se abriera el portoncito y me recibiera la empleada del hogar. Seria y formal, me condujo al interior de la casa que un día llamé hogar. No dejó que llegara muy lejos; me hizo esperar en el salón, en la zona más alejada de la entrada.

Me senté en una de las sillas duras; Isabel se removió en mi vientre y respiré hondo. Manteniendo el bolso cerca, donde estaba la llave del apartamento, decidí que lo mejor era ser rápida; se me habían quitado las ganas de enfrentarme a un pasado que ya no encajaba conmigo.

—Habría estado bien que avisaras antes de venir, estoy ocupada. —Mi madre apareció vestida con ropa de gimnasio, luciendo un cuerpo envidiable para su edad. No se acercó y llevaba una toallita en la mano que usó para secarse el sudor de la frente.

Me levanté, forcé una sonrisa y sostuve la llave en alto.

—Tienes razón, debería haber pedido cita para hablar con mi madre. No te quitaré mucho tiempo, solo he venido a devolverte lo que es tuyo.

—¿Qué es esto?

—La llave del apartamento; está a tu nombre. —Intenté entregársela, pero ella no extendió la mano e incluso dio un paso atrás.

—¿Y dónde vas a vivir, Eliane?

—Eso es problema mío.

—Tú pagaste ese apartamento.

—Solo porque usé tu nombre para conseguir la hipoteca en el banco. —Lo intenté una vez más, ella retrocedió y me dolió el corazón, porque aquello iba más allá del rechazo. ¿Y qué esperaba yo? No había ningún afecto por mi parte—. En fin, mamá. Eso es todo.

—Estás enorme.

—Estoy embarazada, no gorda. —Dejé la llave en el asiento donde había estado sentada—. He cortado la luz y el agua. La comunidad aún está a mi nombre, pero ya he solicitado el cambio al tuyo.

—Yo no necesito ese cuchitril, Eliane. ¡Tú quisiste comprarlo, es tuyo!

—Adiós. —Me giré para salir de allí antes de que mi autocontrol saltara por los aires.

—¿Qué te crees que estás haciendo? ¿Quién te piensas que eres para entrar en mi casa y darme limosna? No necesito tu dinero,

ni necesito a una hija cazafortunas.

La rabia me cegó.

—¡Yo no soy como tú! —Volví a encararla, llena de rencor.

—Lo has hecho mejor: has conseguido seducir al hombre adecuado, Moretti bebe los vientos por ti. Pero no te olvides de que los hombres se cansan y te cambiarán fácilmente si sigues así de descuidada y con ese mal gusto para la ropa.

—¡Dios mío, estás loca! Amo a Reid, vamos a formar una familia. A diferencia de ti, yo no busco dinero ni poder, solo quiero que me quieran.

—Has leído demasiados cuentos de hadas; la vida no es de color de rosa. El dinero es la solución, el amor nunca lo ha sido ni lo será. No sabes nada; sufrirás y volverás con el rabo entre las piernas a pedirme ayuda, como has hecho siempre. Mientras tú sueñas con el príncipe azul, tu marido perderá el interés y tendrá un montón de amantes porque eres una sosa. ¡Aburrida! ¡Desgarbada! Has arruinado mi vida desde siempre. Empezó con el embarazo, ahora le has robado el marido a tu hermana, has estropeado los negocios de tu padre... ¡Eres una egoísta, una mezquina! ¡Te mereces ser infeliz el resto de tu vida!

La persona que tenía delante no era una madre; no tenía nada de maternal. Debería haberme ofendido con todo lo que dijo, con esa percepción distorsionada sobre mí, pero... no me llegó. Parecía que estaba hablando de otra persona, de otra época.

Tereza Alencar era una mujer cegada por la ambición, por algo que yo misma no sabía explicar; simplemente lo veía como una desconexión total con la realidad. Los hijos son la extensión de nuestros corazones latiendo fuera del pecho. ¿Quién, en su sano juicio, le diría algo así a una parte de sí misma?

¿Qué ser humano miraría a otro y le desearía tanto mal? ¿Qué mujer permitiría que su hija fuera torturada por un hombre fuera de sí? No era una madre y, desde luego, no era la mía.

Ya no me quedaba nada por hacer allí.

Recuperando la visión, con más claridad de la que creía posible, respiré hondo y la miré una última vez.

—Siento mucho el dolor que te impide verme como me merezco. Estás castigando a la persona equivocada y perdiendo la mayor fortuna que la vida podría darnos: una familia de verdad. —Tragué saliva al ver cómo se le llenaban los ojos de lágrimas; le había dado en un punto sensible. Di un paso atrás y levanté la barbilla, resuelta—. Yo no soy la causa de tus problemas, ni tampoco la solución. Nuestro vínculo termina aquí. Adiós.

—Aún tienes que pedirle perdón a Vanessa. —Su voz entrecortada no me conmovió y me di la vuelta, dirigiéndome a la puerta.

—Mi hermana lo que tiene que hacer es valorarse más en lugar de ser un títere en tus manos.

Salí y apresuré el paso hasta el portón, que estaba cerrado. Un poco nerviosa, golpeé con la palma de la mano para hacer ruido y que alguien accionara el cierre eléctrico.

Elias fue más rápido y me abrió, tirando de mí hacia la acera y metiéndome en el coche. Respiré hondo y me dio un ataque de risa, seguido de uno de llanto, mientras el chófer me llevaba de vuelta a casa.

—¿Está bien, profesora? —El conductor me miró por el retrovisor interno, preocupado.

—Perdona, yo... —Me limpié las lágrimas que caían por la mezcla de emociones—. Creo que es la primera vez que gano una discusión con mi madre. Me siento culpable por estar tan animada con el resultado; ella ya no es nada mío. Estoy en paz.

—Si usted está bien, entonces ha valido la pena.

—Espera. —Sentí una humedad entre las piernas y creí que me había emocionado demasiado. Puse una mueca al sentir que el

mojado aumentaba y me removí en el asiento, pensando que se me había escapado el pis—. Ay, Elias, qué vergüenza.

—¿Qué pasa? —Frenó el coche y se giró en el asiento, mirando la mancha. Inspiró profundamente y volvió al volante—. Ya he visto esto otras veces. No es pis, profesora, ha roto aguas. Vamos al hospital.

—¿Tú crees? Pero no siento nada.

—Está alterada, es normal. En cuanto se le pase el subidón, vendrán las contracciones.

—¡Pero si aún faltan tres semanas!

—No lo controlamos todo. El bebé es quien elige cuándo está listo para nacer.

Y tenía razón. Después de unos segundos respirando hondo, cerrando los ojos y concentrándome, la primera onda de dolor anunció el momento más importante de mi vida.

Pensé en Reid, en el hombre que había cambiado mi existencia, que era el padre de mi hija y el único en quien confiaba para estar a mi lado para siempre. Lo busqué a mi lado y un sentimiento de desesperación irracional me dominó. El coche se detuvo, abrí los ojos y Elias me ayudó a bajar del vehículo.

—¿Dónde está Reid?

—Está llegando.

—¡Necesito a Reid! —exigí. Elias se rió mientras caminaba a mi lado sujetándome del brazo.

—Voy a llamarle otra vez para que se dé prisa.

Me atendió la recepcionista y me pasaron directamente con el médico, que me examinó y confirmó que había roto aguas. Antes de que volviera a preguntar por el padre de mi hija, él entró en la consulta como un torbellino y vino hacia mí.

—Ya estoy aquí, todo va a salir bien, no me voy a separar de tu lado.

—Claro que lo harás, tienes que acompañar a Isabel. Yo no podré ir tras ella.

—Sí, sí. —Me besó los labios y luego la frente.

—¿Vamos a la habitación? —El médico me miraba con calma —. Las contracciones no han hecho más que empezar.

El doctor nos explicó los siguientes pasos, resolvió nuestras dudas y se mantuvo atento a los latidos del corazón del bebé con el doppler cada cierto tiempo.

Mientras sentía las contracciones, caminaba por la habitación y hacía todo lo que me pedían para acelerar el trabajo de parto. Le conté a Reid mi conversación con mi madre y hablé por videollamada con mis suegros, con mi cuñado y con su familia. Avisé a Samuel por mensaje de texto; él no entendía cómo era posible que yo no supiera a qué hora exacta iba a nacer Isabel.

El parto era imprevisible, incluso con intervención médica.

Poco a poco, las contracciones se volvieron más dolorosas y los intervalos entre ellas más cortos. El médico me examinó; la dilatación iba progresando y Reid no se separaba de mí, haciendo el doble de preguntas que yo a todos los que nos atendían.

Cerca de las nueve de la noche, exhausta de tantas contracciones y con ganas de destrozar la habitación, sentí ganas de ir al baño; pero el médico consideró mejor que me pusiera en posición, porque aquello era también un indicio de que el bebé quería salir. Con su experiencia, el doctor tenía razón y, minutos después, con Reid detrás de mí ayudando a empujar mi cuerpo hacia adelante y conmigo haciendo fuerza, nació Isabel, con 2,980 kg y 48 cm.

La primera atención fue para el bebé; Reid se quedó al lado de la pediatra y luego me recompensó con mimos cuando pusieron a Isabel en mis brazos.

—Hola, hija, bienvenida a nuestro mundo —susurró Reid, con su rostro pegado al mío, mirando a nuestra pequeña. Después

me miró a mí, emocionado—. Eres increíble, Eliane. Te amo.

—Yo también te amo. —Sentí los labios secos y puse una mueca—. ¿Crees que puedo comer algo? Tengo muchísima hambre.

—Voy a averiguarlo. —Se rió y fue a preguntarle al médico, que me dio permiso y me recomendó beber mucho líquido. El equipo del hospital estaba limpiando y organizando la habitación; me maravilló poder ponerme de pie por mi cuenta mientras cambiaban las sábanas.

Miré a mi hija, con mi corazón latiendo fuera del pecho, y me hice una promesa a mí misma: que me esforzaría, cada día, por amarla de verdad, como ella se merecía.

Como yo era con la familia que elegí.

FIN

Eliane



Epílogo
Eliane

Años después...

Quien viera mi vida sin conocer mi historia pensaría que estaba presenciando un milagro. Pasar del agua al vino requirió mucho caos, deconstrucción y lágrimas para llegar a donde estaba. Al mirar mi reflejo en el espejo —maquillada, peinada, adornada con joyas y con un vestido blanco y pesado—, me reconocía a mí misma en lugar de asustarme con la imagen.

—¡Mamá, vamos! —Isabel tiró del bajo de mi vestido mientras mi suegra nos sacaba un montón de fotos, a su nieta y a mí.

—Solo un poco más, hija. Esa chica de allí, la del vestido negro, nos dirá cuándo podemos ir.

La organizadora, que esperaba la señal por el pinganillo, me dedicó una sonrisa acogedora. Se agachó para llamar la atención de Isabel y le explicó cada detalle de la ceremonia en la que íbamos a participar.

Por mucho que yo no hubiera insistido en una boda pomposa, Reid y sus padres me convencieron de que era importante; que por fin podría tener una fecha que recordar, ya que no teníamos registrado el inicio del noviazgo, solo el embarazo de Isabel. Y ella no tenía por qué cargar con el peso de nuestra relación; Reid y lo estábamos juntos porque nos amábamos, nuestra hija era un regalo añadido.

—Ha llegado el momento.

Respiré hondo y seguí a la empleada. Salí del camerino y caminé por el pasillo lateral hasta la entrada del salón de celebraciones. Samuel estaba elegantísimo y se ajustó la chaqueta al verme; su sonrisa era tan grande como la mía.

—¡Tío Samuel, vamos a entrar! —se adelantó Isabel, pero su abuela Célia la cogió de la mano, guiándola por otro camino.

—Vamos a esperar a mamá en el altar. —Mi suegra me lanzó un beso al aire; esa mujer se había convertido en una segunda madre para mí.

—Ni siquiera hace falta que te diga lo guapa que estás, porque siempre has sido preciosa. —Samuel me ofreció su brazo y se colocó a mi lado. Las organizadoras nos dieron las últimas instrucciones; yo no podía con la ansiedad—. ¿Lista para convertirte en Eliane Moretti?

—Y para ser madre por segunda vez. —Lo miré a él y a todos los que estaban alrededor, que se quedaron parados un segundo ante mi revelación—. No he podido aguantarme, es mi regalo para Reid.

—¿Cuándo te has enterado?

—Ayer. —Empecé a reír—. No lo esperábamos, la intención era buscarlo en la luna de miel.

—Pues ahora vas a disfrutar el doble de ese viaje, patrocinada por las hormonas.

—Quién sabe si de este no te libras de ser el padrino.

—Ni hablar, querida mía.

Nos colocaron detrás de las puertas cerradas. Segundos después, se abrieron de par en par; la música resonó por todo el lugar y nubló mis pensamientos. Reid estaba guapísimo, un auténtico príncipe, el padre maravilloso de Isabel, el hombre que elegí para compartir mi vida. Con cada paso que daba, intentaba contener las lágrimas; trataba de no recordar todo lo que había pasado hasta llegar allí, pero fue imposible. Fue difícil, pero cada suspiro de dolor valió la pena.

Los invitados se levantaron, girándose para vernos pasar lentamente. Familia, amigos, gente del colegio, del voluntariado... incluso algunos conocidos del club de moteros habían venido a presenciar aquel momento.

Reid ni pestañeaba. Sonreía, maravillado, como siempre hacía después de hacer el amor o cuando yo explicaba algo con más entusiasmo del necesario. Reid, el hombre que me eligió, el que dijo "no" en el altar en el pasado, hoy me diría que "sí".

Isabel daba palmas animada en el regazo de su abuela. Mi mirada fue más allá de la gente y mi sonrisa vaciló al ver una figura que se escondía tras una columna. Aun así, mantuve la compostura y respiré hondo; nadie iba a arruinar mi momento, ni siquiera la hermana con la que hacía mucho que no hablaba ni de la que tenía noticias.

Samuel y Reid se saludaron, intercambiaron algunas bromas y me acerqué a mi futuro marido. Le apreté la mano e indiqué con la

barbilla hacia un lado; no tenía por qué librar aquella batalla sola, en caso de que llegara a ser un problema.

Mi prometido giró la cabeza en la dirección que le señalé; no se inmutó e incluso me dedicó una sonrisa aún más amplia. Acercó su cabeza a la mía y me susurró al oído:

—Este es mi regalo para ti, esposa mía. Tu hermana está aquí para una reconciliación.

—Inesperado —comenté, con el corazón a mil por hora.

—De acuerdo. —Nos giró para mirar al oficiante—. Yo también tengo un regalo para ti. —No lo miré, pero sabía que sus ojos estaban clavados en mí.

—¿Ah, sí?

—Sí, estoy embarazada.

Para algunos, el amor no era lo bastante fuerte para curar heridas o cambiar a las personas.

Para otros, el amor no era más que una ilusión.

Para mí, el amor fue la respuesta.

Agradecimientos

Al llegar al final de esta historia, se me queda el corazón contento con la certeza de haber dado lo mejor de mí. Y esa sensación no es algo común; de hecho, quienes escribimos vivimos constantemente con ese sentimiento de que "algo va mal". Hasta ahora, no sabía que esa sensación sería la respuesta a muchas cosas que afectaban a mi vida personal y a mi carrera literaria.

He vencido prejuicios, empezando por los míos. He lidiado con el juicio de aquellos a quienes más estimaba. He superado mis miedos, a pesar de las adversidades que los alimentaban. Este libro ha sido mucho más que un escándalo en el altar; me ha demostrado que el amor no resuelve conflictos ni cura a las personas: simplemente vence.

El amor.

Tengo la prueba de que el amor está presente en mi vida de muchas maneras, empezando por mi familia. Mi gratitud para Fabricio, Amanda y Daniel, mi madre, mis hermanos, cuñados y suegros; vosotros habéis formado parte de las bambalinas de este libro. Es un honor tener la oportunidad de celebrar los 90 años de la bisabuela Cida.

Fran Barbosa rio, riñó y pidió más capítulos mientras yo transformaba mis emociones en palabras. Gracias por formar parte no solo de la construcción de esta historia, sino también por compartir al "Chico del Whisky" con el mundo, a tu manera, con toda tu pasión.

Mi universo literario es más alegre y productivo porque tengo a las mejores a mi lado. Ser escritor es una tarea solitaria, pero con el #DesafioMariSales todo se vuelve más increíble. El intercambio, las reuniones, el aprendizaje... Un coworking virtual que es un auténtico tesoro.

Estoy agradecida a las increíbles blogueras apasionadas por los libros que aceptaron embarcarse en la promoción diferenciada de esta obra con vídeos y reacciones. Sé que para algunas de vosotras supone un gran esfuerzo, y me siento privilegiada por contar con vuestro apoyo: Andromeda, Dry Paullie, Andriela, Clara, Kah César y Thayná Grifo.

A mis lectoras más que especiales, tanto a las que no siempre leen los agradecimientos como a aquellas que llegan hasta el final del libro para tener la experiencia de lectura completa: gracias por estar conmigo. Vuestra pasión por el romance hace que mi profesión y la de tantas otras autoras sea posible. Que la palabra del romance hot siga vibrando en nuestros corazones. Que nuestra voz siga compartiendo empatía y resiliencia. Las novelas románticas salvan vidas.

Con amor, cariño y gratitud,

Mari Sales

Sobre la autora

Mari Sales es la 3ª autora más leída de Kindle Unlimited Brasil en los últimos diez años, con más de 50 e-books bestsellers y más de 100 publicaciones en Amazon Brasil, desde libros infantiles hasta romances adultos. Una cuiabana que vive en Campo Grande-MS, trabajó 14 años como Analista de Sistemas y publicó su primer e-book en junio de 2016. Cambió escribir líneas de código por historias de romances clichés inusitados en 2018. Conocida por sus dedos ágiles, también publicó más de 30 títulos en versión física en colaboración con el Grupo Editorial Portal, 5 títulos en audiolibro en Audible y comparte su conocimiento con otras autoras a través del proyecto DesafíoMariSales.

Site: http://www.autoraMariSales.com.br

Instagram: https://www.instagram.com/autoraMariSales/

Newsletter: http://bit.ly/37mPJGd

Mari Sales
ESCRITORA DE ROMANCES

Otras Obras



Visite mi página web en Amazon y tenga acceso a mis eBooks, audioBooks y libros físicos.